

Julio Rafael Contreras Roqué, Bárbara Gasparri,  
Adrián Giacchino y Yolanda Davies

---

PEDRO SCALABRINI

(1848-1916)

*Educador y naturalista*

---



ELISABETH STEGER.



---

PEDRO SCALABRINI

(1848-1916)

*Educador y naturalista*

---

**Ilustración de tapa:** Elisabeth Pepe Steger

**Diseño gráfico:** Mariano Masariche

**AZARA**  
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

**Fundación de Historia Natural Félix de Azara**  
Centro de Ciencias Naturales y Antropológicas  
Universidad Maimónides  
Hidalgo 775 P. 7º - Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
(54) 11-4905-1100 int. 1228 / [www.fundacionazara.org.ar](http://www.fundacionazara.org.ar)

Impreso en Argentina - 2019

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

El contenido de este libro es responsabilidad de sus autores

Pedro Scalabrini, 1848-1916 : educador y naturalista / Julio Rafael Contreras  
Roqué ... [et al.]. - 1a ed ampliada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
Universidad Maimónides ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones  
Fundación Azara, 2019.  
130 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-1699-47-6

1. Historia de la Ciencia Argentina. 2. Paleontología. I. Contreras Roqué, Julio Rafael  
CDD 560

Fecha de catalogación: mayo de 2019

**Julio Rafael Contreras Roqué, Bárbara Gasparri,  
Adrián Giacchino y Yolanda Davies**

---

**PEDRO SCALABRINI**

(1848-1916)

*Educador y naturalista*

---

## PRÓLOGO

**E**ste libro aborda la figura de Pedro Scalabrini (1848-1916) con el fin de recuperar su memoria y visibilizar sus aportes a la educación en la Argentina.

El ensayo que se realiza de Pedro Scalabrini, además de detallar sus contribuciones, presenta el contexto intelectual, político y social en el que se desarrolló tanto en Italia, antes de arribar a la Argentina y luego en nuestro país.

Arribó a la Argentina desde Italia cuando tenía apenas 19 años. Después de residir en Buenos Aires hasta 1871, se instaló en Entre Ríos, luego en Corrientes y finalmente (1903-1916) en Buenos Aires.

Más allá de las distintas corrientes de pensamiento en las que se interesó, entre ellas predomina especialmente la atracción por los estudios de la naturaleza y el desarrollo de las ciencias. Pedro Scalabrini se distinguió por su talante afable y cordial, respetuoso de las diferentes ideas y a su vez su comportamiento solidario, así como lo hizo durante la fiebre amarilla en Buenos Aires al convertir la escuela por él fundada en hospital de emergencia, al igual que en Paraná durante la epidemia de cólera.

Pedro Scalabrini fue un innovador y promotor de diferentes causas. Se preocupó por formar maestros capacitados, sin inquietudes metafísicas pero sí con el deseo de una práctica instrucción pública, dando lugar al movimiento normalista, bajo ideas de orden, disciplina y método. A su

vez se interesó por los yacimientos fosilíferos, lo que favoreció las clases de biología y le permitió contactos con Florentino Ameghino. Con sus colecciones de fósiles en 1884 fundó el Museo Provincial de Entre Ríos. Intervino en la refundación del Museo de Historia Natural en Corrientes. También estimuló la creación de museos escolares en Buenos Aires y fundó la Biblioteca Pública de Paraná. Otra de sus actividades fue su colaboración con la fundación del Banco Popular. En el Chaco se interesó por las tribus indígenas y realizó una colección de material etnográfico y compilaciones lingüísticas. Fue director de varios establecimientos educativos y se dedicó especialmente a la enseñanza de la historia natural.

Su perspectiva y vinculación con la masonería le generó diferentes problemas ideológicos y religiosos. Todas las actividades y su contexto sociopolítico están presentadas por el autor. Por la diversidad de sus inquietudes y actividades se puede pensar en Pedro Scalabrini con un comportamiento propio de los hombres del Renacimiento, aunque en educación en lugar del arte y las letras. Al lector le interesará conocer sus avatares para llevar a cabo sus obras.

**Dra. Beatriz Balián**

Miembro de la Academia Nacional de Educación.







## CONTENIDO

11	PRÓLOGO DE JULIO RAFAEL CONTRERAS ROQUÉ
14	INTRODUCCIÓN
20	LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA EN ITALIA
27	EL ESPIRITUALISMO
37	LA CORTA PERO DECISIVA ETAPA PORTEÑA
45	EN ENTRE RÍOS: PARANÁ
53	EL NORMALISMO SE CONSOLIDA EN PARANÁ Y PEDRO SCALABRINI PASA A CORRIENTES
59	LA PERSONALIDAD DE PEDRO SCALABRINI Y SU ACTUACIÓN COMO NATURALISTA EN LA ETAPA DE PARANÁ
62	SU CONTRIBUCIÓN FILOSÓFICA
64	SCALABRINI Y LOS MUSEOS. SUS COLECCIONES PALEONTOLÓGICAS.
68	SCALABRINI Y LA MASONERÍA
71	EL TRASLADO A CORRIENTES
74	SU DEDICACIÓN PALEONTOLÓGICA Y EL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES DE CORRIENTES
78	SU CONTRIBUCIÓN PEDAGÓGICA EN CORRIENTES
80	SU CONTRIBUCIÓN ETNOGRÁFICA Y LINGÜÍSTICA
82	LA ETAPA FINAL EN BUENOS AIRES (1903-1916)
87	ANEXO I
90	ANEXO II
95	ANEXO III
98	ANEXO IV
110	BIBLIOGRAFÍA DE PEDRO SCALABRINI
114	BIBLIOGRAFÍA
127	EPÍLOGO





## PRÓLOGO

### DE JULIO RAFAEL CONTRERAS ROQUÉ

**E**n un homenaje póstumo, publicado en los años cincuenta, en el histórico diario “*La Prensa*” de Buenos Aires, el pensador e historiador José Luis Romero caracterizó a Benedetto Croce, que acababa de morir, como “*un filósofo en la tormenta*”, destacando el hecho de que un ser humano esclarecido en el campo del pensamiento, la ciencia o las humanidades, si pudo aislarse lo suficiente como para tomar distancia de la compleja y cruel realidad de los siglos XIX y la primera mitad del XX, lo hizo manteniendo las fuerzas sociales e ideológicas desatadas como telón de fondo, consciente o no de su pensar y actuar. El hecho es que desde el interior argentino, tuvo el europeo Pedro Scalabrini que lograr un cobijo o reparo desde el cual, siquiera poder tomar la distancia mínima que le habilitara para reflexionar y madurar un pensamiento total o parcial, directo o indirecto, sobre el turbulento suceder externo, sin ser arrastrado por la fuerza ciega de los acontecimientos, ni verse obligado a pasar de observador a protagonista del más denso marasmo de la historia, de la guerra y de la agitación social, que fueron tan intensos durante su lapso vital hasta bien cumplidos los cincuenta años de edad.

En ese sentido, lo que le tocó al hombre culto y sensible que fuera Pedro Scalabrini, que vivió entre 1848 y 1916, en un período que fue una de las épocas más dramáticas de la historia occidental, y lo hizo en unos tiempos en los que ya estaba de tal modo globalizado el acontecer central de Europa, que prácticamente no quedaban en Occidente sino civilización europea o relictos casi inhabitados, ocupados por etnias independientes, o poco accesibles, en los que los hechos históricos y sociales del Viejo Mundo no repercutieran, y este proceso tenía una inercia temporal cada vez menor, al par que crecientemente abarcativa en la medida que sumaban nuevos territorios al área, como sucediera con gran parte de la Patagonia argentina en 1880. Por eso, hasta para sobrevivir mental y sensiblemente, debía el intelectual –so pena de ser arrastrado por los hechos más allá del límite soportable– caer en lo que Arthur Koestler denominara la “*personalidad hendida*”. Como veremos más adelante ciertas facetas de desasosiego y desánimo que presentaba el carácter de Pedro Scalabrini y que finalmente lo sumió en la inercia de los

años de Buenos Aires entre 1903 y 1916. Él no había venido huyendo de la pobreza como los inmigrantes iletrados, lo hizo escapando de Europa, pero los fantasmas de lo vivido y entrevisto en su Italia retornaban en su sensibilidad, tal vez algo enfermiza. Eso le privó de una plenitud final después de una vida densa y sin manchas.

Dice Heer (1980), con respecto a la Europa del siglo XIX: “...los hombres y las mujeres jóvenes perciben ya en 1800, la excepcional importancia que habría de tener el siglo XIX europeo: con él comenzaba una nueva era del hombre en el universo. Oscuros y terribles presagios flotan en el aire. El encanto de la vida, el suave aroma del rococó<sup>1</sup>, parecen haberse desvanecido. La gran revolución, iniciada en 1789, provoca a lo largo del siglo XIX temores y esperanzas. Hombres y naciones del viejo régimen se afanan por frenar la expansión revolucionaria<sup>2</sup>. El siglo XIX es un siglo de esperanzas malogradas, de levantamientos fracasados y de revoluciones fallidas. Destacados enemigos de la revolución, como Federico Gentz<sup>3</sup> o Pobedonóstsev<sup>4</sup>, y tantos otros contrarrevolucionarios más o menos próximos a éstos, no recatan el miedo profundo

<sup>1</sup> Rococó: se trata de un movimiento artístico y de la sensibilidad del siglo XVIII, que se instaló en forma paulatina en la moda europea, en especial entre arquitectos, artistas plásticos, incluyendo la escultura. También lo hizo en la vestimenta cortesana y en el ornato de los ambientes interiores, aproximadamente durante el segundo tercio del siglo XVIII, con centro de origen y difusión en Francia, desde donde se derramó por toda Europa. Era un arte individualista, antiformalista y cortesano, en el que se destacaba el uso de los colores luminosos, suaves y claros, inspirado en la belleza de la naturaleza, de los cuerpos desnudos, los temas galantes, o meramente ornamentales, también con inspiración mitológica, siempre mundano, refinado, buscando lo grato, exótico y sensual. Precede inmediatamente al arte neoclásico, ya plenamente instalado hacia 1780. En la pintura rococó se destacaron Jean Antoine Watteau, como precursor (1684-1721), François Bucher (1703-1770) y Jean-Honoré Fragonard (1732-1806).

<sup>2</sup> Otros por promoverlas, catequizando al pueblo y buscando argumentos para hallar justificación al cambio radical y violento de la sociedad, como el obseso y maximalista Pierre-Joseph Proudhon, que hizo ese objetivo una mística, llegando a las formas más simples e ingenuas –o malignas– de consignas sintéticas pero totalizadoras, como su dicho rabioso de 1840: “La propiedad es un robo”. Añade sobre él Armand Cuvillier (1939): “Publica en julio de 1851, la *Idea general de la revolución en el siglo XIX, en donde presenta al hecho revolucionario como fuerza irresistible cuya idea directora es la reciprocidad; pues...*” el hecho revolucionario tiene siempre que enfrentar alguna forma de respuesta contrarrevolucionaria.

<sup>3</sup> Federico Gentz (1764-1832). Pensador, político y publicista alemán. Fue integrante de la llamada escuela romántica alemana, junto a Heinrich Heine (1797-1856) y Friedrich von Schiller (1759-1805), entre muchos otros. Al iniciarse en la actividad pública coincidió con las posiciones liberales. Sin embargo, después de traducir al alemán la obra de Edmund Burke (1729-1797), *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, viró su inclinación hacia una posición conservadora y contrarrevolucionaria. Propagó sus ideas a través de diarios y publicaciones que fundó, entre las mismas se cuentan, en 1795, el *Neue Deutsche Monatsschrift* y, la revista, editada en 1799, *Historisches Journal*, desde cuyas páginas defendió su posición política contrarrevolucionaria. Las mismas ideas culminan en sus obras sobre el origen y el carácter de la guerra contra la Revolución Francesa y Estado político antes y después de la Revolución Francesa, esta última ya como agente del conde Klemens von Metternich (1773-1859), después de haber resistido la invasión de Napoleón a los estados alemanes. Fue precursor de la unificación alemana. Sintió un miedo casi obsesivo por las revoluciones violentas. La última que le tocó vivir, fue la de 1830, a la que enfrentó decididamente.

<sup>4</sup> Konstantín Petróvich Pobedonóstsev (1827-1907). Fue un sacerdote y teólogo de la iglesia ortodoxa rusa, procurador del Santo Sínodo de la Iglesia entre los años 1880 a 1905. Casi todas sus publicaciones eclesiásticas y teológicas, entre las que se destaca *Questions religieuses*, ponen de relieve su posición adversa a las revoluciones del pasado y, a las que se gestaban en el presente. Por eso, ha mantenido su fama de duro contrincante teológico-político de los grandes movimientos que buscaban el cambio drástico del estatus político y social, que en sus templos sinodales se agitaban amenazadoramente en forma de sociedades secretas, clubes, logias, grupos terroristas, y de partidos políticos incipientes o secretos en su organización de tipo carbonaria, acompañados de una extensa tarea publicista y editorial que se difundía por toda Europa y que llegaba con cierta rapidez a América, en especial por obra directa de migrantes y exiliados del Viejo Continente.

*que les domina. Miedo en 1815, en 1825, en 1830, en 1840 (en 1848<sup>5</sup>); miedo en 1855 y en 1870; miedo en Madrid, en Roma, en Munich, en Viena, en Berlín y en San Peterburgo. Este gran miedo del siglo XIX invade las esferas política, social, espiritual religiosa. A fin de contrarrestar a este miedo actúan drásticamente la policía del Estado, la censura y los tribunales eclesiásticos. Para ciertas personalidades relevantes y para determinados grupos políticos, populares y religiosos, la Europa del siglo XIX se convierte en una cárcel. Entre 1840 y 1940, cerca de sesenta millones de personas abandonan Europa. Las guerras y revoluciones de nuestro siglo XX tienen su origen directo e inmediato en el siglo XIX. “¡Nuestro”siglo XIX! Los que vivimos en la segunda mitad del siglo XX, somos hijos y herederos del XIX.”*

**Prof. Dr. Julio Rafael Contreras Roqué**  
(1933-2017)

<sup>5</sup> Resulta extraño que el autor citado no mencione al año 1848, ya que se produjo en el mismo un movimiento revolucionario social y político de envergadura, que conmocionó a gran parte de Europa con sus repercusiones y, que en Francia, con su epicentro en París, puso en alta tensión la capacidad de subsistencia de los resabios de la “Europa restaurada” (Henry Kissinger) establecida desde la caída final de Napoleón Bonaparte en 1815, y sostenida por la Santa Alianza y la mente organizativa y ejecutiva del conde de Metternich, desde Austria. De hecho, en estos sucesos se produjo la caída del rey Luis Felipe I, monarca constitucional ascendido como resultado de otro suceso revolucionario de envergadura que depuso al rey Carlos X e instaló en el gobierno como jefe y primer ministro a François Guizot (1787-1874), conservador y líder del partido de los Doctrinarios y adverso a toda liberalización del estado que se planteara. Su política no era popular ni gozaba del apoyo del ascendente movimiento republicano. Para colmo, la situación económica nacional era mala y los asuntos exteriores de Francia se llevaban con torpeza. A los jóvenes burgueses, románticos y antiabsolutistas de 1830, se sumaban ahora fuerzas incipientemente republicanos, socialistas y anarquistas, además de cierta porción del medio obrero. El número de ideólogos revolucionarios había crecido y contaba con fuertes figuras intelectuales que aportaban sus escritos en libros y periódicos. En este año de 1848, se conoció el *Manifest der Kommunistischen Partei*, llamado comúnmente el *Manifiesto Comunista*, el mismo estuvo redactado por encargo de la Liga de los Comunistas (creada en Bruselas en 1947) a Marx y a Engels un año antes, y fue publicada inicialmente en Londres, en el mes de febrero del año 1848, casi al par del estallido de movimiento insurreccional en Francia.

## INTRODUCCIÓN

*“El hombre vive en permanente actitud prospectiva, tratando afanosamente de prever el mañana. Pero el futuro se torna pronto en pasado. Y es el pasado, tanto en la vida individual como en la vida de las comunidades, el que gravita sobre el presente. La circunstancia histórica constituye esa realidad dinámica y viva que ha de ser escrutada para toda futura realización. De ahí que el conocimiento de nuestro pasado proyecte siempre luces fecundas sobre el destino de la educación y de la pedagogía argentina en un futuro que entraña incógnita y desafío”.*

Ethel M. Manganiello (1981)

La figura de Pedro Scalabrini es una más de las que dentro del elenco de aquellas que se destacaron en la historia de la cultura argentina, permanecen casi sepultadas en un lamentable olvido. Es una más de las tantas a las que debe su justo homenaje la memoria nacional desvanecida y sin casi voluntad activa de persistencia. La recuperación de esa memoria es imprescindible. Sin ella, difícilmente pueda haber continuidad identitaria y cultural argentina. Los mejores valores del pasado merecen ser rescatados, en el caso de Pedro Scalabrini, tanto por su relación con la historia de la educación en la surgente república, como por la de las ideas filosóficas que alguna vez se profesaron en el país e incidieron con mayor o menor fuerza sobre la vida de las generaciones.

Su memoria está, además, profundamente ligada al desarrollo temprano de las ciencias naturales rioplatenses en la Argentina, particularmente de la paleontología, y también con la actividad museológica, a la que desplegó con entusiasmo en el interior, especialmente en las provincias mesopotámicas y, en sus últimos años de vida en la Capital Federal. Por otra parte, Scalabrini es un eminente precursor del naturalista viajero y del coleccionismo científico<sup>6</sup>, es decir

<sup>6</sup> Coleccionismo científico. Naturalistas viajeros: Generalmente se considera a Santiago Roth (1850-1924), a Carlos Ameghino (1865-1936) y a Julio Koslowsky (1866-1923), como los primeros y más caracterizados naturalistas viajeros, como se los solía designar, residentes en el país. Se excluyen, por supuesto, de esta categoría los investigadores nacidos e instalados en el país, temporariamente o para siempre, como Félix de Azara (1742-1821), Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848), Aimé Bonpland (1773 -1858), Arsène Isabelle (1806-1888), o viajeros científicos –como Charles Darwin (1809-1882), Alcide d’Orbigny (1802-1857), Augusto Bravard (1803-1861), Hermann Burmeister (1807-1892), Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917) y los hermanos Enrique (1859-1935) y Félix Lynch Arribálzaga (1854-1894)– quienes colectaron en suelo argentino su propio material de estudio, u otro adicional en el curso de investigaciones originales o de proyectos científicos propios. También merece una consideración particular Francisco Javier Muñiz (1795-1871), que fue una combinación de médico y colector aficionado, con investigador interesado en las piezas que recogía. Como se verá, Pedro Scalabrini en lo referente a ciencias naturales y paleontología fue más un docente, un divulgador y un colector, de calidad y compenetrado

del recorrido geográfico en pos de la constatación y de la documentación de la diversidad biológica del presente y del pasado.

A pesar de su condición de extranjero llegado a la Argentina como inmigrante, Pedro Scalabrini se incorporó con tal intensidad y compenetración a la vida cultural de su país de adopción, que puede ser considerado como una de las grandes figuras nacionales de la cultura y de las ciencias naturales, así como de la pedagogía.

Su inveterada modestia, su forma de vida casi ascética y su hábito silencioso, expresado en apenas una serie mínima de publicaciones, e incluso reforzado por el silencio casi obstinado que guardó voluntariamente durante su última década y media de vida, han minimizado la proyección de su imagen. Sin embargo, y a pesar de ese rasgo personal, le cupo un muy destacado protagonismo en la formación de varias generaciones de argentinos, especialmente de aquellos que fueron objeto de su dedicación de educador y de formador de educadores en los más prestigiosos centros pedagógicos del interior mesopotámico del país en las últimas décadas del siglo XIX.

El hecho de haber sido Pedro Scalabrini maestro de maestros en el crisol formador de las esclarecidas Escuelas Normales de Paraná y la de Esquina, en el sudoeste correntino, brindó un efecto multiplicador a sus enseñanzas, las que perduraron por años en la personalidad cultural argentina.

El caso de Pedro Scalabrini resulta muy interesante en el contexto de su época. Cuando arribó a la Argentina la sociabilidad nacional todavía tenía algo de informe y mucho de embrionario. Se trataba de una sociedad cuya existencia había transcurrido, por lo menos, a través de seis décadas de guerras civiles y externas, afrontado largos períodos de anarquía y dictadura y, hacía menos de veinte años que había logrado dotarse de una constitución política duradera, pero aún se experimentaba en el país el grave problema de la federalización de la ciudad de Buenos Aires, que recién se resolvería en 1880 y el de la aparición de los últimos conatos de anarquía en el interior, con uno de los cuales debió convivir Scalabrini en la provincia de Entre Ríos.

notablemente con su tarea, pero colector al fin, y cronológicamente precede a todos los naturalistas viajeros nombrados. Con excepción de Francisco Javier Muñiz, pero no así a Guillermo Enrique Hudson (1841-1922), un argentino nativo, a quien sólo raramente suele recordarse que, durante su juvenil residencia argentina y, hasta 1874, además de iniciarse colectando especímenes que taxidermizaba para sus propios estudios (Velázquez, 1963: 87), actuó después como colector rentado para el U.S. National Museum (más tarde denominado Smithsonian Institution) y para el British Museum (of Natural History) de Londres, al que envió significativas series de muestras taxidermizadas de las aves locales. En base a esos materiales se confeccionó y publicó en Londres la notable y precursora obra *Argentine Ornithology. A descriptive catalogue of the birds of the Argentine Republic* (Tomo I, 1888; Tomo II, 1889) bajo la autoría de Philip Lutley Sclater y William Henry Hudson.

Al tiempo de la llegada de Scalabrini al río de la Plata en 1878, la mayoría de las provincias del interior, que separadas del dominio de la de Buenos Aires, habían formado la Confederación Argentina hasta 1862, y la rebelde y autosegregada Buenos Aires, se habían reunido recién hacía poco más de una década, después de crueles enfrentamientos y por una conjunción compleja de azares bélicos y astutos manejos políticos y presiones de toda índole<sup>7</sup>.

El sentido mismo de pertenencia a una nación dentro de una concepción moderna de los estados, recién estaba esbozándose. Para hacer más compleja la situación reinante, estaba iniciándose en el área rioplatense el arribo de la gran oleada migratoria, que cambiaría la fisonomía total del país en forma acelerada e irreversible.

Se ha discutido si Pedro Scalabrini formó o no parte de la generación argentina del ochenta. Aunque la cuestión resulta meramente metodológica de si el educador italiano tan bien asimilado al país, hubiera sido o no miembro de esa generación esclarecida, resulta en última instancia escasamente relevante para su evaluación final, sin embargo y, al menos cronológicamente, lo ha sido, ya que fue hacia los años ochenta, cuando alcanza su primera madurez –tiene treinta años al iniciarse la década– y será durante el curso de ese decenio cuando alcanzará su completa ubicación en un quehacer generacional definido, al que después perfeccionará o seguirá a su modo, pero lo hará siempre con una impronta epocal específica, para seguir la terminología de Wilhelm Pinder (1946) y de José María Monner Sáis (1970), es decir, el signo de su tiempo, que fue esencialmente compartido con sus coetáneos, ante los que nunca se sintió un extraño y, menos aún, un extranjero.

Compartió con sus pares generacionales del ochenta, una serie de rasgos básicos, entre los que se cuentan el abandono de las últimas huellas del romanticismo sentimental, estético, político y literario; la superación del drama del desarraigo de años propio de los proscriptos por la tiranía rosista, los que se agrupan historiográficamente en la llamada generación de 1837,

<sup>7</sup> El tema es de por sí complicado y aún contradictorio. El historiador y político uruguayo Alberto de Herrera lo ha analizado en toda su crudeza en varios escritos, también Benjamín Victorica y muchos otros historiadores. Para el primer autor mencionado, todo se basó en la claudicación total de Buenos Aires ante los intereses geopolíticos del Imperio del Brasil, y arrastró entre sus consecuencias el arrasamiento del Paraguay en la guerra de 1865-1870 y se añade a eso el avasallamiento de Uruguay por intromisión manifiesta en su política interna, para cerrar finalmente con la hegemonía porteña el ciclo de luchas civiles, anarquía política y convulsión reinantes desde las jornadas revolucionarias de mayo de 1810 hasta marzo de 1970, y aún más allá temporalmente pues el país no estaba aún aquietado por completo.



que era la generación precedente, y llevaba consigo las dolorosas huellas del encuentro directo con la barbarie en el más crudo aspecto de la siempre vigente definición sarmientina.

Participó Scalabrini del espíritu progresista, del optimismo vital, de la apertura casi sin reservas a la influencia intelectual europea pero con autonomía local y libertad de opinión, del reformismo moderado, del racionalismo; del laicismo, con devaluación ya indiscutible de la injerencia clerical o eclesial católica en la política y en la educación, también del ideario compartido de la educación común y, en general, estaban dotados espiritualmente de un escepticismo amable, sobrio y pundonoroso, tanto en lo referido a la cosmovisión filosófica como en el basamento de la conducta cotidiana, tanto social como privada.

A esos rasgos generacionales, podría agregarse cierto eclecticismo filosófico, como el que –hasta en sus gestos más decididamente positivistas de su edad madura– pusiera de manifiesto Scalabrini, a través de sus permanentes heterodoxias doctrinarias<sup>8</sup>. También, como lo hizo la mayoría de sus coetáneos poseedores de cierta formación científica, Scalabrini profesó una visión del mundo predominantemente naturalista, pero aderezada con un idealismo espiritualista subyacente, que ya venía consigo de Italia y que, incluso se reforzó durante su etapa krausista, y del que nunca llegó a desprenderse por completo. Este trasfondo suyo no desapareció ni siquiera cuando mudó filosóficamente hacia el positivismo de Augusto Comte, que carecía por completo en su doctrina de toda referencia idealista o metafísica.

A pesar del hecho de haber desarrollado Pedro Scalabrini su más intensa y madura tarea en el interior del país, en las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, en las que pasó casi treinta años, que fueron los centrales de su vida activa, una circunstancia que lo alejó del trato generalizado y directo con la sociedad culta del Buenos Aires de su tiempo, mantuvo una intensa y activa relación con muchos de los mejores representantes de la generación del ochenta. En particular fue así con los científicos de la naturaleza, como Florentino Ameghino<sup>9</sup> y Juan Bautista Ambrosetti<sup>10</sup>, con los antropólogos, con

<sup>8</sup> A la adhesión positivista muy pronto agregó Scalabrini “...la influencia del psicologismo experimental y del sociologismo, surgió así, como rudimento pedagógico, el positivismo científico, liberal y polemizante del llamado grupo de Paraná” (Manganiello, 1981:120).

<sup>9</sup> Florentino Ameghino (1854-1911). Científico argentino, autodidacta, naturalista, climatólogo, paleontólogo, zoólogo, geólogo y antropólogo de la generación del '80. Entre sus obras se destacan *La antigüedad del hombre en el Plata* y *Los mamíferos fósiles en la América Meridional*. Fue director del Museo Nacional de Buenos Aires.

<sup>10</sup> Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917). Paleontólogo, arqueólogo, historiador, iniciador en el país de la exploración arqueológica científica y el primero en realizar estudios del folclore nacional.

los lingüistas y con los intelectuales y educadores, especialmente de los que compartieron con él, no sólo el interés científico y pedagógico, sino también el ideario krausista primero y el positivista después.

En medio de las grandes distancias, y entre los vastos espacios intermedios casi desiertos, que por entonces eran inmensos en la percepción vital y cotidiana del interior argentino, sólo existía una tabla de salvación para quien participaba de inquietudes intelectuales, si no quería caer en el aislamiento cultural y perder la relación activa con su tiempo<sup>11</sup>. La misma consistía en cultivar la lectura permanente, seguir los periódicos y las revistas culturales, valorar la correspondencia y dedicarse a ella lo más asidua y abundante y en forma permanente y, además efectuar viajes reiterados a la metrópoli porteña. En forma cabal practicó Pedro Scalabrini esas condiciones, pues fue siempre un lector asiduo, ávido, ecléctico en sus temáticas y enciclopédico en sus preferencias que incluían activamente los periódicos y revistas culturales y científicas.

Para con Scalabrini, como ha sucedido con muchos otros de su generación, la reacción filosófica antipositivista que tuvo lugar en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, y que fue –en muchos aspectos– injusta y cruel, por más que el positivismo merecía y debía ser superado, contribuyó prematuramente a eclipsar a sus seguidores como figuras históricas recordables. Décadas después –y más modernamente– el verbo de la ideología, enseñoreada ésta con soberbia e intolerancia del campo pedagógico y del de las ciencias sociales en general, sólo le brindó un desdén descalificativo, formulado en forma generalizada, hacia toda la generación de educadores que constituyó el *normalismo argentino* y, de la cual Pedro Scalabrini fuera una de las más destacadas figuras.

El ascenso de las ideologías duras en el contexto de la historia de las ideas y de la praxis política nacional, constituyó un proceso sostenido y acrecentado

<sup>11</sup> Algo que sucedió en gran medida con Enrique Lynch Arribálzaga, quien sobreviviera cuarenta y un años a su hermano Félix, también naturalista precursor y muy cercanamente asociado con él. Por alguna causa mal deslindada aún –tal vez un empleo oficial de menor categoría que lo destinó al entonces “territorio nacional” del Chaco–, concedido tras la muerte de su hermano, hizo que recalara en la pequeña aldea que, por entonces, era Resistencia. El autor recuerda que pudo hablar, entre 1955 y, aproximadamente, 1980 con testigos presenciales, en particular con el culto abogado correntino, residente en Resistencia y diputado nacional en Buenos Aires durante muchos años, Julio Eleuterio Acosta, quien trató e incluso, ayudó a Lynch Arribálzaga, que llevado por la edad, la soledad y la pobreza, había llegado a una condición muy triste de abandono, que recuerda el que, a su vez, padeciera el ilustre uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), quien murió en casi similares condiciones en Italia. Lo mismo sucedió al naturalista cuando falleciera en 1939, algo que pasó casi desapercibido para sus colegas de Buenos Aires, donde ni *Physis* ni *El Hornero*, las dos revistas de ciencias naturales más afines con él, pues en la segunda había publicado una lista de aves del Chaco (Lynch Arribálzaga, 1930) publicaron su obituario. Su casa, en la que pasara sus últimos años, fue expropiada tras el golpe de estado de 1943. Sus libros y papeles –Acosta *dixit*–, se perdieron entonces.

particularmente durante el siglo XX (en la Argentina a partir del golpe de 1930), y estuvo acompañado por una creciente intolerancia. Simultáneamente se desarrolló y expandió socialmente una contracultura activa, intensificada fuertemente después de 1943, y que se tornó casi arrolladora desde 1976, e incluso perduró a partir de 1983 (Jorge Bosch, 1992). Ambos factores contribuyeron a espesar, lenta pero efectivamente, el manto de olvido, cuando no de subvaloración, que hoy vela el recuerdo del *normalismo argentino* y que tanto cuesta sacudir.

Se trata de un olvido injusto y cruel. Lo es en cuanto se refiere a la imagen histórica del educador, es decir, a la persona amable, generosa y amplia de Pedro Scalabrini, que fuera merecedora de otro destino, y también se juzga con displicencia cuando no con menosprecio, con respecto a su participación en la historia del pensamiento argentino, en la que desempeñó un protagonismo destacable, en relación con el advenimiento local sino nacional de los idearios krausista primero, y comtiano después. Además, en el campo educativo le cupo un papel singular en la estructuración y en la consolidación del normalismo en la pedagogía nacional.

# LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA EN ITALIA

## Sus primeros años y su familia. El momento histórico de su infancia y juventud.

Es muy poco lo que conoce en detalle acerca de la infancia y de la primera juventud de Pedro Scalabrini. Nadie ha dado cuenta de la existencia de documentación familiar disponible y accesible para la consulta<sup>12</sup>. Es posible que una investigación cuidadosa del tema pueda llegar a detectar alguna mejor fuente de antecedentes familiares en Italia, antes que en la Argentina. El hecho de que pertenecieran los Scalabrini a una familia relativamente destacada de la región lombarda de Como, permite suponer que allá se guardarán familiarmente o –tal vez– en instituciones, documentos y, posiblemente correspondencia familiar de singular valor para esclarecer, no sólo aspectos relacionados con los primeros veinte años de vida de Pedro, sino también testimonios de su vida adulta que debe haber transmitido epistolarmente a sus hermanos, con los que guardó una relación asidua y muy afectiva. Todos ellos estaban ubicados en funciones de relevancia en la vida social, política y religiosa, dado que uno de los hermanos fue obispo católico en el norte de la actual Italia.

Pedro Scalabrini había nacido en la pequeña ciudad de Como, en la provincia del mismo nombre, que forma parte de la Lombardía, en el norte de la que hoy es la República de Italia, y que –por entonces– era parte del reino Sardo<sup>13</sup>. Destaca Arturo Andrés Roig (1969: 5) que su cuna “no en balde había estado tan cerca del principal teatro de acción de Giuseppe Mazzini”<sup>14</sup>, como si este fuera un signo de predestinación para la militancia en el ideario liberal, de libertad y bien público, que profesó Scalabrini durante toda su vida.

<sup>12</sup> Recientemente nos enteramos que en 2012, Matilde Scalabrini Ortiz donó al Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Antonio Serrano” notas, manuscritos y materiales pertenecientes a su abuelo, Pedro Scalabrini. Además, dicho Museo dedicó una sala al recuerdo de Pedro Scalabrini. Leer el epílogo de este libro.

<sup>13</sup> El reino Sardo: equivale al reino de Cerdeña, del que dice Petriella (1987: 18): “El reino de Cerdeña, que entonces en la época de la madurez de Mazzini con capital en Turín, comprendía las actuales regiones italianas de Piemonte y Liguria, la isla de Cerdeña y las zonas de Niza y Saboya, que más tarde fueron cedidas a Francia. El 27 de abril de 1831 moría el rey Carlos Félix y le sucedía el príncipe Alberto de Saboya Carignano...”. Es justamente bajo el reinado de este monarca que nacería en 1849, en el reino Sardo, Pedro Scalabrini, pues Como se hallaba en la jurisdicción del reino.

<sup>14</sup> Giuseppe Mazzini (1805-1872): político, periodista y activista italiano que bregó por la unión de Italia. Escribió *Italia republicana y unitaria* (1831) y *Una nación libre* (1851).

Vino al mundo el 21 de diciembre de 1848, en el seno de una típica familia burguesa relativamente modesta, pero con cierta tradición cultural, cultivada en su intelecto y su espíritu, todo eso, en una zona notable por su belleza paisajística, situada al pie de los Alpes y al sudeste del lago de Como. Su pueblo natal, que aún hoy no supera los cien mil habitantes, está enclavado en una zona de producción predominantemente vitivinícola. También abundan allí las moreras, con cuyo follaje se crían gusanos de seda, tema que durante su vida en la Argentina aparecería más de una vez en sus clases y en sus propuestas.

En su ciudad natal realizó sus estudios secundarios en el Liceo local, con orientación docente. A través de sus cursos se encaminó definitivamente hacia el universo de la cultura superior y de la práctica pedagógica. Según alguna fuente bastante confiable, pues tuvo relación directa con él en sus últimos años, habría publicado en su patria un libro de versos juveniles (Máximo Victoria, 1915: 88), algo nunca confirmado. Sí sabemos, que sostuvo allá una intensa etapa de tanteos literarios juveniles en un ambiente y una época muy particulares y estimulantes de la vida cultural y artística de la surgente Italia, que aún vivía un romanticismo con cierto retraso temporal y ya evanescente. En un primer tiempo lo hizo bajo la plena lucha del *Risorgimento*, centrado en su ideario, y desde 1870, cuando se firmara el tratado de Letrán, Italia logró su unificación plena.

Cuando completó la primera etapa de sus estudios estaba lleno de ilusiones y de proyectos literarios y culturales, y es posible que se le hayan presentado muchas alternativas para orientar su vocación y elegir un futuro acorde con su sensibilidad y sus aspiraciones.

Tenía Scalabrini apenas once años de edad, cuando se produjo la llamada "Expedición de los Mil"<sup>15</sup>, que activó sin éxito la lucha por la unificación italiana y en la que salieron a luz divergencias insalvables entre Mazzini y Garibaldi. En los meses siguientes asistió al hundimiento completo de las esperanzas republicanas, cuando en 1861 se proclamó la nueva monarquía italiana, que no era sino una ampliación de la sarda hacia las tierras del sur,

<sup>15</sup> Dice Manuel Espadas Burgos (2001: 54) que "... el año 1860 es un año clave en el proceso unitario italiano. En gran medida su avance corresponde a las acciones de Garibaldi, especialmente a la Expedición de los Mil, los voluntarios de camisa roja que desembarcaron en Marsala el 11 de mayo para liberar Sicilia". Una serie de sangrientas victorias militares aseguró el dominio de la región a Giuseppe Garibaldi (1807-1882), quien se proclamó Dictador de Sicilia, pero el gobierno de Francia intervino, presionando para que las tropas garibaldinas no llegaran a penetrar en los estados de la Iglesia. Intervino también el conde Cavour y motivó con su habilidad política la subordinación de Garibaldi al rey Víctor Manuel, y su retiro del ejército, perdiéndose así la posibilidad de unificar a Italia, a la que faltaba incorporar Roma y la región central y Venecia, en manos respectivamente del papado y de Austria.

que con tanto sacrificio conquistaran Garibaldi y sus combatientes. Para colmo el nuevo Reino de Italia sólo daba respuesta parcial al ideario unificador, pues el mismo se había instalado con claudicaciones, aceptando la retención por parte del papado romano de una parte considerable de la península, que quedaba así sujeta al poder temporal de la iglesia, con jerarquía de Estado independiente. También subsistía una situación oprobiosa adicional, pues restaba otra amplia porción peninsular irredenta, en las manos armadas de Austria, tal como había sido consagrado por el tratado que se conoció como la Paz de Zurich, en 1859.

El nuevo rey italiano, Víctor Manuel II –hasta entonces monarca Sardo– asumió el trono de esa Italia aún fraccionada e incompleta. Esto violentaba la relación con los mazzinianos, ardientemente republicanos pues Italia se unificaba bajo un rey, el exmonarca sardo. La muerte temprana e inesperada del conde de Cavour<sup>16</sup>, dejó a Giuseppe Garibaldi como única figura liberal de envergadura en el concierto político, pero la suya era una personalidad más romántica e irracional que la del desaparecido artífice de la unidad italiana y no tenía la amplia aceptación de aquél, que era la que se hubiera requerido en el norte peninsular. Se inició entonces en Italia, una década turbulenta, con reiteradas y activas intervenciones militares extranjeras por parte de Austria y de Francia, que culminó en 1868 con otro gran levantamiento garibaldino, que se lanzó contra las posesiones papales. Este suceso desencadenó una gran represión oficial, conservadora y clerical, contra los adherentes al caudillo emocional, romántico y nacionalista y a su causa laica y unificadora de la nación, a la que los más exaltados querían transformar en república.

Pedro Scalabrini pertenecía ancestralmente a un hogar católico, pero con una tradición familiar liberal y republicana, en el que existía una acreditada adhesión al ideario de Giuseppe Mazzini<sup>17</sup>. Por eso apoyó decididamente

<sup>16</sup> Camilo Benso, conde de Cavour (1810-1861). Fue un estadista italiano, considerado el gran precursor y artífice de la unidad peninsular. Fue uno de los fundadores de la influyente revista liberal *Il Risorgimento*, en 1847, que dio su nombre al gran movimiento antiabsolutista, laicizante y unificador de la desmembrada Italia de la primera mitad del siglo XIX. Fue durante muchos años funcionario y ministro del reino Sardo, en el Piamonte, y llegó a presidir el Consejo de Ministros en 1852. Realizó notables reformas administrativas y jurídicas, pero sus esfuerzos por restringir las facultades temporales de la Iglesia fracasaron. Solicitó la ayuda de Napoleón III contra Austria que oprimía bajo su dominio a parte de Italia, pero eso le costó la cesión a Francia de Nizza y Saboya, que sería definitiva y que provocó en toda la península una intensa sensación de frustración pública. Poco antes de su muerte tuvo Cavour el alivio de ver la proclamación del Reino de Italia, aunque aún faltaban dos décadas para completar su más acariciado ideario: el de la unidad definitiva de todo el territorio.

<sup>17</sup> Giuseppe Mazzini (1805-1872): fue un destacado patriota, abogado y político italiano, nacido en Génova. En 1828 se unió al movimiento secreto de los carbonarios, razón por la que fue expulsado de su patria y debió emigrar a Francia, donde en 1831 fundó la asociación secreta de la *Joven Italia* destinada a la lucha contra el absolutismo, e inspirada en el ideal supremo de la reconstrucción y la unificación de Italia, entonces dispersa en múltiples pequeños estados. Ese movimiento confluyó con otro mayor, la *Joven Europa*, que tanto influyera sobre la generación argentina de 1837 (Palcos,

y desde su juventud más temprana a Garibaldi. Esa posición le atrajo persecuciones, por las cuales llegó el momento en el que el joven Pedro se vio obligado a encarar la posibilidad de marchar al exilio, debido a su fuerte compromiso con el llamado “*Risorgimento*” italiano<sup>18</sup>, movimiento que, en general, reunió en su entorno a las figuras más destacadas de la intelectualidad, del arte y de la política de ese tiempo en la Italia septentrional.

## El contexto formativo inicial

La primera característica del ambiente mental de la Italia más esclarecida de esos años, ha sido el hecho de que el pensamiento cultural y filosófico estaba íntimamente relacionado con el problema de la lucha por la unidad peninsular, ya fuera por la afirmativa en los liberales, los republicanos y los monarquistas constitucionales, o por la posición antagónica en los conservadores y en los ultramontanos, favorables al absolutismo y relacionados con los sectores más reaccionarios de la Iglesia y con Austria, la tradicional enemiga de la unificación italiana y del liberalismo. Incluso el clero católico llegó a estar dividido en ese mismo sentido, a pesar de la posición oficial de la Iglesia, bregando muchos de ellos por mantener intactos y a toda costa sus privilegios territoriales.

Además, las clases más ilustradas de la burguesía y de la baja nobleza, seguían muy ávidas y activamente el acontecer cultural europeo, en especial el de Francia, cuyas pugnas internas en el campo de las ideas filosóficas y sociales, y también de la creación científica y artística, tenían enorme repercusión e influencia en el norte de Italia. Así fue que los movimientos revolucionarios y sociales expresados ruidosamente en las revoluciones de

1940). Intelectualmente Mazzini, era laico y materialista, y profesaba un republicanismo adverso a la monarquía sarda imperante en el norte de Italia. Fue condenado varias veces a muerte, pero logró siempre salvar su vida, pasando casi toda ella en el exilio. Trabajó asociadamente con Garibaldi, pero fracasó en su intento de lograr la constitución de una Italia republicana. En 1863, constituido ya el Reino de Italia, trató sin éxito de sublevar los Estados Pontificios, que entonces abarcaban gran parte de Italia central y sur, para incorporarlos a la gran república unificada que soñaba y por la cual luchaba contra el absolutismo.

<sup>18</sup> El *Risorgimento* italiano es una expresión con múltiples significados en la Italia del siglo XIX, previamente a la unificación peninsular, pero en general, se denomina así al movimiento liberal, predominantemente republicano –aunque con aceptación de la monarquía constitucional como alternativa política– reunido y consolidado alrededor de la revista así editada por Cavour y sus compañeros de acción, *Il Risorgimento*, aparecida en 1847. Tuvo fuerte vigencia hasta la consumación de la unidad política y territorial de Italia en 1870, aunque la relación entre el Estado italiano y la Iglesia recién se normalizaría definitivamente con el Tratado de Letrán, signado en 1929. Los partidarios del *Risorgimento* fueron perseguidos con dureza y, en muchas ocasiones, con ferocidad. Por las anteriores consideraciones, no sería extraño que Pedro Scalabrini hubiera pasado a integrar alguna de las ramificaciones secretas del *Risorgimento*, razón que hacía cada vez más peligrosa su permanencia en Como y más aún, en la península itálica.

1830 y 1848 en Francia, se propagaron rápida y efectivamente en Italia, a pesar de la fuerte represión, en la que coincidieron unánimemente la monarquía, la Iglesia y la ocupación austríaca, y que contó con el aval del papado romano.

Después de poco más de una década de la iniciación del período más activo y represivo de la llamada Restauración en Europa, protagonizada por la Santa Alianza, tras la caída en 1815 del régimen de Napoleón I en Francia. En consecuencia, sobrevino una época en la que las tendencias dominantes en el pensamiento filosófico europeo –y en especial en el francés– se caracterizaron por el predominio de las corrientes de oposición al absolutismo y, en gran medida, continuadoras de la Ilustración del siglo XVIII, como por ejemplo, lo fuera la llamada *ideología*, encabezada por los filósofos Destutt de Tracy<sup>19</sup> y Cabanis<sup>20</sup>, quienes representaban una posición naturalista –acentuadamente fisiologista– en su planteo cognitivo y con una base antimetafísica en el plano ontológico. La misma contó con una extensa adhesión entre los intelectuales disconformes de la Europa restaurada y controlada por la hegemónica Santa Alianza (Kissinger, 1973).

Al mismo tiempo –aunque con una adhesión menos numerosa– las corrientes idealistas de pensamiento, adherían al espiritualismo, también de origen francés propuesto por Maine de Biran<sup>21</sup>, pero dentro del planteamiento que aquí interesa, esas ideas parecen haber pesado mucho menos que las de la *ideología* en la formación intelectual del joven Scalabrini, por más que éste,

<sup>19</sup> Antoine Louis Claude Destutt de Tracy (1754-1836), filósofo francés. A él se debe la creación de la denominación de *Ideología* para abarcar, continuando la línea de pensamiento de Étienne Bonnot de Condillac (1714-1780), basada en “*el análisis de las sensaciones y de las ideas*”, por un camino en el que el entendimiento analítico del fundamento cognitivo humano acercó a sus adeptos al naturalismo y a la fisiología del sistema nervioso, especialmente del cerebro. Los ideólogos se sentían herederos del pensamiento ilustrado, repudiaban el absolutismo del Antiguo Régimen tanto como lo hacían con respecto al terror revolucionario instaurado en Francia en 1789, y a su sucesión: el absolutismo guerrero bonapartista. En el pensamiento de Pedro Scalabrini quedaron manifiestas huellas de esta posición, que se expresaban incluso en el curso de sus clases, cuando se refería a la Revolución Francesa en forma moderada y crítica, como lo refiere Víctor Mercante (1922: 381).

<sup>20</sup> Pierre Cabanis (1757-1808), fue un médico y pensador francés que sometió a crítica y perfeccionó muchas de las ideas de Condillac, particularmente con referencia a la relación entre el conocimiento y la fisiología cerebral. Sus ideas influyeron marcadamente en el sistema de Destutt de Tracy, y llegaron a constituir la base nosológica de la denominada *ideología*. El *naturalismo* de Cabanis, le llevó a postular que incluso las ideas, la vida consciente y las valoraciones morales responderían a una base de “*sensaciones internas*”; en consecuencia, postulaba que el cerebro efectúa una especie de digestión de las impresiones y de las sensaciones “*segregando*” así el pensamiento. Cabanis fue un materialista científico, ajeno a toda preocupación por el dualismo cartesiano, pero en sus últimos años (1806), admitió como exigencia de la filosofía que profesaba, la necesidad de considerar en la mente humana la participación de un ente inteligente superior, trascendente al individuo y también de la realidad de la existencia del alma en este último.

<sup>21</sup> Marie François Pierre Maine de Biran (1766-1824). Filósofo francés que irrumpió con una interpretación espiritualista en el ambiente dominado por el sensualismo y la ideología. Partió de la idea de que no es lo mismo sentir (sensorialmente) que sentir que se siente (espiritualmente), reivindicando a la conciencia como a una especie de inspiración divina residente en el cuerpo. El pensamiento de Maine de Biran representa una prolongación de las ideas clásicas de los pensadores franceses del siglo XVII, en especial de Blaise Pascal (1623-1662), de René Descartes (1596-1650) y de Michel de Montaigne (1533-1592), que casi un siglo más tarde continuarían su vigencia en la base de la obra filosófica de Henri Louis Bergson (1859-1941).



en sus primeros años juveniles, parece haber profesado un idealismo de tinte romántico con influencia espiritualista, algo que lo predispuso para su ulterior adhesión al krausismo<sup>22</sup>.

Mucho menos aún actuó en su formación intelectual la influencia de otro movimiento político-filosófico de su tiempo: el tradicionalismo, que en sus aspectos filosófico y político fue expresado por de Bonald<sup>23</sup>, de Maistre<sup>24</sup> y Lamennais<sup>25</sup>, que eran en gran medida herederos de la tradición regalista y

<sup>22</sup> Krausismo: el breve artículo que sigue, ha sido tomado de Fernando Ferrater Mora (1997). Se ha elegido porque trata acerca de esta escuela filosófica en España, que guarda tanto paralelismo con lo sucedido en el área rioplatense. La presentación de su eclosión original, muy anterior en Alemania, resultaría completamente exótica: *“La filosofía de Krause, que no ejerció gran influencia en el pensamiento filosófico general, consiguió, sin embargo, agrupar un número bastante considerable de discípulos que expusieron y propagaron sus ideas, particularmente en el dominio de la Filosofía del Derecho. Entre ellos debe mencionarse a Leonhardi, Ahrens, Röder y Schliephake, y más recientemente a Tiberghien y Boeck, que introdujeron el krausismo en Bélgica. Un destino mucho más afortunado tuvo el krausismo en España, donde fue introducido primeramente por Sanz del Río, que estudió en Heideberg con Leonhardi y Röder, y fue proseguido por sus discípulos directos e indirectos (Federico de Castro, Tomás Romero de Castilla, que intentó conciliar el krausismo con el catolicismo, José de Castro, F. de P. Canalejas, &c.) y, sobre todo, don Francisco Giner de los Ríos. El krausismo constituyó en España, más que una dirección filosófica propiamente dicha, un movimiento de renovación espiritual que tendía a remozar las energías nacionales en todas las esferas, particularmente en la educación y en la política. En este sentido pertenecieron al krausismo casi todas las principales figuras de la intelectualidad liberal española de la segunda mitad del siglo XIX, incluyendo en ella pensadores y políticos como Pi y Margall, Emilio Castelar, profesor de Historia en la Universidad de Madrid, Nicolás Salmerón, profesor de Metafísica en la misma (Concepto de la Metafísica, 1870; Principios analíticos de la idea del tiempo, 1873); González Serrano, &c. En general, todo el republicanismo liberal se centró en torno al krausismo, sin que este término significara siempre la adhesión estricta a las doctrinas del filósofo alemán. El krausismo se enfrentó de este modo, por el campo filosófico, con el escolasticismo; por el campo político, social y educativo, con el tradicionalismo. Como una prolongación de los primeros círculos krausistas de Sanz del Río puede considerarse a la Institución Libre de Enseñanza, fundada por Francisco y Hermenegildo Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate, Joaquín Costa, Montero Ríos, &c., que tuvo en la vida intelectual española una significación considerable y que extendió el «krausismo» en aquel sentido de afán de renovación antes apuntado. Profesores en la Institución fueron, además de sus fundadores, Juan Valera, Simarro, así como numerosos discípulos de Giner de los Ríos. Entre estos últimos se cuentan Adolfo Posada, Pedro Dorado Montero, Alfredo Calderón, Manuel Bartolomé Cossío, Julián Besteiro, José Castillejo, Fernando de los Ríos, Caso, Ribera Pastor, en parte M. García Morente, el psicólogo J. V. Viqueira, &c., que evolucionaron casi todos en sentidos diferentes (Dorado Montero hacia el positivismo; Besteiro y Fernando de los Ríos hacia el socialismo marxista entendido como el verdadero humanismo; Ribera Pastor hacia el neokantismo; &c.). La influencia del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza decreció en el orden filosófico desde comienzos del siglo XX, momento en el que irrumpieron, con una nueva generación, un nuevo estado de espíritu y diferentes corrientes filosóficas (generación del 98, generación de Ortega y Gasset).”*

<sup>23</sup> Louis de Bonald (1754-1840). Se trata de un pensador francés que profesó un dualismo filosófico, según el cual residirían en la mente revelaciones y verdades innatas puestas por Dios en el inicio de la humanidad. De ellas emanarían no sólo las nociones morales, sino también, la legalidad social y la legitimidad del poder. Dio a ese pensamiento una dimensión predominantemente social, con un determinismo antiindividualista, notablemente contrastante con la sensibilidad romántica, eclosionada en 1830, en especial con la postulación de que *“... el hombre sólo existe para la sociedad y la sociedad sólo lo forma para sí misma”*. De aquí al meollo del materialismo social, sólo faltaba un paso decisivo, la ruptura con la metafísica y el deísmo, que ya flotaba en los ambientes revolucionarios de Francia y de Alemania. Esta corriente despertó muy escasa atención en sus contemporáneos, manteniéndose activa sólo en círculos muy minoritarios.

<sup>24</sup> Joseph de Maistre (1753-1821). Fue un escritor y pensador francés, nacido en Saboya, es el más enconado exponente del pensamiento tradicional y conservador, católico extremo y ultramontano en política, reivindicador de la teocracia y del absolutismo, en un régimen en el que el soberano, lo sería por derecho divino. Asumió el papel de conductor de la reacción absolutista. La suya fue una filosofía adecuada para acompañar la restauración europea por parte de la Santa Alianza, a partir de la derrota de Napoleón Bonaparte en Waterloo (1814). Estas ideas se cultivaron en sectores de la aristocracia, del clericalismo y de la alta burguesía y, seguramente, fueron por completo ajenas al ambiente intelectual que rodeó la juventud de Scalabrini, en el que su pensamiento de entonces, parece haber estado dominado por la ideología francesa, acompañada por un vago y desvaído romanticismo tardío y, en menor medida, participó de las posiciones encontradas del espiritualismo ecléctico y, en oposición hacia ciertos avances premonitorios del materialismo positivista y “parapositivista”, aun sin expresión manifiesta en el joven Pedro Scalabrini en el momento de su llegada a la Argentina en el año 1872.

<sup>25</sup> Robert de Lamennais (1782-1864). Ha sido un eclesiástico, un filósofo y escritor católico francés, que en el sacerdocio alcanzó el rango de abate. A pesar de ello, sus doctrinas no agradaron a la Iglesia pues antagonizó con la teología ortodoxa al quitar a la verdad de la fe todo apoyo racional y, al postular que Dios había dado a los hombres un fondo de razón



católica a ultranza, puesto que familiarmente, los Scalabrini militaban en el sector antagónico, pero sólo muy moderadamente por la condición católica del hogar, tal vez sólo sostenida con determinación por la madre que pronto tendría a uno de sus hijos ordenado sacerdote.

Estas últimas ideas se cultivaron en sectores de la aristocracia, del clericalismo y de la alta burguesía y seguramente, fueron por completo ajenas al ambiente intelectual que rodeó la juventud de Scalabrini, en el que parecen haber dominado la ideología francesa, un vago y poco preciso romanticismo tardío y, en menor medida, las posiciones encontradas del espiritualismo ecléctico y básicamente tolerante, con ciertos avances –en particular en cuanto a las concepciones biológicas y naturalistas– que aparecían como premonitorios del materialismo positivista comtiano (ya en plena vigencia pues Augusto Comte (1798-1857), había publicado su *Curso de Filosofía Positiva* entre 1830 y 1842 y de las diversas posiciones que podrían denominarse “parapositivistas”, aún sin expresión manifiesta en la mente de Pedro Scalabrini en el momento de su llegada a la Argentina en 1872).

Por último debe destacarse otra influencia que seguramente debió llegar a Pedro Scalabrini en sus años formativos y se sobrepuso –o se complementó en él– a la de la *ideología*, sentando en su mente las bases para la admisión del ya mencionado *krausismo* que años después lo atrajo en su primera etapa argentina, al punto de haber sido el vocero inicial de esas ideas (Andrés Roig, 1985). Se trata del ideario de Víctor Cousin<sup>26</sup>, uno de los filósofos más influyentes del pensamiento francés –y por proyección, del de la América de origen español– del período medio del siglo XIX.

común y compartida del que sería depositaria la sociedad y no la Iglesia. Se opuso al individualismo tanto al ilustrado como al romántico. A partir del movimiento revolucionario de 1848, adoptó una posición radicalizada que no abandonó hasta su muerte, desertando del tradicionalismo más conservador. Su obra mayor fue *Palabras de un creyente*. Una obra que, ya fuera por sus ideas o por su estilo atractivo, tuvo influencia en el Río de la Plata, en particular sobre la generación romántica y antirrosista de 1837 (José Ingenieros, 1978, III: 273).

<sup>26</sup> Víctor Cousin (1792-1867). Fue un pensador francés, que elaboró una versión de la filosofía con especial vigencia en la primera mitad del siglo XIX. Fue la suya una postulación a la que Nicola Abagnano (1996: 359) llama espiritualismo romántico, que más que un sistema filosófico es un método y una filosofía práctica. Como método postula la necesidad de “...llevar a la luz de la conciencia las verdades que en ella se hallan implícitamente contenidas”, las que no serían otras que las que postulan el espiritualismo y el deísmo clásicos, aunque sostenidas en una forma laxa y tolerante.



## EL ESPIRITUALISMO

El *espiritualismo*<sup>27</sup> ecléctico o, simplemente *eclecticismo*<sup>28</sup> de Víctor Cousin fue la filosofía oficial de Francia en tiempos del rey Luis Felipe (1830-1848). Reale y Antiseri (1995:241) sintetizan así las enseñanzas de esta corriente filosófica: “...el *espiritualismo*, enseña la *espiritualidad del alma*, la *libertad y la responsabilidad de las acciones humanas*, las *obligaciones morales*, la *virtud desinteresada*, la *dignidad de la justicia y la belleza de la caridad*”. El *espiritualismo*, además, enseña que “*más allá de los límites de este mundo hay un Dios*”, que crea a la humanidad, le confía una noble finalidad, y que “*no la abandonará a lo largo del misterioso desarrollo de su destino*”. Más aún, el *espiritualismo* es la filosofía que “*defiende el sentimiento religioso*” y “*favorece el verdadero arte [...] y la gran literatura*”. La filosofía *espiritualista*, en definitiva, es “*la aliada natural de todas las buenas causas*”. Y entre estas buenas causas, Cousin incluye el hecho de que dicha filosofía “*es el apoyo del derecho, rechaza por igual la demagogia y la tiranía; enseña a todos los hombres a respetarse y amarse, y conduce poco a poco a las sociedades humanas hasta la verdadera república, este sueño de todas las almas generosas, que en Europa, y en nuestros días sólo puede realizar la monarquía constitucional*”.

Exceptuado la exaltación de la religión y los últimos párrafos, expresión de monarquismo, seguramente elaborados *ad hoc* como parte del papel de filósofo oficial que desempeñaba Víctor Cousin, casi no hay concepto de los enunciados que no corresponda, en alguna medida, al retrato *espiritual* de Pedro Scalabrini, que se mantuvo subyacente a sus futuros *naturalismo* y *cientificismo*, en los que años más tarde, se sobreañadió la huella de Augusto Comte y la de su credo *positivista*. Estas influencias se expresaron más notoriamente en su desempeño vital y profesional concreto, especialmente

<sup>27</sup> *Espiritualismo*: se trata de la designación corriente para la escuela *espiritualista* francesa, vigente en el intervalo entre ambos bonapartismos en el siglo XIX (de Napoleón I a Napoleón III), centrada especialmente en el *eclecticismo espiritualista*, cuyo mentor máximo era el filósofo francés Víctor Cousin.

<sup>28</sup> *Eclecticismo*: etimológicamente el *eclecticismo* (de *eklekein* =elegir, del griego clásico), es primariamente en la historia de la filosofía, una escuela filosófica griega, que se destacaba por escoger, en forma desprejuiciada y oportunista, elementos conceptuales, pautas doctrinarias y formas de visión de la realidad y del contexto, entre las postuladas por las diversas escuelas, tratando de compatibilizar y de dar un sentido asociado a esa heterogénea cosecha. Hay mucho de conciliatorio y de tolerante en el *eclecticismo*, en especial cuando pasó a Roma y fue representado por Cicerón. Pero, lo que aquí interesa es el *eclecticismo espiritualista*, preconizado en el siglo XIX por Víctor Cousin (1792-1867). Agregaremos a lo aportado aquello que Alejandro Korn (1940: 173) dice al respecto: “...la poca importancia que conserva para la posteridad [esa corriente filosófica] no amengua la enorme importancia que en su tiempo ejerció en Francia y en los países sometidos a la influencia del pensamiento francés, entre los cuales se cuenta el nuestro...” (...) “...desprovista de originalidad, la filosofía de Cousin combina a Descartes con Platón, a Leibniz con Hegel, y arriba no a conclusiones, sino a impresiones, insinuaciones, sugerencias cuya vaguedad así tanto comprende como excluye el panteísmo o el deísmo”. Pedro Scalabrini tiene siempre también, un innegable resabio ecléctico por debajo de sus adhesiones sistémicas, por apasionadas que parezcan.

en su pedagogía y en su interpretación de la psicología y de la ciencia en general, aunque la primera –analizada a fondo– es en él, una amalgama de sistemas, realmente heterodoxa, y contiene –además de un fuerte sesgo personal– un indisimulable componente pestalozziano<sup>29</sup> y, paulatinamente agregó a esos elementos una sensible carga krausiano-positivista (así califica más de un estudioso a la extraña y casi contradictoria simbiosis de ambas teorías hacia el último tercio del siglo XIX (véase Enrique M. Ureña, 1988). No ha dejado mucho material escrito, pero en su expresión quedan ciertas constantes originales de cada una de esas fuentes, entramadas con su libre y personal modo de sentir la docencia.

En la evocación de una de las clases de Scalabrini en la Escuela Normal de Paraná, Máximo Victoria (según la transcripción que hace su hijo, Marcos Victoria, 1985: 380), da cuenta que en ella se produjo lo que él supone ser la descalificación indirecta ante los alumnos, de la filosofía de Víctor Cousin, efectuada a través de la lectura comentada de juicios de Augusto Comte sobre la misma, pero Scalabrini, se limitaba a dar cuenta de esas ideas mediante lecturas apropiadas, él sólo exponía y no emitía su propia opinión, y revelaba así conocer bien las ideas de Víctor Cousin y su marco crítico, pero no llegaba a imponer a los alumnos una posición antagónica que, según otros testigos, no habría nunca sentido hacia Cousin.

Como el acceso de Pedro Scalabrini al pensamiento y a las ideas filosóficas de Augusto Comte fue relativamente tardío en su desarrollo ideológico (Perelstein, 1953; Roig, 1967), cabe suponer que el pensamiento o la metodología del *eclecticismo*, ya venía, bien asentada en él, incluida en el bagaje ideológico previo, traído consigo desde sus años italianos de formación profesoral, por parte del futuro docente de Filosofía de la Escuela Normal de Maestros de Paraná. Además, Arturo Roig (1969) aporta datos reveladores al respecto, pues en 1872, ya en Paraná, se declaraba Scalabrini partidario del *eclecticismo*, invocando para ello la autoridad de Victor Cousin.

<sup>29</sup> Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827). Fue un renombrado educador suizo nacido en Zurich, comprometido desde joven con la reforma social, política y humanitaria enfocada especialmente en la educación. Estableció en 1774 un orfanato cerca de su ciudad natal, en el que enseñó a los niños internos los rudimentos de la agricultura, un esfuerzo filantrópico que fracasó en 1780 por causas económicas. Más tarde, en 1780, escribió Pestalozzi sus *Veladas de un solitario*, una obra que reúne una serie de profundas reflexiones y aforismos en los que se puede rastrear gran parte de su pensamiento básico. En la década siguiente terminó una novela en cuatro tomos, intitulada *Leonardo y Gertrudis*, estructurada según su criterio reformista, además con un dejo rousseauniano, a veces un poco desvaída y de pesada lectura. En 1798, Napoleón Bonaparte invadió con sus tropas el pueblo de Stans, en el que residía el educador, y masacró a su gente. Tras esa catástrofe, Pestalozzi recogió a varias docenas de víctimas infantiles y cuidó de ellas piadosamente. En 1805 fundó en Yverdon, su famosa Boarding School, base de la que sería su obra *How Gertrude teaches her children*. Friedrich Froebel (1782-1852) y Johann Friedrich Herbart (1776-1841) siguieron sus enseñanzas y las difundieron. Sus teorías y métodos sirvieron, con sus fundamentos y en buena medida, de base conceptual y práctica para la educación moderna.

En definitiva, el joven egresado del Liceo de Como, había completado a sus casi veinte años de edad un paseo formativo por las más avanzadas ideas relativamente liberales y no confrontativas de su tiempo, por eso tenía una posición intelectual asumida que lo calificaba como libre pensador en lo filosófico. Además, estaba imbuido de los principios noseológicos del *naturalismo*<sup>30</sup>, con un ánimo dotado de un vago pero sensible idealismo y con influencias eclécticas indudables. No era ni aspiraba a ser un pensador profundo, ni le atraían las abstracciones ni las especulaciones complejas, tampoco lo hacían los sistemas rígidos.

Esa actitud, si se quiere práctica y simplista, fue evidente en toda su trayectoria en cuanto a los sistemas filosóficos profundos y fuertemente racionales. Raramente estuvieron en su boca Inmanuel Kant (1724-1831) o Arthur Schopenhauer (1788-1860), menos aún Georg W. F. Hegel (1770-1831) o Gottfried Leibniz (1646-1716), por más que Víctor Mercante destaca cómo los encaraba en su visión didáctica de la historia de la filosofía (Mercante, 1915). Pedro Scalabrini necesitaba –y raramente iba más allá de eso– mucho más que sistemas especulativos con gran concentración teórica, disponer de una filosofía casi pragmática, abreviada y centrada en la ética y en la acción, o sea, un sistema práctico y ordenador para lo social y lo humano, al par que normativo para la conducta individual y social. No tenía necesidad de profundas disquisiciones lógicas y metafísicas, menos aún, de adoptar un sistema complejo como el de Hegel.

A través de algunos de sus profesores había recibido una nutrida herencia de Johann-Heririch Pestalozzi (1746-1829) – tal vez, previamente mediada a través de terceros– o el legado fue directo si, como es casi seguro, Scalabrini hubiera leído alguno de sus escritos pedagógicos o los extensos volúmenes de *Leonardo y Gertrudis*. De otros pensadores heredó una carga de sensibilidad romántica, que seguramente expresó en el supuesto tomo de poemas que se

<sup>30</sup> Naturalismo: se trata de una concepción filosófica y también de un estilo artístico y estético, fundamentalmente literario, muy relacionado con el realismo. Éste se basa en el arte de reproducir la realidad tal cual “es”, procurando la máxima objetividad documental, sin desdeñar ninguno de sus aspectos, ya se trate de aquéllos más sublimes, como de los más vulgares y desagradables. En lo filosófico, el término *naturalismo*, denomina en general a las corrientes filosóficas que asumen a la naturaleza como el principio único de todo aquello que es real. Según esta concepción no existe nada más que naturaleza, mediada por fuerzas y causas del tipo de las estudiadas por las ciencias físico-naturales para poder comprender el entorno total de la vida. Esa posición sostiene que todos los conceptos relacionados con la conciencia y con la mente deben referirse a entidades restringidas a ser reducidas a relaciones de interdependencia estructural y funcional y sólo debidas a fuerzas y causas naturales. Se rechaza la existencia objetiva de lo sobrenatural, o la dualidad preconizada por las religiones y la teología, también la idea de finalidad (teleología). Confía a la ciencia el avance del conocimiento en forma exclusiva. El naturalismo reconoce única realidad ontológica a la resultante de la percepción. Ha sido usual en la epistemología de las ciencias naturales como base cognitiva voluntariamente acrítica para sus construcciones conceptuales, pero esa es una actitud metodológica más que metafísica. Véase al respecto Adelaida Ambroggi (Ed.): *Filosofía de la Ciencia: El giro naturalista* (1999).

le asigna y que ninguno de sus biógrafos corrientes tuvo en sus manos ni supo el título.

Como el acceso de Pedro Scalabrini al pensamiento de Augusto Comte fue relativamente tardío (Perelstein, 1953; A. A. Roig, 1967), cabe suponer que el pensamiento del eclecticismo venía bien asentado en él, en el bagaje ideológico previo, traído consigo desde sus años italianos de formación, por parte del improvisado profesor de Filosofía de la Escuela Normal de Maestros de Paraná.

En cuanto a lo político era liberal, hasta si pudiera decirse, temeroso de las ideologías fuertes, que ya bullían en su entorno, pues el *Manifiesto Comunista* es de 1848, y el pensamiento de Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), el de Mijaíl Bakunin (1814-1876) y el de los anarquistas y socialistas revolucionarios que configuraban la Europa de Aleksandr Herzen (1812-1870), se acercaban a una gran ruptura como la que se dio con la Commune de París (1870) y persistió a la derrota del intento parisino, haciéndolo en forma de sorda, pero activa gimnasia revolucionaria, pero que ya no eclosionaría en lo que restaba del siglo XIX, y cuando lo hiciera, en 1818-1819, sería donde menos podían imaginar los revolucionarios profesionales de Berna y Zurich de los años de Pedro Scalabrini.

En lo humano Pedro Scalabrini era pacífico y tolerante, y había configurado un estilo suyo que lo distinguió durante toda su vida, en la que no hay anécdotas ni escritos que evidencien beligerancia espiritual o física alguna, que no fuera la que lo guiaba en su laicismo y su antidogmatismo. En un balance preliminar de su vida juvenil italiana no se puede arribar a otra conclusión que aquella, de que estaba hecho para llevar una vida equilibrada, sin grandes riesgos y con perspectivas a largo plazo de transformarse en una figura destacada de la sociedad burguesa y tradicional a la que pertenecía y en la que se desarrollaron sus hermanos con aparente éxito personal y social.

## La decisión de migrar

¿Qué movió entonces al muy joven Pedro Scalabrini para alejarse de su tierra con un gesto tan drástico como fue el de emigrar a América del Sur? ¿Fue, acaso, un temprano desajuste con las perspectivas de la sociedad a la que pertenecía, o hubo tal vez, una ruptura familiar –que parece muy rara

en su caso– o un desengaño romántico?. En general la vida de Giuseppe Mazzini ofrecía el paradigma clásico para los jóvenes burgueses ilustrados y participantes del pensamiento liberal, como lo era el veinteañero Scalabrini: escapar a las persecuciones, pero hacerlo a la cercana Europa, para después retornar a ocupar su lugar en una sociedad, que para él no estaba cerrada como para aquellos menos favorecidos por la educación, la fortuna o por la cuna. El seguimiento de las vidas de sus hermanos que permanecieron en Italia lo prueba. Sin embargo, en su caso fue diferente, pues se llegó a una situación de desarraigo definitivo.

Es muy improbable que el suyo respondiera a razones motivadoras corrientes y haya sido un caso similar al del grueso de los inmigrantes sardos –genoveses y lombardos, en especial– que llegaron al Río de la Plata, dispersándose por Montevideo, Entre Ríos, Corrientes, Asunción y, con menor frecuencia por el Buenos Aires rosista.

Mediando el siglo XIX, y aún antes, abundaban en Italia los casos en los que emigraba el núcleo familiar entero, especialmente cuando se trataba de algunas familias burguesas que fueron perseguidas políticamente. Muchos de ellos llegaban muy pronto a una nueva tierra en la cual establecerse y consolidar una fortuna. En otros casos se trataba de desertiones de marinos y de tripulantes sardos de menor fortuna, los que al tocar sus naves puertos rioplatenses, se veían seducidos por sus compatriotas migrados y en proceso de enriquecerse o ya consolidados definitivamente, eran estos últimos los que con frecuencia necesitaban de ellos como capataces, empleados o secuaces de negocios tanto los lícitos como en los de dudosa índole, en los que muchos se habían involucrado.

Ese proceso realmente había acontecido desde la década de 1820, y había dado lugar a una corriente humana tan densa que, prácticamente tanto la navegación de cabotaje comercial, como lo requería el comercio de cueros y productos rurales, así como los negocios de la sal y de los géneros a lo largo de los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, estaba en manos de inmigrantes sardos. Muchas familias actuales de la región, derivan de esta oleada migratoria. Pero, Pedro Scalabrini no había llegado a América del Sur para hacer fortuna material. Ni su fortuna ni su vocación lo llevaban a eso.

No hay testimonios directos acerca del por qué de la decisión de Scalabrini de migrar a la Argentina, pero la suya, aparece mucho más como una decisión profunda e íntima de dejar para siempre su tierra natal y reconstruir su vida

lejos, que como fruto de un impulso momentáneo y apresurado de escape por causa romántica o política, aunque este último pudo haber sido el detonante fortuito pero final de su salida, tal como lo expresa la tradición familiar y que también fue retenida y propagada por parte de algunos de los que fueron sus amigos o compañeros de sus hijos argentinos.

Es muy posible que influyera fuertemente en el núcleo inicial de la decisión de Pedro, su conocimiento de las obras del destacado y andariego médico lombardo Paolo Mantegazza<sup>31</sup>, las que, por entonces, gozaban de gran popularidad en Italia.

A través de la obra de Mantegazza *Sulla America Meridionale. Lettere mediche*, publicada en 1858, en Milano; seguida más tarde por *Rio de la Plata é Tenerife; viaggi e studi*, también editada en aquella ciudad en 1867, pudo obtener el joven Scalabrini, aún afincado en su pueblo natal, valiosas noticias de primera mano acerca de la República Argentina, particularmente sobre las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, las que coincidentemente, serían aquellas en las que desplegaría la mayor parte de su futura actividad<sup>32</sup>.

Tampoco debe descartarse alguna influencia directa o indirecta de Ramorino o de Mosotti, quienes conocían el medio rioplatense durante años o meses de estadía, podían darle referencias muy concretas e incluso recomendaciones personales. Ellos practicaron la docencia, recorrieron el interior y publicaron atractivas obras narrando sus experiencias y destacando cuánto campo había

<sup>31</sup> Paolo Mantegazza (1831-1910). Fue un renombrado médico y antropólogo italiano, nacido en Monza, sobre el río Lambro, en la Lombardía y relativamente cerca de Como, quien realizó extensos viajes por el mundo. Escribió obras en las que describía con desparpajo y amenidad, pero también con cierta irritante dureza europeoecéntrica que, en ocasiones llegaba a ser cruel por su soberbia, al aludir a los países visitados. Estuvo en la Argentina, donde recorrió el litoral mesopotámico, llegando hasta el Paraguay –del que dejó una visión exagerada y casi cruel– y después estuvo algún tiempo en las provincias de Tucumán y de Salta. Sus numerosas obras publicadas, versan sobre viajes, psicología, sexología, etnografía y antropología. En 1870 fundó el Museo Antropológico-Etnográfico de Florencia. Gozó en su tiempo de gran popularidad como viajero y divulgador médico, incluso con incursiones sobre temas de sexología, muy audaces para su época (e intencionadamente preparados por él para ese fin exhibitorio) y que le atrajeron un vivo interés del público lector que perduró hasta mucho después de su muerte, con continuadas ediciones españolas en el siglo XX, al menos hasta cerca de 1950. Poco es lo que sabemos acerca de las posibles relaciones con Mantegazza sostenidas con Scalabrini, pero esto es algo extraño e íntimo que estaba generalizado en él, pues también calla acerca de su posible conocimiento con Guido Boggiani, con Ramorino, con Latzina, que era lingüista y estaba muy cerca de Lafone Quevedo, y estudiando los idiomas de las parcialidades “guaycurú” en el Chaco Boreal. Así mismo sucedió, con el docente y recorridor de la zona, el andariego Adamo Lucchessi (Verón, 2014). Menos aún con el explorador Giacomo Bove, que recorrió, en tren de estudio y aventura, los ríos Paraguay y Paraná, promovido por Carlos Bosetti y que fue amigo de Boggiani y de Luigi Balzán. Pareciera que no se interesaba por sus compatriotas que andaban por la región, por más que desde la nacionalidad compartida, hasta la curiosidad científica debió de haberlos conectado, además de atraerlos mutuamente.

<sup>32</sup> Sobre esta suposición no existen pruebas documentales, dado que faltan referencias escritas de Pedro Scalabrini acerca del tema, pero el primer autor de esta biografía, recibió hace muchos años (1957) el testimonio oral de don Plinio Muschietti, quien fuera un culto y distinguido amigo del hijo mayor de Pedro: Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959) y, a quien el mismo le habría comentado que se debía fundamentalmente a la lectura de Mantegazza el hecho de que el exilio político paterno –que, según el hijo de don Pedro, efectivamente lo hubo– recalara en la Argentina. Esto se ve reforzado por el hecho de que los Scalabrini no tenían familiares cercanos ya afincados en la Argentina que pudieran haber orientado sus preferencias.



en el Río de la Plata para las mentes activas y curiosas. Era algo que se veía reforzado por la vocación naturalista de Scalabrini, que es muy posible haya sincerado ante ellos. Pero, éste es terreno nebuloso y todo lo que podemos hacer es acumular inferencias, esperando que en archivos italianos sea posible el hallazgo de algún material documental. Se trata de una senda metodológica que no puede dejar de recorrerse.

Como ya se expuso precedentemente, pertenecía Pedro Scalabrini a una familia unida y culta. Aún desde lejos, se mantuvo siempre muy cercanamente vinculado con uno de sus hermanos, Angelo Scalabrini<sup>33</sup>, quien enviaba en la década de 1890 asiduas contribuciones a la revista *La Escuela Positiva*, publicada por esos años en la ciudad de Corrientes, ilustrando a través de las mismas, amplia y amenamente, acerca del ambiente cultural europeo de entonces. Ese mismo hermano tuvo ocasión de visitarlo en Corrientes, después de 1895 y ambos realizaron juntos un audaz viaje fraterno de exploración naturalista y geográfica, como se verá más adelante. Además Angelo Scalabrini mantuvo una permanente y destacada relación con la Argentina, a la que dedicó varios escritos y un libro de cierta envergadura<sup>34</sup>.

Otro de sus hermanos, Giovanni Battista Scalabrini, se ordenó como sacerdote católico y llegó en su vejez a establecerse en un alto nivel en la jerarquía eclesiástica católica, alcanzando el obispado. También estuvo en Buenos Aires, visitando a su hermano Pedro a principios del siglo XX, y falleció años después en Brasil, rodeado de gran prestigio, donde en ese momento estaba en una gira eclesiástica, en el curso de una misión episcopal.

El panorama cultural de la Lombardía de los años 1860-1868, los de la adolescencia y de la etapa formativa juvenil de los hermanos Scalabrini era de gran activación cultural y, seguramente, el hogar paterno aportó una cuota

<sup>33</sup> Acerca de Angelo Scalabrini, resulta de interés transcribir lo que a su respecto dice Vicente Osvaldo Cutolo (1968): "Escritor y viajero. Nació en Fino Monasco, Como (Italia), el 12 de diciembre de 1851. Era hermano de Pedro Scalabrini. Se educó en el Liceo de su ciudad natal. Luego fue Superintendente de estudios e inspector de escuelas. Visitó la Argentina a fines de siglo y después de un año pasado en nuestro país escribió un volumen, *Sul Río della Plata. Impressioni e note di viaggio* (Como, 1894), que no sólo trata de sus primeras impresiones y sobre la civilización e idiosincrasia argentinas, sino también acerca de la colectividad italiana de aquel tiempo. Su libro es un aporte valioso para el conocimiento del estado social y económico de nuestra república en los años finales del siglo XIX. De prosa ágil y agradable, en sus jugosas casi quinientas páginas trata de los más diversos temas, desde los económicos y sociales, ahondando en la profunda crisis de 1890. Realiza un recorrido por nuestra historia a partir de los últimos aborígenes hasta esa época, preocupándose por la instalación de los diques del puerto de Buenos Aires hasta de las bondades de la yerba mate. En esas páginas se ocupa de los antecedentes de la fundación de la ciudad de La Plata y comenta los perjuicios que le causa su vecindad con Buenos Aires. Otras de sus principales obras son: *La Religione e la Patria* (1872), *Silvio Pellico e i martiri di 1821*(1878), *Versi* (1887), *Emigrazione e colonizzazione italiana, specialmente nell'America del Sud* (1890), *Italia* (1891), *Dei vincoli legali e morali fra l'emigrazione e la Madre Patria* (1892); y *Delle condizioni attuali della emigrazione nell'America meridionali nei suoi rapporti coll'industria* (1895). Participó en el II° Congreso Geográfico Italiano. Falleció en Roma, el 5 de febrero de 1917."

<sup>34</sup> La ya mencionada obra de 1894: *Sul Río della Plata. Impressioni e note di viaggio* (publicada en su comarca natal de Como, Italia). Ver dos extractos del mismo en los Anexos I y II.

significativa de apoyo y de estímulo formativo, posiblemente también de tolerancia y de pacifismo en el medio reinante de una época en la que dominaban pasiones exaltadas. Reale y Antiseri (1995:242, *passim*) aportan una visión general de lo que pudo haber sido ese mundo al que accedió en su apertura inicial el joven sensible e inquieto que fuera el futuro educador y naturalista en su patria adoptiva. Ya hemos trazado precedentemente un panorama de las influencias mayores dominantes en el ambiente europeo.

Es evidente que en Italia surgió la raíz profunda de su pensamiento futuro. No hay en su historia espiritual nada parecido a un quiebre o a una conversión: por el contrario, su pensamiento sigue una secuencia casi lineal pasando por etapas sucesivas en las que las siguientes, casi se adivinan como derivadas directas de las precedentes y, cada conversión surge impregnada de elementos de la anterior. Por eso, nuestra insistencia en el sistema krausista, pues si algo tiene constancia en él, es esa filosofía que resulta el tema de base para todo otro sistema: la amplitud, casi el polimorfismo ecléctico, de la versión española de esa teoría, que estaba prácticamente muerta con su autor en la propuesta inicial alemana, rehecha para los tiempos que corrían casi medio siglo después por Sáenz del Río, daba cabida al concepto de la praxis en su faz ética insertada como una cuña en los nuevos sistemas. Fue, tal vez, lo que le vedó el tomar caminos extremos, cayendo en ideologías duras y menos tolerantes, como lo hicieron más tarde sus hijos.

En la reconstrucción de la historia de su pensamiento tiene valor significativo una obra de enorme influencia en su época: *Fuerza y materia*, del médico y docente de Tubinga, Ludwig Büchner<sup>35</sup>, aparecida en alemán en 1865 y, prontamente traducida a todas las lenguas europeas. Reale y Antiseri (1995:305) brindan un acertado y claro resumen del libro de Büchner: “...sencillo y brillante

<sup>35</sup> Ludwig Büchner (1824-1899). Filósofo materialista y determinista alemán, nacido en Darmstadt, que junto con Carl Vogt (1817-1895) y Jacob Moleschott (1822-1893), fue uno de los científicos-filósofos más populares e influyentes en el fundamento y el desarrollo de lo que Müller y Heller (1986: 62) llaman “*el materialismo vulgar*”. Según esa concepción, la ciencia era la única fuente válida de conocimiento. A pesar de la simpleza de sus planteos, éstos encuadraban tan bien en el contexto de descubrimientos y progreso de la civilización europea de mediados del siglo XIX, que tuvo enorme difusión en los estratos medios de la sociedad, ya influidos por el positivismo, cuyo materialismo, por lo común, no era tan radical y esquemático. Esa influencia se expandió, algo retrasada, en Hispanoamérica, y se pueden ver en las páginas de la revista *El Monitor de la Educación Común*, aparecido a partir de 1881, cuando la fundara Domingo Faustino Sarmiento, frecuentes referencias o traducciones de artículos de Büchner que revelan el interés despertado por sus ideas en el sector rector de las tendencias pedagógicas de la época. Incluso el incidente suscitado por el joven educador Miguel Lancellotti (Adriana Puiggrós, 1984: 60, *passim*) respondió básicamente a que éste impugnó duramente la política docente argentina en base a su ideario inspirado en el determinismo materialista de Ludwig Büchner, que aún a fin de siglo tenía muchos adeptos, y que llegó a mantener seguidores activos hasta cerca de 1950, como pudo comprobarlo personalmente el primer autor, quien leyó *Fuerza y materia* (en la versión española del original *Kraft und Stoff*, 1855, 1892) por sugerencia de uno de sus profesores de la escuela secundaria.

y remitiéndose a Moleschott<sup>36</sup>, Büchner sostuvo que el materialismo es la inevitable conclusión “de un estudio imparcial de la naturaleza, basado en el empirismo y la filosofía. Según Büchner, la fuerza es una propiedad de la materia, y por ello, resulta insostenible la tesis por la cual existiría una fuerza que estuviese en condiciones de crear el mundo y que fuese anterior a éste. La materia es eterna e indestructible, y las leyes de la naturaleza, eternas y universales. Además, el espíritu no es más que “el efecto de cooperación entre muchas substancias dotadas de cualidades y de fuerzas”. Por ello Büchner comparaba la acción del cerebro a la de una máquina de vapor.”

Estas definiciones rudamente antimetafísicas y materialistas suenan hoy como propias de un lenguaje y de una conceptualidad de una ingenuidad casi chocante, pero en el camino allanado por la ideología de Destutt de Tracy, en la era de los descubrimientos asombrosos, después que Friedrich Whöler<sup>37</sup> demoliera en 1828 la exclusividad conceptual de la química orgánica y que la física alcanzara en plenitud el enorme campo teórico de la termodinámica, nada parecía ofrecer como la obra de Büchner una mejor y más sencilla cosmovisión, “científicamente” convalidada, para un joven formado en un ambiente mental librepensador.

La precedente no es una especulación en el vacío, por el contrario, una anécdota relatada por Víctor Mercante (1917:75), procedente de sus días de estudiante de la Escuela Normal de Paraná, en los tempranos años 80, documenta el vínculo básico de Scalabrini con la obra de Büchner: “un día, en la clase de Historia Natural, –eran jóvenes de 16 años en los umbrales del

<sup>36</sup> Jacob Moleschott (1822-1893). Fue un médico y fisiólogo holandés, radicado desde 1861 en Italia, que conjuntamente con Ludwig Büchner y Carl Vogt fue una de las figuras más relevantes del *materialismo monista* de la segunda mitad del siglo XIX. Nos referimos a él con especial atención, pues ya médico (doctorado en Heidelberg en 1845), en 1861, pasó a residir en Italia e influyó mucho en la generación joven a la que pertenecía Scalabrini. Asistió a clases de filosofía, interesándose por el sistema hegeliano a través de Maurice Carrière. Fue también seguidor de Ludwig Feuerbach. Sus obras densas y eruditas versan sobre fisiología, campo en el que se interesó por la alimentación de plantas y animales. Ejerció la medicina en Utrecht, pero en 1847 retornó a Heidelberg para ser catedrático de química fisiológica, anatomía comparada, antropología y fisiología. A él se debe la sentencia “el hombre es lo que come”, que tuvo gran difusión en una sociedad ignorante del tema. En 1850 publicó *Lehre der Nahrungsmittel. Für das Volk (Doctrina sobre los alimentos. Para el pueblo)*, que le dio fama y lo vinculó con Carl Marx y Friedrich Engels. Data de 1852 *Der Kreislauf des Lebens. Physiologische Antworten auf Liebig's Chemische Briefe*, traducida a varias lenguas, entre ellas al italiano por Cesare Lombroso (1835-1909) en Milán, 1869, *La circolazione della vita. Lettere fisiologiche di Jac. Moleschott in risposta alle lettere chimiche di Liebig. Traduzione sulla quarta edizione tedesca pubblicata con consenso dell'autore dal Prof. Cesare Lombroso*. Apareció en español en 1881. Seguramente llegaron a manos de Scalabrini. Por sus posiciones materialistas tuvo que abandonar en 1854 la docencia, al obligarle el rector de la Universidad de Heidelberg a no explicar a los alumnos sus teorías, dejando reducidas sus expectativas al trabajo de laboratorio. Se fue a Suiza y en 1856 fue nombrado profesor de fisiología en el *Polytechnikum* de Zurich (donde coincidió con Francisco de Sanctis, a la sazón exiliado y profesor en el mismo centro de literatura italiana).

<sup>37</sup> Friedrich Wöhler (1800-1882). Químico alemán que en 1828 logró por primera vez sintetizar una molécula orgánica, la de *urea*, experiencia que se puede considerar el inicio definitivo de la invalidación de la idea de una fuerza vital intrínseca y exclusiva de la química de la vida, una ruptura paradigmática tan significativa como el aporte de Lavoisier a fines del siglo XVIII para destruir la hipótesis dominante del *flogisto*. Este proceso se completó definitivamente con las síntesis orgánicas logradas entre 1840 y 1860 por Adolf Wilhelm Kolbe (1818-1884) y por Marcellin Pierre Eugène Berthelot (1827-1907), acabando esas experiencias definitivamente con lo que aún subsistía del vitalismo.



*razonamiento metódico— sostenían unos el origen divino del hombre, otros la descendencia darwiniana. La discusión se hizo acalorada entre seis o siete de los cincuenta que constituían el curso; seis o siete comentaban con ironía los argumentos de los contrincantes; otros callaban, y otros, en sus libros, estudiaban la lección de la hora siguiente. Se dijeron muchas tonteras cruzadas por relámpagos de genio. Se aproximaba el toque de campana; el profesor [Pedro Scalabrini] no había hablado. Alguien [le] pidió que dirimiera la contienda, que al fin, no era sino el renovado debate entre espiritualistas y materialistas. “Estudien, dijo el profesor. Escucho con interés; son ustedes jóvenes inteligentes. Hay un librito cuya lectura les recomiendo, digo, al que quiera leerlo: Fuerza y materia. Yo tengo el respeto más profundo por todas las opiniones. Una ciencia sincera es una fuerza admirable”. En efecto, la mitad del curso leyó aquel extraordinario opúsculo, cuya virtud fue el sumir en nuevas cavilaciones el alma inquieta de los jóvenes y abrir nuevos horizontes a la meditación”.*

Para cerrar estas consideraciones, vienen singularmente al caso estas palabras de Gerald Heard (1945: 7): *“Las circunstancias de la época parecían justificar, para los más prósperos miembros de ciertas sociedades occidentales, durante el siglo diecinueve, una especie de optimismo milenarismo. Se iban enriqueciendo y diariamente aumentaba la variedad de comodidades de que disponían. Se dedicaron a generalizar su situación local y temporaria del mundo mediante una filosofía de progreso inevitable, progreso que tenía como meta el cielo sobre la tierra y como medios la ciencia aplicada y las reformas sociales”.*

Eso explica la sucesión de filosofías fáciles y generalmente eclécticamente configuradas y con bases a veces tan contradictorias (como el positivismo con componentes espiritualistas, o la adhesión a sistemas más o menos híbridos entre el “krausismo español y el ulterior positivismo), todos ellos casi ajenos a las especulaciones metafísicas. Recién el asentamiento triunfal de la burguesía después de los conatos revolucionarios hasta 1870 abrió paso a inquietudes más hondas y a la apertura de problemáticas de un orden más profundo de planteamientos.

## LA CORTA PERO DECISIVA ETAPA PORTEÑA

Llegó Pedro Scalabrini a Buenos Aires, seguramente en viaje directo desde Italia –tal vez embarcando en Génova–, pero lo ignoramos todo acerca de ese viaje y sus pormenores, hacia fines de 1868. Fue en la primera etapa porteña, donde debió establecerse, provisionalmente, ordenar su vida y planificar su futuro, seguramente conviviendo con parientes o amigos cercanos. Existen varias referencias de que hizo allí algunos cursos de derecho, pero si los hizo, debieron ser muy cortos debido a la relativa brevedad de su paso por la capital argentina.

Lo más significativo de este período de su vida es su casi inmediata vinculación activa con la vida cultural argentina y con muchos de sus protagonistas más destacados. Aunque nadie ha referido cómo llegó y en qué condiciones económicas, la suposición más atinada, es que venía con recomendaciones personales muy especiales, capaces de facilitarle el camino en Buenos Aires, y con cierto caudal económico mínimo para desenvolverse por su cuenta, sin tener que padecer penurias y verse obligado a realizar trabajos pesados o ingratos como buena parte de la masa de migrantes.

El panorama social y cultural que le ofreció Buenos Aires al joven inmigrante distaba aún mucho del que llegaría a presentar al cabo de la década del ochenta, cuando el país ya bien unificado ascendió plenamente en lo mental a la idea del progreso y en lo material a su consumación acelerada. En 1868 la Argentina, presidida por Domingo Faustino Sarmiento desde 1866, estaba empeñada en el cuarto año de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1865-1870). En consecuencia, la situación general era de estrechez material y de malestar político y, además, de desorden administrativo y político, especialmente en el interior provinciano. Todavía vivía el general Justo José de Urquiza en Entre Ríos y el país no se había pacificado por completo en torno a la federalización de la Ciudad de Buenos Aires, un problema que se remontaba prácticamente a los albores de su inicio como nación, en mayo de 1810.

En lo cultural se notaba una gran activación. La Universidad de Buenos Aires comenzaba a afirmarse y a consolidar sus cátedras, creándose en 1865



el Departamento de Ciencias Exactas<sup>38</sup>. Los hombres de ciencia extranjeros, convocados por Sarmiento comenzaban a actuar, y si bien predominaban en el ambiente local los aspectos literarios, jurídicos e históricos, ya se perfilaba cierta activación en el campo de las ciencias naturales, que a pesar de la sensible baja sufrida a raíz de la muerte de Auguste Bravard<sup>39</sup> en 1861, algo negativo para ese propósito, ya se contaba con la gran personalidad del sabio alemán, exalumno de Alexander von Humboldt, el zoólogo y paleontólogo Hermann Burmeister<sup>40</sup>, asentado en el Museo de Buenos Aires y que ya había comenzado a dar a luz sus trabajos, algunos de envergadura<sup>41</sup>, resultantes de las investigaciones desarrolladas en el país.

Todavía Florentino Ameghino, en el trienio 1868-1871 en que Pedro Scalabrini residió inicialmente en Buenos Aires, era apenas un preceptor escolar en la zona bonaerense de Mercedes, y Estanislao S. Zeballos<sup>42</sup> era un estudiante, que poco después, en 1872, junto a Justo Dillon, Valiente de Noailles, Félix Rojas, Juan Pirovano y José Suárez, alentados todos por Emilio Rosetti y por el propio Hermann Burmeister, sería uno de los impulsores de la creación de la valiosa *Sociedad Científica Argentina* y, algunos años más tarde, de la *Sociedad Geográfica Argentina* y del *Instituto Geográfico Argentino*, otras dos instituciones que con la anterior configuran la expresión del gran movimiento científico y cognitivo de la Argentina finisecular, que con altibajos, se prolongaría en las primeras décadas del siglo XX, al menos, hasta el “gran corte” de 1930.

Por su parte, Eduardo L. Holmberg y los hermanos Félix y Enrique Lynch Arribálzaga, se agregaron a ese panorama, integrado el grupo que movilizaba el *Boletín Zoológico Argentino* (1874-1881) es decir, la *Sociedad Zoológica Argentina* (Acosta, 2006), y las abundantes publicaciones de la *Academia Nacional de Ciencias en Córdoba* y los *Anales* de los grandes museos de Buenos Aires (desde 1864) y de La Plata (a partir de 1884). Además hay que sumar

<sup>38</sup> Justamente en ese Departamento, creado por iniciativa de Juan María Gutiérrez, iban a actuar centralmente los profesores italianos contratados, como fueron los casos de Bernardino Speluzzi, Emilio Rosetti, Pellegrino Strobel y Juan Ramorino.

<sup>39</sup> Auguste Bravard (1803-1861). Naturalista, geógrafo y geólogo francés. Estudió ingeniería, y se dedicaba a la minería del plomo. Llegó a la Argentina en 1853. Explotó los yacimientos terciarios del Paraná a la altura de la capital entrerriana, realizando una significativa colección que más tarde sería adquirida por el gobierno nacional para el Museo de Buenos Aires. Encontrándose de viaje en la zona andina, falleció trágica y prematuramente en el terremoto que asoló a la ciudad de Mendoza en 1861.

<sup>40</sup> Hermann Burmeister (1807-1892). Naturalista, paleontólogo y zoólogo alemán que desempeñó la mayor parte de su carrera en la Argentina. Dirigió desde 1862 hasta su muerte el Museo Argentino de Ciencias Naturales ubicado en la ciudad de Buenos Aires. Fundó la *Academia de Ciencias Naturales de Córdoba*. Una de sus obras más destacadas fue *Description Physique de la République Argentine*.

<sup>41</sup> Los *Anales del Museo de Buenos Aires* habían iniciado su aparición en 1864.

<sup>42</sup> Estanislao S. Zeballos (1854-1923). Fue un jurista, político, periodista, historiador, etnógrafo, geógrafo, legislador y novelista argentino y uno de los más destacados intelectuales y políticos de la generación del 80 que ocupó tres veces el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina.

a estos aportes las publicaciones derivadas del envío al norte patagónico de los científicos más cotizados por parte del Estado Mayor de la Expedición al Desierto, comandada por el general Julio Argentino Roca (1878– 1885), con muchas contribuciones de los sabios extranjeros contratados en el país, como los hermanos Oscar y Adolf Doering.

El panorama de reconocimiento geográfico-naturalista nacional se enriqueció al iniciarse el nuevo siglo con las publicaciones de los grandes y bien ilustrados volúmenes que daban cuenta de los resultados de la Princeton University Expedition, de 1896-1899, dirigida por William B. Scott, con sus múltiples y tan significativos aportes para la zoología neo y paleontológica.

En lo intelectual, predominaba la influencia ecléctica, romántica y vagamente espiritualista heredada de la generación del '37, aunque con llamativas diferencias en la interpretación política y social, protagonizadas centralmente tras la caída de la tiranía en 1852, por Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi en posiciones antagónicas. También por Bartolomé Mitre, Félix Frías, Navarro Viola, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López. En lo religioso comenzaba a activarse la gran polémica de las mentes liberales con el sector laico, que culminaría en 1884 con la promulgación de la ley de educación común. Inspirados y fortalecidos por las encíclicas papales previas y por el reciente *Syllabus* de León XIII<sup>43</sup>, levantaban sus voces José Manuel Estrada y Pedro Goyena, quienes rechazan airados –en especial el primero– el transformismo de Lamarck, las recién llegadas nociones evolucionistas spencerianas y los ecos de la interpretación geológica novedosa de la historia de la tierra por Charles Lyell<sup>44</sup>, que esclarecían o contribuían a los avances resultantes de las investigaciones desarrolladas en el país. Debemos pensar que ya en 1857 estaba en ciernes la interpretación darwinista y que fue absorbida con avidez por la generación del '80, por el positivismo y hasta por sectores liberales moderados. La entrada del nuevo paradigma evolutivo se hizo dominante e irreversible en el reducido medio intelectual del país, y aunque Pedro Scalabrini lo comentara muy poco, adhirió de inmediato a las nuevas concepciones, como lo han recordado sus discípulos Andrés Senet y Víctor Mercante.

<sup>43</sup> *Syllabus* de León XIII. Se trata de una encíclica de ochenta puntos, publicado en 1864, durante el papado de Pío IX.

<sup>44</sup> Charles Lyell (1797-1875). Geólogo inglés, autor de los *Principios de Geología* (1830-1833), editada en tres volúmenes, complementados en 1838 con la obra *Elementos de Geología*. Ambas contribuciones revolucionaron la concepción geológica de su tiempo. Como dice de él Carmina Virgili (2003: 17): "... en el elogio fúnebre que se le tributó a Charles Lyell en la abadía de Westminster, se dijo que "en los últimos veinticinco años fue el geólogo más importante del mundo, tanto por la amplitud de su trabajo, como por sus concepciones filosóficas". A él se debe la base de la moderna estratigrafía y el fundamento conceptual de la historia geológica de la tierra, que tanto influyó en la obra de evolucionista de Charles Darwin.

El ya mencionado naturalista italiano Juan Ramorino<sup>45</sup>, quien había sido contratado en Italia para reemplazar en la Universidad de Buenos Aires a su compatriota Pellegrino Strobel<sup>46</sup> (1821-1895), quien después de su retorno a Italia había comenzado a coleccionar fósiles y material zoológico, que después llevó consigo a su país natal. A él le tocó ser el blanco de los primeros ataques antievolucionistas, en un ambiente cuya progresión se puede seguir en un esclarecedor artículo de Marcelo Montserrat (1980), y que pasaría tan sólo en el curso de una década, de ser una sociedad con fuerte tonalidad confesional dominante, a desarrollar un consolidado laicismo.

El aporte de Charles Darwin, difundido en Europa y en América del Norte a partir de la publicación en 1857 de *El origen de las especies* no había aún llegado a recalcar en el medio rioplatense, pero lo haría posteriormente. Tal vez, el ligero retraso en este arribo cognitivo, se deba a la doble causa de que la

<sup>45</sup> Juan Ramorino (1840-1876). Fue un naturalista genovés contratado –al igual que su predecesor, Pellegrino Strobel, con la intermediación del médico compatriota suyo, Paolo Mantegazza– por el estado de Buenos Aires, para integrar el personal de la universidad porteña, en la que inició sus cursos en 1867. Los dictó hasta 1870, año en que retornó por una temporada a Génova. En 1875 debió suspender definitivamente sus tareas por hallarse enfermo y falleció el año siguiente, al poco de haber retornado a su patria. Es evidente que residió simultáneamente con el joven Pedro Scalabrini en Buenos Aires, entre los años 1868 y 1870, y no resulta difícil suponer que se hubieran tratado en la pequeña urbe, que era por entonces la capital argentina. Es posible que pueda existir alguna prueba documental directa o indirecta de esta relación, que sería de interés para establecer el origen de la vocación paleontológica de Scalabrini, a la que tampoco ha sido ajeno Hermann Burmeister, desde el Museo de Historia Natural de Buenos Aires. Como lo puntualiza Horacio Camacho (1971: 49): “... existen escasas referencias acerca de la actuación de Ramorino en Buenos Aires, y sólo hemos podido obtener menciones aisladas existentes en escritos de algunas personas que lo conocieron personalmente. De ellas se deduce que desarrolló una actividad bastante destacada y que efectuó frecuentes viajes por la provincia de Buenos Aires con fines geológicos y antropológicos. Socialmente estuvo vinculado con la colectividad italiana, que en esa época era ya muy importante en nuestro país... [sin embargo no habla ni escribe sobre el tema, y al carecer de su archivo personal, poco sabemos al respecto]”. Por otra parte, Juan Ramorino tenía interés en ayudar y alentar a los jóvenes con vocación, como lo prueba el hecho de que fuera: “... la primera persona que prestó oídos a las afirmaciones de Ameghino, quien esos asuntos lo consultó en diversas oportunidades e invitó a concurrir a los lugares de sus descubrimientos” (Camacho, 1971: 50). Otra notable coincidencia –de no existir en ella una relación causal más estrecha– fue el afán museológico de Ramorino, quien expresara en una nota firmada en enero de 1970, con motivo del arribo a su Gabinete de Historia Natural, de una amplia colección de plantas y de objetos destinados: “... a formar el primer núcleo de un laboratorio donde los estudiantes puedan averiguar prácticamente las lecciones que hasta ese tiempo no habían podido aprender sino por la voz del profesor...” (Camacho, 1971: 60). Los docentes italianos de la Universidad de Buenos Aires, Pellegrino Strobel y Emilio Rosetti, compartían un mismo afán coleccionista y museológico, muy afín y cercano al de Pedro Scalabrini.

<sup>46</sup> Pellegrino Strobel (1821-1895). Fue un biólogo y botánico italiano, había nacido en Milán y fallecido en Parma. Se graduó en ciencias en la Universidad de Pavia. Arribó al país en 1865, contratado para dictar una cátedra en la Facultad de Ciencias, pero su carácter seco y laborioso en demasía y por su mal dominio inicial de la lengua local, le trajo dificultades con los estudiantes. Por esa causa renunció en 1866, pero eso se superó y, cuando en 1867 regresó a Parma dejó varios discípulos entusiastas e instituido, además, un premio para ser dado anualmente a naturalistas argentinos destacados. Lo hizo con los fondos ahorrados del subsidio que apoyara sus viajes, que se depositaron en una cuenta con intereses. Con el apoyo de las autoridades organizó dos excursiones naturalistas a la cordillera, en Mendoza, en las que viajó a caballo, organizando un gran herbario abarcativo de la flora de las provincias recorridas (San Luis, Córdoba y Buenos Aires). Escribió varias obras de interés local y de diversa temática, incluyendo la arqueología: *Paraderos prehistóricos* (1867) y, cabe recordar que se lo considera en Italia, uno de los tres padres de la moderna arqueología peninsular. Además, *La Malacología Argentina* (1868) y varios estudios menores sobre caracoles. En entomología publicó Strobel, en 1868, *Quelques insectes Hyménoptères, recueillis dans la république Argentine; déterminés par J. Ch. Puls. Atti della Società Italiana di Scienze Naturali*. Roma, 1868. V. 11. N.º 2. pp. 256-259. Su regreso a Parma, “... desde donde fue llamado para presidir esa Universidad... y su vacante en Buenos Aires fue ocupada por el profesor Juan Ramorino” (Jorge Sergi, *Historia de los italianos en la Argentina*, 1940, p. 326). Su descendiente Vittorio Strobel, publicó en 1980: *Bio-bibliografía del naturalista Pellegrino von Strobel. Rovereto, 1980, estrato con copertina muta* (da *Atti della Accademia Roveretana degli Agiati*) pp. 199-218, con una tabla fotográfica.



llegada de material bibliográfico inglés era un poco más tardía, que el escrito en francés y en alemán, y, también a que el director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, Hermann Burmeister, no era evolucionista y nunca aceptó esas doctrinas.

Poniendo en ejercicio su vocación pedagógica, comenzó Pedro Scalabrini por tomar alumnos privados y realizar tareas de preceptor, hasta que llevado por la buena respuesta obtenida en la sociedad local, y deseando al máximo desplegar su vocación de educador, en 1869 fundó una escuela privada, a la que dio el nombre de Florencio Varela, el mártir argentino de la causa antirrosista asesinado en Montevideo. En su establecimiento se inició el joven educador experimentando sus propias concepciones pedagógicas, seguramente todavía juveniles e incipientes y con fuerte inspiración pestalozziana. Las mismas se basaban en el fomento de la responsabilidad y de la autodisciplina del alumno, a cuya educación se la entendía en un contexto de aprendizaje experimental y objetivado, libre de todo dogmatismo confesional y con énfasis en la persona del sujeto del proceso: el educando.

Llama la atención el hecho de la adopción del nombre de Florencio Varela para su escuela, por parte del casi recién llegado Pedro Scalabrini. Hacer uso del mismo era toda una definición con implicancias notables, más aún en una ciudad que no hacía siquiera dos décadas que había salido de una tiranía sangrienta, de la cual era Varela el mártir prototípico. La figura de Florencio Varela era una de las que más concentraban los encontrados sentimientos de rosistas y antirrosistas. Su asesinato, uno de los mayores crímenes individuales de la tiranía, le daba notoriedad y, por ende, la actitud de Scalabrini, al denominar con su nombre a la escuela que fundara, era necesariamente una toma activa de posición en el asunto. Quién y cómo le sugirió tal denominación, es tema meramente especulativo, pues no hay nada escrito al respecto. Tal vez se vinculara, dentro del medio educacional, con familiares o allegados a la familia de Varela, y obtuviera a través de ellos la imagen a la que después quiso homenajear. No puede descartarse que se tratara de una forma de agradecimiento por ayuda o apoyo en sus tiempos de iniciación en Buenos Aires, que pudieron haberle sido dispensados por miembros de esa familia.

Siguiendo esa línea de razonamiento, la deducción más posible al respecto es que el joven Pedro Scalabrini, al llegar a Buenos Aires se relacionara con

los sectores más afines con su propio liberalismo, y trabara de ese modo conocimiento con la familia de Florencio Varela, representada especialmente por su hijo Héctor Varela, periodista y publicista nacido en el Uruguay (1832-1891), quien, a su vez, estaba relacionado con el intelectual chileno Manuel Bilbao (1827-1895), cuyo apasionado regeneracionismo liberal y laico, tenía connotaciones muy acordes con el ideario del *Risorgimento* italiano, caro a los sentimientos de Scalabrini<sup>47</sup>.

Ese acercamiento amistoso y, al par, doctrinario de Pedro Scalabrini con Varela y Bilbao, perdurará en el comportamiento solidario y abnegado que los tres guardaron, seguramente en forma muy cercana, sino asociadamente, durante los días trágicos de la epidemia de fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires en 1871<sup>48</sup>.

Al abatirse la plaga sobre Buenos Aires, comenzó con un caso acaecido el 27 de enero, que resultó fatal, pero “... se multiplicó con una rapidez aterradora. Fueron seis personas al cabo del mes, 298 en febrero, 4.895 en marzo, 7.335 en abril. El pánico vació a Buenos Aires. Casi todo el que quiso huir lo hizo sin vacilar. Quedarse era morir bajo el morbo implacable de la fiebre amarilla.” (Márquez Miranda, 1951: 33).

Con motivo de esa epidemia, que expandió la temible fiebre amarilla en Buenos Aires, transformó Scalabrini su escuela en un hospital de emergencia para albergar enfermos del flagelo. La fiebre amarilla se había desatado en forma epidémica bien definida –aunque parece que hubo algunos casos previos incluso a fines de 1870– en el mes de febrero de 1871. Al llegar marzo, el estado de cosas ya se había tornado desesperante, dando lugar a la manifestación paralela de las reacciones más antagónicas de la condición humana: la fuga y el egoísmo extremoso en algunos, y la abnegación solidaria –a veces hasta el sacrificio– en otros.

Fueron muchos los inmigrantes que se embarcaron de regreso ante el peligro. Otros quedaron valientemente, y enfrentando a la muerte. Tal fue el caso de dos jóvenes extranjeros llegados hacía muy poco al país: el francés Paul Groussac y Pedro Scalabrini. Este último tuvo una actitud de absoluta abnegación y, no sólo permaneció en el área epidémica, sino también fue

<sup>47</sup> Coincidencia ideológica que destaca Berta Perelstein (1953) en su estudio acerca del positivismo argentino.

<sup>48</sup> El 28 de marzo de 1871 murió heroicamente combatiendo a la plaga, el doctor Roque Pérez, quien estaba a cargo de la Comisión Popular que afrontaba la emergencia sanitaria. Para llenar el claro, la población de Buenos Aires eligió por aclamación a Héctor Varela, quien desde las páginas de su diario *La Tribuna*. Luchaba en esos días por organizar cívicamente a la ciudad azotada por la plaga. Manuel Bilbao lo acompañó en su cometido (Bucih Escobar, 1932; Scenna, 1974). Como ironía del destino Héctor Varela fallecerá en Río de Janeiro en 1891, víctima de otra epidemia de fiebre amarilla. Según Cutolo, Pedro Scalabrini también habría sido miembro de esa Comisión Popular.

voluntario para el servicio público. Al respecto dice Miguel Ángel Scenna (1974: 243): *“La extrema urgencia de establecimientos de ese tipo [lazaretos y hospitales de emergencia] era un problema casi insoluble que las autoridades intentaron paliar en lo posible. No faltó la ayuda privada al respecto. Un caso debe destacarse por la nobleza de su significado. El gran educador italiano Pedro Scalabrini, cedió su escuela particular “Florencio Varela” para que sirviera de improvisado hospital, además aportó su ayuda personal en la atención de los enfermos. Las aulas se convirtieron en salas, los pupitres fueron reemplazados por camas y el gran maestro<sup>49</sup> pasó a ser arriesgado enfermero. Este magnífico ejemplo de quien sería padre de Raúl Scalabrini Ortiz fue, poco seguido, pese a que Buenos Aires abundaba en grandes mansiones vacías, de salones desiertos, de habitaciones abandonadas por sus dueños en fuga, que en ningún momento pensaron en ceder los inmuebles para cobijar a los centenares de desdichados sin atención médica.”*

Retomando el relato de Márquez Miranda (1951): *“Hubo momentos desesperados. A fines de abril 600 cadáveres sin enterrar así lo proclamaban. Finalmente, a partir de mayo, el éxodo a los pueblos cercanos y las medidas de seguridad, provocaron un descenso súbito de las bajas<sup>50</sup>. Al mes siguiente ella quedó quebrada definitivamente. Con sus hogares desmantelados, sus escuelas cerradas, sus hospitales repletos, la ciudad herida pudo dedicarse a contar sus muertos...”*

Pasada la epidemia será muy poco el tiempo que permanezca Pedro Scalabrini en Buenos Aires. Como la mayor parte de los grandes pasos geográficos dados en su vida, queda en el misterio la causa última y decisiva. ¿Tuvo algún desengaño personal o recibió algún llamado significativo para viajar a Entre Ríos?. Es evidente que no iba a Paraná al azar, pues marchaba con la intención de fundar un colegio –y seguramente lo hacía con los medios y el apoyo necesario– pues eso exigía recursos y relaciones que seguramente surgieron en Buenos Aires, en su ámbito de vinculación social. Permanece totalmente en el misterio si vino a América con un capital con el que continuara viviendo hasta asentar su empresa entrerriana, o si recibió apoyo de alguna fuente local.

Sin embargo, es muy posible que su traslado a Paraná respondiera a alguna invitación o estímulo por parte de Domingo Faustino Sarmiento, como insinúan algunos autores sin aportar más información al respecto.

A pesar de sus diferencias de posición y edades –Sarmiento había nacido en 1811– y además, se desempeñaba en la Presidencia de la República, hubo un

49 ¡El “gran maestro” contaba por entonces, con apenas 22 años de edad!.

50 El factor principal para la desaparición de la epidemia fue el frío invernal, que redujo al mínimo la densidad del agente difusor, el mosquito.



acercamiento entre ambos, y hay quienes dicen que se estableció entre ellos cierta amistad. Si Sarmiento había participado en el proyecto de creación de la Escuela Normal de Paraná en 1869, resulta natural pensar que haya podido estimular al joven educador con vocación hacia el cultivo de las ciencias, para que se hiciera cargo de las cátedras especializadas de la nueva institución de enseñanza, pero también es posible que lo alentara a desarrollar algún proyecto particular renovador de la enseñanza, pues de ser cierta la primera alternativa, ¿por qué fundaría su propia escuela particular, aventura en la que empleó aproximadamente un año?<sup>51</sup>.

<sup>51</sup> Una alternativa posible es que viniera dispuesto a ocupar alguna o algunas cátedras en la Escuela Normal, puesto que ésta ya había sido fundada, pero que el retraso de su instalación definitiva lo obligó a intentar la enseñanza particular. En 1872, ni bien se concretó la apertura, dejó su establecimiento y pasó al ejercicio de sus cátedras. Es posible que fuera la mano de Sarmiento la que estuviera tras esa oportunidad que se le brindaba.

## EN ENTRE RÍOS: PARANÁ

Hacia fines de 1871 dejó Pedro Scalabrini la ciudad de Buenos Aires, trasladándose a la capital entrerriana en la que prontamente fundó el Colegio Sudamericano, de carácter privado, del que fue director. *“Desde sus aulas, Scalabrini sacó un periódico al que puso el sugestivo título de Pan del Alma y que tenía como objeto servir de tribuna para discutir el “trascendental argumento de la instrucción pública de la nación”. En su prospecto, dado a publicidad en 1872, se propone una búsqueda de la verdad de declarado tono ecléctico, invocando además la autoridad de Víctor Cousin”* (Arturo A. Roig, 1969:5).

Sin embargo, duraron poco esas iniciativas, pues después se apartó de las mismas para dedicarse, desde 1872, de lleno a las cátedras de ciencias naturales y de filosofía de la Escuela Normal, por entonces en su tercer año de vida y dirigida por el educador norteamericano George Stearns, quien dio a Pedro Scalabrini la más completa libertad de acción en cuanto a la orientación pedagógica de la misma<sup>52</sup>. Fue así que Scalabrini, como dice Ángel Bassi (1943:58), llegó en pocos años a conferirle a esa institución un *“carácter propio”* y altamente distintivo en el panorama educativo nacional de la época.

La Escuela Normal de Paraná<sup>53</sup>, había sido fundada en 1869 por el presidente Domingo Faustino Sarmiento bajo el comando del Ministerio de Educación por Nicolás Avellaneda, quien era titular de Instrucción Pública, pero recién pudo ser inaugurada oficialmente en 1872, debido a la lucha de facciones desatada en Entre Ríos en torno al asesinato del expresidente Justo José de Urquiza, que se había producido en 1870<sup>54</sup>, y que se mantuvo enconadamente activa hasta 1873. La Escuela Normal de Paraná *“...condensó las dificultades iniciales de una institución en formación que carecía de una normatividad propia, que*

<sup>52</sup> Aunque posiblemente no acerca de la disciplina de la que Stearns tenía, según expone Carli (1993), un concepto muy particular y pragmático. Tal vez tampoco lo tenía acerca de los fines últimos del quehacer docente, pues reinaba al respecto cierta incertidumbre con respecto a algo más que la tarea de *“formar docentes capacitados”*. Todavía reinó en la Escuela, hasta 1876 el pragmatismo sarmientino, hasta la llegada a la dirección del profesor José María Torres, cuyo objetivo podría resumirse muy escuetamente en civilizar, capacitar, disciplinar y entrenar para la eficiencia práctica en la tarea de los futuros maestros o profesores.

<sup>53</sup> Dice Ernesto Nelson, citado por Romero (1949:32), a propósito de la incidencia de la labor de la Escuela Normal de Paraná en la vida general de la Nación: *“la Escuela [Normal] de Paraná proveyó seis gobernadores de provincia, once senadores y diputados nacionales, veintitrés miembros de legislaturas provinciales, a parte de otras ciento dieciséis personas que llegaron a la dirección de la enseñanza, como inspectores, miembros del Consejo Nacional de Educación, ministros de Instrucción Pública y directores de Consejos de Educación”*.

<sup>54</sup> Justo José de Urquiza (1801-1870) fue asesinado el 10 de abril de 1870, por un grupo de partidarios del coronel Ricardo López Jordán (1822-1889), quien enseguida se hizo cargo del gobierno de Entre Ríos, en ese mismo año. En consecuencia, el Presidente Sarmiento intervino la provincia y envió una fuerza militar a la misma. Por esa razón un numeroso sector entrerriano se levantó en armas contra Buenos Aires y se inició un sangriento conflicto que terminó recién en 1873, con la derrota de López Jordán y su huida al Brasil.

*portaba diferencias culturales con el medio en el que se instalara, y que asumía desde los comienzos una significación jurídico-política como herramienta del nuevo orden nacional”* (Carli, 1993:186).

Ese nuevo orden nacional era nada menos que el de la supresión efectiva – de hecho y no *de jure*– de la estructura federal que fuera protagonizada por la desaparecida Confederación Argentina, pues hasta entonces la Guerra de la Triple Alianza, iniciada en 1865 y culminada en 1870, además de los caóticos acontecimientos que sucedieron en Entre Ríos al asesinato del general Justo José de Urquiza, en ese mismo año, habían postergado, al parecer *sine die* la reorganización efectiva del país, pero Sarmiento no quiso dejar la presidencia sin hacerlo. Para ello había contratado muchos profesores en los Estados Unidos (Luiggi, 1959), pero no todos acudieron a su lejano destino. Esa podría ser una de las razones por las que se hubiera llamado a dos italianos como Pedro Scalabrini y Antonio Lauría<sup>55</sup> para asumir cátedras en la Escuela, cuyo objetivo central era el formar maestros capacitados.

Como ya se indicó, el primer director de la Escuela Normal de Paraná fue uno de los pedagogos extranjeros traídos al país por Sarmiento, el norteamericano George A. Stearns (1843-1916), egresado de la Harvard University, quien estuvo en el cargo hasta 1874, fecha en la que lo reemplazó su hermano, John Stearns, mientras George se dedicaba a organizar otra Escuela Normal, la de Tucumán, abierta en 1875. En 1876, John Stearns fue obligado a renunciar por la presión de sectores de orientación religiosa, que no aceptaban su orientación laica, en una situación de tirantez, a la que no manejó con suficiente habilidad o prudencia, terminando<sup>56</sup> “... *jaqueado por la sociedad de Paraná que rechazaba*

<sup>55</sup> Antonio Lauría. Italiano de nacimiento, residía en la ciudad de Paraná, ubicada a la vera del río de igual nombre. Corresponde a la categoría de científicos que regresaron a su patria. Dice de él Santiago Paulantonio (2012): “*Para cumplir con su tarea debía navegar desde Paraná hasta el puerto de Rosario, y en esa ciudad abordar el tren, para llegar luego de una larga jornada a Córdoba, donde seguramente se establecía por un buen número de días. Lauría fue profesor durante tres años en una escuela privada en Buenos Aires, trasladándose a Paraná en 1872. Se desempeñó en la Escuela Normal como profesor de Física y Química, Álgebra, Cosmografía y Trigonometría (MJIP, 1893). En 1893 se acogió a la jubilación y regresó a su patria, donde falleció algunos meses más tarde (Petriella y Miatello, 1976). Corresponde destacar que la Escuela Normal de Paraná estuvo dirigida hasta 1876 por George Albert Stearns, egresado de Harvard al igual que Benjamin Gould. Stearns fue uno de los maestros y maestras contratados por el presidente Domingo F. Sarmiento para la creación de numerosas escuelas normales. Es muy probable que Gould le haya solicitado nombres de posibles ayudantes. Además de trabajar como calculista para el Observatorio Nacional, Lauría colaboró desde la Escuela con observaciones meteorológicas para la Oficina Meteorológica Argentina (Gould, 1884).*”

<sup>56</sup> Aunque es posible que alguno o ambos hermanos Stearns fueran masones, lo más posible es que fueran hombres cultos y prudentes, muy reservados al respecto ante el público. La lista muy completa de masones verificados (que tiene en cuenta también a extranjeros residentes) que presenta Alcibiades Lappas (1965) no los incluye, pero sí a José María Torres (ingresado en 1864 y que tuvo alta jerarquía en la organización secreta), a Pedro Scalabrini (ingresado en 1872, en Paraná) y varios familiares directos de Alejandro Carbó, que vivían también en Paraná. Es posible que el papel desempeñado por ellos en la Masonería fuera más social y filosófico que otra cosa, pero tuvieron siempre el riesgo de ser víctimas de alguna cacería de brujas, basada en la leyenda negra masónica manejada por sectores clericales que veían en ellos un peligro encubierto.

su radical laicismo masónico”, según Caturelli (2001:348) o, más verosilmente, pudo darse esa situación por el profesado y manifiesto público hacia el “... protestantismo del director y de los profesores norteamericanos”, de acuerdo con Carli (1993:188)<sup>57</sup>.

Se trataba de una confirmación más de la inserción de la Escuela Normal como cuerpo extraño dentro de una sociedad tradicional provinciana, que estaba cargada de prevenciones y sujeta a influencias fuertemente reactivas contra las innovaciones, más aún cuando éstas se manifestaban en el frente del pensamiento y de la moral pública. Tengamos en cuenta que apenas si el país llevaba sesenta años de vida independiente y menos de veinte sin dictadura y con guerra civil sólo esporádica y focal.

En vista del estado de cosas planteado, la dirección de la Escuela fue otorgada ese mismo año de 1876 al profesor español José María Torres<sup>58</sup>, quien pacificó los ánimos e implantó los cursos de religión católica como materia optativa, haciéndolo deseoso de aplacar al sector más duramente católico e intolerante. Se mantuvo en el cargo hasta 1885, fecha en la que lo reemplazó su antiguo alumno, Gustavo Ferrari<sup>59</sup>, secundado por Alejandro Carbó<sup>60</sup> como

<sup>57</sup> Es posible que esta última causa hubiere sido la mayor determinante de los conflictos, pues –como lo relata Luiggi (1959) – ni siquiera existió suficiente tolerancia en el clero y en la sociedad paranense para permitir su entierro en el cementerio local cuando falleció la esposa del director Stearns. Sucesos como éste abren brechas difícilmente cerrables en una comunidad.

<sup>58</sup> José María Torres (1823-1895). Fue docente, pensador y organizador institucional. Había nacido en Andalucía, España, estudió en la Escuela Normal Central de Madrid. Llegó a la Argentina en 1864, desempeñándose como segundo del francés Amadeo Jacques (1813-1865), quien era rector del histórico Colegio Nacional de Buenos Aires. Filosóficamente ambos participaban del eclecticismo espiritualista, difundido por el pensador francés Victor Cousin. Torres, traía adicionalmente influencias de Maine de Biran, de Pestalozzi y de Friedrich Froebel, es decir, era sostenedor de una filosofía pedagógica espiritualista y romántica. En 1869, Torres fue nombrado por el presidente Domingo Faustino Sarmiento en la dirección de la Escuela Normal de Paraná. Según Santomauro (1981:13), Torres, tal vez por disciplina institucional habría enseñado dentro del marco del positivismo pedagógico, compartiendo esa función y la misma postura intelectual con el francés Alberto Larroque (1819-1881), pues ambos retuvieron un espiritualismo atenuado y tolerante. Larroque fue un destacado jurista, periodista y docente francés, que se estableció en la Argentina en los años de eclosión del normalismo, donde llegó a ser rector del Colegio de Concepción del Uruguay, y un relevante pionero en la educación secundaria en el interior de la Argentina, donde se radicó definitivamente.

<sup>59</sup> Gustavo Ferrari. Fue el primer egresado de la Escuela Normal de Paraná en acceder al rectorado de la misma, al par que Alejandro Carbó fue el primer director exalumno de esta Escuela, además de nacido en Paraná. Ambos no olvidaron su paso por la institución Normal, ni dejaron de apoyarla desde sus respectivas gestiones, fieles al ideario recibido de sus maestros. Influyeron en la continuidad del normalismo, en directa relación con el rumbo que tomaría la política educativa nacional. Según palabras del doctor J. Alfredo Ferreyra: “*La Escuela Normal de Paraná fue una escuela de Boston trasplantada en las soledades de la América del Sur... ( ...)...Nuestra escuela fue norteamericana por sus directores, por sus regentes, por su mobiliario y útiles, por la traducción de sus libros ingleses, por su táctica escolar militarizada y uniforme, por sus procedimientos y doctrinas. Fue también una verdadera escuela nacional: las catorce provincias argentinas, le mandaron alumnos de ambos sexos*”. Aún subsiste en Paraná como conmovedor testimonio el tradicional edificio que albergó uno de los mejores esfuerzos autónomos por consolidar una mentalidad culta, amplia y civilizada en la Argentina (la cita de Ferreira proviene de: Portnoy, Antonio: 1937: *La instrucción primaria desde 1810 hasta la sanción de la ley 1420*. Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires).

<sup>60</sup> Alejandro Carbó (1862-1930). Pedagogo y legislador argentino, nacido en Paraná. Estudió en la Escuela Normal de su ciudad natal, egresando en 1879 como Profesor Normal. Entre 1889 y 1892 llegó a ser director de dicha escuela. Después fue legislador provincial y nacional, con una destacada actuación, prolongada hasta 1916. Participó de los debates en defensa de la Escuela Normal antagoneando con el Ministro de Educación Osvaldo Magnasco (1864-1920) en 1906. Desempeñó

vicedirector, quien –a su vez y en 1889– alcanzó a ejercer la dirección del establecimiento.

Superados los problemas iniciales, la Escuela Normal de Paraná se consolidó prontamente y, en su momento, alcanzó a ser la primera en su género en el país, seguida después por la antes mencionada de Tucumán, fundada en 1875 (C. O. Bunge, 1927: 78). Todavía en la culminación de su etapa fundadora, hacia el final de la década de 1880-1890, cuando estuvo bajo la dirección del profesor Alejandro Carbó, ya asomaba el establecimiento de Paraná como un centro educativo de alta calidad y paulatinamente llegó a tener una enorme trascendencia en el desarrollo y la propagación del llamado movimiento normalista argentino. Fue un centro de atracción para jóvenes que aspiraban a formarse en sus aulas y procedían de otras provincias argentinas, e incluso del Paraguay<sup>61</sup>.

Inicialmente la orientación filosófica asumida por ese significativo movimiento pedagógico tenía tonalidades derivadas del eclecticismo, o simplemente participaba de un vago idealismo romántico, sin inquietudes metafísicas profundas. Pero Carbó aceptó prontamente las ideas filosóficas del positivismo de Augusto Comte –al menos, en su versión corriente en el medio culto argentino– y, en consecuencia, puso de lleno la Escuela al servicio de la enseñanza basada en el positivismo, centrándose especialmente tal doctrina en la cátedra de filosofía a cargo del profesor Pedro Scalabrini, quien ya en 1873 había tenido en sus manos el dictado de tres cursillos de filosofía en el cuarto año de estudio, que eran Filosofía Moral, Psicología y Lógica. Aunque Scalabrini estaba por entonces muy lejos del positivismo, es importante destacar que de ese modo iba tomando protagonismo en la faz filosófica de la enseñanza, lo que asentaría cada vez más su envergadura en el movimiento normalista. Pero, debe tenerse en cuenta una característica básica de Scalabrini, que A. A. Roig (1969:

cargos docentes y organizativos en la Universidad Nacional de La Plata. En 1920 se radicó en Córdoba por razones de salud, pero continuó actuando en la administración escolar. En 1916 había sido candidato a vice presidente de la Nación junto a Lisandro de la Torre. Falleció en Córdoba. Su doctrina y sus métodos educativos aparecen ampliamente en los informes oficiales que elaboró y elevó como presidente del Consejo General de Educación de la provincia de Entre Ríos.

<sup>61</sup> La influencia del movimiento normalista argentino se extendió por gran parte del país y llegó a hacerse sentir en el Paraguay, donde tuvo seguidores. En 1893, apareció en Asunción una revista pedagógica, *El Normalista* (Cristaldo Domínguez, 2013: 23). Entre los promotores de la renovación educativa, aunque más tardíamente, se contaría Juan Ramón Dahlquist (1884-1952), nacido en la Argentina, hijo de padre sueco y de madre paraguaya, e integrado de niño al Paraguay, quien se formó directamente en el normalismo de Paraná, retornó enseguida de recibirse al Paraguay, propagando activamente en ese país las concepciones y postulados de ese movimiento educativo argentino. Muy cerca de él, y cargado de las mismas influencias pero con gran raigambre histórica nacional, debemos considerar a Ramón Indalecio Cardozo (1876-1943), educador e historiador nacido en Villarrica, Guayrá, quien hábil y empeñosamente se impregnó de las ideas educativas de Paraná, pero supo adaptarlas al sistema escolar paraguayo, en especial en la reforma del sistema educacional paraguayo de 1922/1924 (C. Cristaldo Domínguez, 2013), aplicando principios que ya había explicitado en 1921, cuando Cardozo fue Director General de Escuelas.



5), se encarga de señalar, y que nunca dejó de ser su aspecto más saliente como docente de filosofía: “... es cierto que el contenido que dio a las materias respondió siempre a criterios muy personales, que no coincidían con las exigencias formales del plan de estudios.”

Esa introducción de la Escuela Normal de Paraná hacia el campo doctrinario, no aconteció inmediata a la llegada de Scalabrini, quien recién fue consolidando su posición y tomando consistencia en sus posiciones filosóficas en unos años más. Se ha comentado previamente, que en sus comienzos paranenses, en 1872, Scalabrini llegó imbuido de una especie de krausismo basado en la versión de los epígonos póstumos españoles del oscuro y casi olvidado filósofo alemán de comienzos del siglo XIX, al que recién hacia 1875 fue reemplazando en sus concepciones por el ideario comtiano.

Sin embargo, Scalabrini nunca fue extremista de un credo, ni expositor de una única doctrina. Sabía que, en cuanto a su función docente, debía separar sus creencias personales de una racionalización bien meditada de su papel como formador de seres humanos libres. Según Manuel H. Solari (1991:181), en sus inicios como docente de la Escuela Normal de Paraná, Scalabrini expresaba con referencia a su ideario pedagógico: “En cuanto a la enseñanza me he convencido teórica y prácticamente, que la organización sistemática de la educación afectiva, estética, científica e industrial, descansa sobre cuatro cuestiones antropológicas: evolución de la especie, situación histórica del pueblo cuya educación se pretenda dirigir, conocimiento concreto y complejo de la naturaleza del hombre, sistematización del saber real que se debe comunicar en una serie de años, en los diferentes grados de la enseñanza, a la juventud estudiosa. No ignoro que hay un simple número de otros asuntos que constituyen una ciencia aparte, pero creo que sin la previa resolución de los problemas enunciados falta la base de la ciencia de la educación.”

Esta breve caracterización de su ideario pedagógico muestra la madurez con que Scalabrini encaraba la tarea educativa. No hay en sus postulaciones una adscripción manifiesta a un sistema filosófico concreto, pero sí un realismo en el que bien pudo haber tanto un trasfondo krausista como un positivismo inicial. A esto debe agregarse el criterio valorativo de la libertad que debe predominar en el desarrollo del educando, trasunto posible de su fondo pestalozziano, reforzado por las ideas mucho más modernas de los krausistas españoles, en especial de Julián Sanz del Río<sup>62</sup> y de Francisco Giner de los Ríos<sup>63</sup>: el maestro debía –

<sup>62</sup> Julián Sanz del Río (1814-1869). Filósofo, jurista y pedagogo español. Introdutor del krausismo en España, maestro de Francisco Giner de los Ríos y colega de Fernando de Castro.

<sup>63</sup> Francisco Giner de los Ríos (1839-1915). Fue un pedagogo, filósofo y ensayista español. Discípulo de Julián Sanz del Río,

según expresaba– no imponer sino exponer, pues la actitud del pedagogo se basaba en la libre iniciativa del educando.

Los testimonios de varios de sus alumnos sirven para tratar de reconstruir al maestro en acción (en especial Mercante, Victorica y Vergara), y así lo acepta Solari (1991:182) y, si algo transparece a través de los mismos, es la valoración del educador Pedro Scalabrini; netamente distinguible de su otra faz que lo caracteriza como un expositor de doctrinas filosóficas –tal como lo hacía, y con constancia y vehemencia, cuando se hallaba en el ámbito apropiado– y también como un practicante de ideas liberales y afiliado masónico.

Toda la información disponible al respecto, refuerza la convicción de que siempre supo mantener firme esa separación de planos de su acción práctica. En el aula, al frente de la clase, era el ciudadano Pedro Scalabrini, librepensador, primero krausista y después positivista, que por voluntad propia de independencia y de probidad intelectual, dejaba de lado la difusión doctrinaria y se mantenía imperturbablemente en su papel de pedagogo y maestro. Como lo recuerda uno de los que fueron sus alumnos, Carlos N. Vergara (1916), “... él se concretaba a dar la más amplia libertad a la clase para que tratara las partes más importantes de la materia que se estudiaba; allí surgían mil iniciativas saludables, en medio de una discusión entusiasta, presidida por el profesor, pero sin imposición alguna por parte de éste, que se concretaba a guardar el orden y a propagar sentimientos de respeto, a la vez que dar algunas direcciones fundamentales o a recomendar uno que otro autor de los más eminentes de la época”. “La clase de Scalabrini, era una reunión de jóvenes libres, donde cada uno exponía y sostenía sus ideas, sin trabas de ninguna especie”.

La primera expresión manifiesta y netamente positivista aparece en sus *Cartas científicas*, en 1877<sup>64</sup>, y se amplía en *Materialismo, Darwinismo, Positivismo, diferencias y semejanzas*, sus escritos de una década más tarde, en 1888. En 1885 los profesores de la Escuela Normal de Paraná fundaron la Sociedad de Estudios Pedagógicos. El Secretario de Actas era Ernesto A. Bavio<sup>65</sup> y las actividades duraron hasta 1886, tendiendo a efectivizar los aspectos colaterales de la nueva

creador y director de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), impulsó también proyectos complementarios como el Museo Pedagógico Nacional (1882-1941), la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1938), la Residencia de Estudiantes (1910-1939) o las Colonias Escolares y proyectos que se materializan años después de su muerte, como las Misiones Pedagógicas (1931-1937), concebidas en su origen como Misiones Ambulantes.

<sup>64</sup> *Cartas Científicas*, corresponden a la correspondencia de Pedro Scalabrini con el general Racedo y fueron cursadas en 1877. Como lo comenta Dozo (1983: 121), en la carta N° 9 de 1877, en nota adicional, formula Scalabrini comentarios loando a Augusto Comte como “el pensador más ilustre de la historia humana, superior a Aristóteles y a Descartes”.

<sup>65</sup> Ernesto A. Bavio (1860-1916). Fue un educador entrerriano. Era un miembro típico de la generación del normalismo, quien ocupó altos cargos en la dirección de la educación de su provincia y de la Nación. Llegó a ser Secretario General de Educación Nacional. Desde muy joven fue miembro de la masonería, en la que alcanzó el grado 33 en 1902.

educación, con conferencias, bibliotecas y actividades experimentales. Pedro Scalabrini fue uno de los asiduos asistentes a esas sesiones, en las que también se exponía acerca de filosofía, ocasiones en las que como dice el mencionado Dozo: “...merecen párrafo aparte los conceptos de Leopoldo Herrera, cuyo enfoque evidenciaba la “mística” positivista: pues decía: “La educación debe proponerse como fin el desarrollo progresivo de las facultades del niño, bajo la triple faz de físicas, intelectuales y morales (división que consignó en libro H. Spencer)... [...]...Su objeto debe ser mejorar la naturaleza humana, modificándola”.

Cuando se consumó el retiro de Scalabrini de Paraná, al pasar a desempeñarse en Corrientes, la Escuela Normal de Paraná se transformó en el Instituto del Profesorado Secundario y después en la Escuela Normal Superior, condición suprimida en 1912. En las últimas décadas del siglo XIX retuvo todavía un prestigio que fue perdiendo paulatinamente hasta que, el golpe militar de Uruburu, en 1930 consumó la apertura final en la senda hacia su decadencia definitiva, al cambiar radicalmente el enfoque de la enseñanza. La situación acaecida en 1946 despojó a la docencia argentina de muchos de sus mejores educadores al hacer privativo el acceso a las cátedras y a los cargos directivos, además impuso la enseñanza religiosa obligatoria en las aulas oficiales, saltando hacia atrás una brecha cultural de casi un siglo. El poder político buscó su glorificación en las aulas y en los llamados *libros de lectura* que, por entonces, eran de enorme importancia en la práctica escolar.

Al gobierno *de facto* del general Juan Carlos Onganía (1966-1970) y a los de sus sucesores militares y después civiles, cupo la decisión de acabar con la Escuela Normal en la Argentina o, al menos, con su esencia histórica.

Los turbulentos sucesos del año 1962 (constantes presiones gremiales y cuarteleras, amenazas al poder civil, además de levantamientos militares y la deposición del presidente constitucional Arturo Frondizi) iniciaron la crisis que se cerraría definitivamente a toda solución, con el acceso militar al gobierno en 1966, y que cobró características trágicas en la década siguiente. Así se consumó el golpe final en la cadena de hechos destructivos del proceso educativo nacional, debiéndose destacar que los gobiernos civiles ulteriores nada hicieron por reivindicar o corregir ese atropello a la tradición histórica de la pedagogía argentina y procurar su reparación. Ulteriormente a 1983, los gobiernos civiles de Raúl R. Alfonsín (1983-1989), y luego el de su sucesor Carlos S. Menem (1989-1998), probaron cabalmente la veracidad de lo que alguna vez dijera Antonio Machado acerca de que nada, por malo que fuere,

está libre de ser empeorado. Diversos autores se han ocupado de la decadencia de la educación argentina, como Guillermo Jaim Etcheverry (1999), Horacio Sanguinetti, Carlos Escudé (1990) y Jorge Bosch (1999), entre otros.

Corresponde destacar que el período 1956-1962, fue el único que a partir de 1930, y en especial desde 1943, dio señales de cierto reverdecimiento de la preocupación seria y despolitizada por la educación argentina. Particularmente la vida universitaria se recobró con una pujanza extraordinaria y universidades como la de Buenos Aires, con hombres de la talla intelectual de Risieri Frondizi y José Luis Romero como rector y vicerrector, respectivamente de la misma.

Es muy cierto que, ya entrada la segunda mitad del siglo XX, eran muy necesarias reformas y actualizaciones, pero lo esencial del sistema funcionaba y nada pudo suplir el proceso de evolución natural y racional que debió darse. La actual decadencia educativa y cultural de la Argentina es, en gran medida, el cuerpo del delito de la gran destrucción consumada en su sistema pedagógico a partir de 1930.

## EL NORMALISMO SE CONSOLIDA EN PARANÁ Y PEDRO SCALABRINI PASA A CORRIENTES

*“El normalismo fue el puntal de la generación del ’80, que es lo mismo como asegurar que se convirtió en la piedra fundamental del positivismo argentino. El cuartel general debía establecerse en Paraná y, de allí partieron a sembrar el nuevo credo Leopoldo Herrera, Alejandro Carbó y J. Alfredo Ferreira. Pero, todos ellos tenían el impulso vital de Scalabrini, aquel naturalista italiano amigo de Sarmiento, liberal por temperamento, cleróforo impenitente, hijo auténtico del Risorgimento, que llevaba a sus alumnos a hurgar en las barrancas del río en procura de restos fósiles y les hablaba largamente de un loco que juntaba huesos y se llamaba Florentino Ameghino”.*

**Héctor P. Agosti (1945).**

Al llegar Pedro Scalabrini a Paraná, en los comienzos de la década de 1870, todavía no se había iniciado el proceso de consolidación de la escuela argentina post-sarmientina, con las características y tendencias que ostentaría durante muchas décadas y que se destacaría por su carácter público, liberal y laico. Fue en la década de 1880 cuando se produjo la etapa definitiva del debate, a veces áspero y violento, que instauró la filosofía educativa normalista que llegaría a ser dominante por varios decenios. Sin embargo, todavía perduraban con fuerte vigencia en el medio más conservador las proposiciones de las encíclicas del Papa Gregorio XVI *Quanta cura*, en 1864, y la *Multiplus Inter*, del año siguiente, antagonizando fuertemente ambas con las posiciones naturalistas y liberales (para el conservadurismo, equivalentes en cierta forma al positivismo).

El *Syllabus*, que acompañaba a la primera de esas encíclicas marcaba claramente cual era –o debía ser– la posición combativa de los católicos ante las nuevas tendencias filosóficas y pedagógicas. En ese medio de confrontación tuvo Scalabrini que hacer sus armas pedagógicas, y a pesar de su espíritu, que era esencial y naturalmente tolerante, no pudo evitar los choques y disgustos, inevitables, porque el mero hecho de enseñar implicaba abrir una posición de beligerancia. A pesar de lo grave que pudo ser esa situación en ciertos

períodos, no hay la menor prueba de que Scalabrini haya llevado a las aulas la polémica<sup>66</sup>. Como antes dijimos, supo escindir su personalidad cuanto fuere necesario, para así poder mantener su pureza como educador, más allá del apasionado librepensador que fuera en su vida civil, al menos la leyenda scalabriniana nos lo presenta así.

La Escuela Normal de Paraná inició la enseñanza contando con 22 alumnos en el año lectivo de 1871. En 1875, a pesar de los problemas suscitados por las guerras civiles y los desórdenes políticos, tenía 146 estudiantes, llegando a albergar más del doble al fin de la década. Fueron discípulos de Scalabrini, entre otros muchos: J. Alfredo Ferreira, Víctor Mercante, Leopoldo Herrera, Ernesto Bavio, Maximino Victoria, Ángel Bassi y Carlos Vergara, quienes serán reiteradamente nombrados en este estudio monográfico.

Si bien Scalabrini en su momento culminante de Paraná ya adhería plenamente al positivismo, inicialmente había pasado por un período de adhesión krausista<sup>67</sup> (Roig), desarrollado en su residencia en la localidad bonaerense de Mercedes y en los primeros años entrerrianos, cuando profesó y difundió el ideario pedagógico del filósofo alemán.

Seguramente la única versión del krausismo que llegara al conocimiento de Pedro Scalabrini, ha sido la enunciada por Julián Sanz del Río en su obra *Ideal de la humanidad para la vida* (Imprenta de Manuel Galiano, Madrid), publicada en 1871, que tenía una “advertencia preliminar” de un grupo de “fideicomisarios” del autor, que eran Castro, Ruíz de Quevedo, Nicolás Ramírez de Losada, Nicolás Salmerón, Francisco Giner y Tomás Tapia, en la que aclaraban que: “*Aunque Sanz del Río atribuye modestamente su Ideal a Krause,*

<sup>66</sup> No llevó las aulas a la polémica, pero lamentablemente –tal como lo insinúa ingenuamente el epígrafe de H. P. Agostihizo del positivismo, que no es una verdad sino la eclosión de un hecho temporario de la historia de las ideas y de las mentalidades, una especie de entidad absorbente que con el carácter de doctrina, se transformaba en una forma de pensamiento unilateral. Tal vez por eso decayó tan sensiblemente el normalismo, no como representación de la Escuela Normal, sino como depositario de una ideología. Dice Ángel Bassi –otro normalista– en su obra sobre J. Alfredo Ferreira (1943: 38): “...a la Escuela Normal de Profesores de Paraná le había dado carácter propio don Pedro Scalabrini, profesor de modesta modalidad pero de profundo sentir y luminoso pensar orientado en las doctrinas del genial filósofo Augusto Comte. La dirigía el profesor Alejandro Carbó, posiblemente el más claro producto de la misma escuela, que con una valentía digna del mejor encomio dio a Scalabrini plena libertad de acción, merced a lo cual el curso de filosofía que dictaba, comprendía en cuatro bolillas el programa oficial y destinaba 36 al de la positiva neocomtiana que profesaba...”.

<sup>67</sup> Se denominó krausismo a la filosofía originada en la obra y el pensamiento de Karl Christian Friedrichh Krause, pensador alemán nacido en Eisenberg, Sajonia, en 1781 y fallecido en 1832. Su filosofía se centraba en la existencia de una comunidad unitaria de naturaleza y espíritu en la humanidad. Era una forma particular de cosmovisión panteísta, expresada en general en forma muy abstrusa y complicada. Aunque con retardo y en forma póstuma sus ideas se difundieron por Europa y en especial por España, país en el que se desarrolló una influyente corriente krausista protagonizada inicialmente por Julián Sanz del Río (1814-1869), que en una estadía en Heidelberg recibió del jurisconsulto y filósofo alemán Heinrich Ahrens (1808-1874), quien había sido discípulo de Krause, lo esencial del sistema del filósofo sajón, siendo después continuado en España por Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), Fernando de Castro (1814-1874), Manuel Ruiz de Quevedo (1817-1898), Nicolás Salmerón (1838-1908), Tomás Tapia (1832-1873), Gumersindo de Azcárate (1840-1917) y otros.

---

dando a entender que es mera traducción de éste (*Das Urbild der Menschheit*, 1° edic., Dresde, 1811; 2° edic., Gotinga, 1851), hay entre su libro y el del filósofo alemán, esenciales diferencias (a más de las que señalan sus notas y comentarios), tanto en el plan como en partes enteramente nuevas, que faltan en el segundo. Basta comparar los índices para convencerse de ello. El de Sanz del Río si bien inspirado en la bella obra de Krause, es una exposición completamente libre de su sentido, acomodada al espíritu de nuestro pueblo y a las más apremiantes necesidades de su cultura...” (Martín Buezas, 1977: 35). Los autores de la “advertencia” consideran que la versión que cundió en el mundo de habla española era una *ad hoc*, adaptada a la España del presunto traductor.

Ésa fue la versión que llegó a manos de Pedro Scalabrini y, cuánto más temprano debió ser en ese año de 1871. No existe prueba alguna de que pudiera Scalabrini leer en alemán, y –menos aún– de que alguna de las ediciones originales de Krause circulara en el Río de la Plata en esos años y la mayor posibilidad es que no la hubiera pues hacía ya, en ese año 39 años de la muerte del filósofo alemán y prácticamente no había residente alemanes en el Plata. La obra que sí pudo haber llegado es la “traducción” de Julián Sanz del Río que llevaba el título de *Sistema de Filosofía*, publicada en Madrid, 1860, la que bien pudo estar en manos del profesor y director de la Escuela Normal de Paraná, José María Torres (1823-1875). El título español no concuerda con ninguna de las tres obras editas –dejó muchas inéditas– de Krause, y existe consenso en que es una obra armada en base a fragmentos de Krause mezclados con las exégesis de los mismos por el traductor, que armara a su antojo un sistema que adjudicó al autor al que “traducía”.

A pesar de su compenetración con el credo positivista y de haber sido virtualmente su introductor en la educación y en el medio ilustrado argentino (Romero, 1949; Roig), Pedro Scalabrini, fue amplio y tolerante en su relación con las demás corrientes de pensamiento que circulaban –aunque no con la Iglesia católica en cuanto a la injerencia clerical en la política y en la educación– y difundió entre sus numerosos alumnos y discípulos esa noción de respeto al pensamiento en todas sus variantes. De él puede decirse lo que dijo Francisco Romero (1950) del más destacado de los alumnos de Scalabrini, J. Alfredo Ferreira: “Tomó mucho de Comte pero no el dogmatismo del filósofo francés; por temperamento había en él una disposición de ánimo acogedora, ecléctica, abierta a lo bello y generoso”. A la misma conclusión arriba Galletti (1985) en el plano de sus ideas sociales y políticas.



Una de las contribuciones escritas de Pedro Scalabrini, publicada en la revista *La Escuela Positiva*<sup>68</sup> (Scalabrini, 1896c) se intitula *Conciliación relativa*, y que plantea un intento de conciliación entre teología, metafísica y positivismo.

Como lo reconoce Francisco Romero (1949: 33) tanto Pedro Scalabrini como la mayor parte de los representantes argentinos del positivismo en el siglo XIX fueron en su esencia íntima mucho más spencerianos que comtianos. Lo fueron porque para ellos pesaba demasiado singularmente la idea de evolución “... y Spencer proporcionaba las indispensables bases teóricas, además de imponerse por sus prestigios de ensayista, por la rica variedad de temas que toca y que seducían aun a los que no se preocupaban de ningún modo en adherir a un sistema, mientras que lo que ofrecía Comte era un sistema cerrado” (Francisco Romero, 1949), que –en cierta medida chocaba a sus trasfondos anímicos, profundamente humanistas y tolerantes<sup>69</sup>.

Llama la atención el retraso con que se instauró el positivismo tanto en el ambiente pedagógico en particular, como en el medio cultural argentino. En ese sentido destaca Alejandro Korn (1940: 191) “...que la enseñanza oficial siempre retardada, desconoce las orientaciones incipientes mientras pugnan por desarrollarse y solamente las acoge cuando han llegado a su apogeo. Luego, a su vez se estabilizan, como que los académicos de hoy son los rebeldes de ayer, fieles todavía al dogma de su juventud, por el cual, acaso, lucharon y sufrieron. Así se explica que el positivismo haya demorado en conquistar nuestras cátedras y que persista en ellas aún cuando ha dejado de ser una fuerza activa. La [parte fundamental] de la gran obra de Comte se publicó en 1837 y la de Spencer se inició alrededor del 60, pero entre nosotros esos pensadores no ejercieron influencias alguna en la enseñanza secundaria hasta después del 80; a la cátedra universitaria llegaron aún más tarde.” Es posible que el peso de las grandes figuras de la generación del '37, todavía imperantes en el panorama político y cultural nacional, todas ellas imbuidas de un eclecticismo pragmático bien consolidado y poco proclive a la adopción de “sistemas” más

<sup>68</sup> La Escuela Positiva: “Su epígrafe constituía su programa”, como lo declara Ferreira en el editorial de su primer número, en 1895. Acerca de esta interesante revista ha publicado Malvina Antonieta de Gabardini (1995) un estudio introductorio y un índice. En la introducción estudia la obra educativa de J. Alfredo Ferreira, la acción del movimiento positivista en Corrientes, donde tuvo particular intensidad la tarea educativa relacionada con el mismo y la influencia del movimiento sobre el panorama nacional de la educación, proyectado a través de la revista en cuestión y por la obra escrita de Ángel Bassi, referida a Escuela Normal de Esquina, en Corrientes, que tuvo dos ediciones muy difundidas, en la que daba a conocer la experiencia educativa modelo realizada en esa histórica institución. Francisco Romero (1952: 29) definió la labor de Ferreira, particularmente la centrada en su revista, como “...una inolvidable acción civilizadora...”, concepto que también debe alcanzar a Pedro Scalabrini, estrechamente relacionado con Ferreira en toda su etapa correntina.

<sup>69</sup> Muchos autores coinciden en establecer esta distinción, puesto que el positivismo argentino, como dice Celina Lértora Mendoza (1983: 107) “...no tuvo entre nosotros cultores teóricos de gran relieve. Fue más bien un espíritu infundido por sus simpatizantes en diversas actividades”.



o menos cerrados de pensamiento, haya sido una de las causas del retraso de la apertura hacia el positivismo.

Como antes se señaló, y de modo especial a partir de 1886, fue Scalabrini el gran expositor y difusor del positivismo que él supuso básicamente comtiano, en la Escuela Normal de Profesores de Paraná, pero lo hizo en una versión, en parte propia, adicionada de principios darwinistas y evolucionistas con fuerte tonalidad spenceriana.

La Escuela Normal de Profesores de Paraná había surgido con el influjo inicial de José María Torres<sup>70</sup> como máximo exponente del espiritualismo (Caturelli, 2001:427), en una forma ecléctica pero con múltiples influencias de la *ideología* de Destutt de Tracy y del *krausismo*. Recién bajo la dirección de Alejandro Carbó, la mentalidad dominante en la Escuela tornó decididamente hacia el positivismo, pero conservando también influencias del pedagogismo pragmático norteamericano, cuyo predominio en el ambiente educativo argentino tuvo lugar durante la época del más grande influjo sarmientino, lo que prácticamente se mantuvo hasta la muerte del prócer sanjuanino (Domingo Faustino Sarmiento falleció en 1888).

La labor pedagógica desarrollada por Pedro Scalabrini en Paraná le permitió formar un elenco de destacados discípulos, entre ellos Víctor Mercante, los ya mencionados J. Alfredo Ferreira y Carlos N. Vergara<sup>71</sup>, además de Ángel Bassi, José B. Zubiaur, Raúl B. Díaz, José Berrutti, y otros, todos ellos iniciados en la corriente filosófica positivista y, a tal punto compenetrados con ella, que llegaron a sentirse parte de una verdadera religión del porvenir, la Religión de la Humanidad, de la que, como dice Ángel Bassi (1943: 204): J. Alfredo Ferreira y Pedro Scalabrini, ejercieron *“el sacerdocio, y a la muerte de éste, el supremo de esa religión entre nosotros ...”* fue J. Alfredo Ferreira.

Sin embargo, el positivismo argentino no llegó a los extremos que alcanzó

<sup>70</sup> Dice Sandra Carli (1993: 193): *“El eclecticismo pedagógico que caracterizó las gestiones de Torres y en el que coinciden distintos autores (A. Puiggrós, 1992; C. C. Rosa, 1991), posibilitó la combinación de fragmentos positivistas, krausistas, pestalozzianos, herbartianos, froebelianos, etc. Sin embargo la sobredeterminación del papel moralizador, civilizador y ejemplar del maestro, generó un abandono de aquel clima experimental y ensayístico fundacional.”*

<sup>71</sup> Carlos N. Vergara (1859-1929). Fue un pedagogo y educador argentino, nacido en Mendoza. A los dieciséis años pasó a estudiar a la Escuela Normal de Paraná, donde se formó bajo la tutela e influencia de José María Torres, Pedro Scalabrini, Francisco Soler, Antonio Lauría y otros iniciadores e inspiradores del movimiento que se llamaría el *normalismo argentino*. Al egresar retornó a Mendoza, pero pronto se trasladó a Buenos Aires. Después de diversas vicisitudes fue nombrado director de la Escuela Normal de Mercedes, en la provincia de Buenos Aires, donde trató de desarrollar su particular doctrina pedagógica. Dio lugar a polémicas y fue exonerado por el presidente Juárez Celman en 1890. Desde entonces su vida alternó entre las tareas agrícolas y diversos cargos educativos en los que continuó preconizando sus ideas basadas en la más completa libertad del educando. Fue apasionado en la defensa de sus postulaciones, que fueron tachadas de utópicas y en exceso subjetivas y que nunca pudieron llegar a experimentarse en su cabalidad. Entre sus obras se destacan *Educación republicana, Fundamentos de la moral*, y numerosos artículos sobre pedagogía, ética y didáctica.



en Brasil, donde sí llegó a constituir una religión particular, centrada en el culto del maestro Augusto Comte y en la custodia de su ideario. No alcanzó nunca el equilibrio que tuvo en los positivistas más serios de la Argentina, particularmente en el campo de la idea evolucionista, acerca de la cual el pensamiento comtiano nunca fue muy conciso. Debe tenerse en cuenta que Augusto Comte implícitamente rechaza en su obra el concepto mismo de evolución, es decir, que estaba en contradicción con *“la idea directriz del siglo XIX”* (Korn, 1963:189). Resulta por eso aún más paradójal que el positivismo recalara en la Argentina bastante más tarde que la enunciación de las ideas básicas de Herbert Spencer (1820-1903) y de Charles Darwin (1808-1882), cuyas respectivas obras, *Los primeros principios* y *El origen de las especies*, datan respectivamente de 1862 y de 1857. Tal vez la fuerte influencia cuvierista, predominando sobre la de Lamarck en el medio naturalista local, facilitó el acceso del positivismo, aunque el pensamiento evolucionista entró casi simultáneamente con él y subsistió gracias a una especie de hibridación que modificó localmente la ortodoxia comtiana. Imprecisiones similares en cuanto a las interpretaciones de Lamarck y Darwin en torno a la evolución eran relativamente comunes en intelectuales de la época. Un ejemplo es el de Carlos Octavio Bunge que en su obra *El Derecho. Ensayo de una teoría integral*, un texto publicado en Madrid en 1927, cuando intenta conciliar ambas interpretaciones en su teoría sobre el génesis de las posiciones éticas de los individuos en la sociedad. Recién la introducción de los conceptos genéticos, moleculares y poblacionales en la biología, precisó claramente ambos campos teóricos.

Fallecido Ferreira en 1938, su mayor continuador fue el educador Ángel C. Bassi, quien todavía en el trágico pero aún ingenuamente esperanzado año de 1946, predicaba con fuerte convicción la Religión de la Humanidad y centraba en la escuela con contenidos positivistas, el logro de una concepción generalizada de la humanidad unificada: *“Y si mediante la instrucción, al servicio de la causa de la unificación universal alrededor de esa idea salvadora, se llegara a conseguir, otras unificaciones serían mucho más fáciles, y sobre todo la de considerarse todos los pueblos como miembros de una misma familia, de donde la idea de la confederación de estados que flota ahora en el ambiente con todas las unificaciones por ella impuestas, no estaría tan lejos de ser formada como actualmente y de otro modo dificultada”* (Bassi, 1946:245).

## LA PERSONALIDAD DE PEDRO SCALABRINI Y SU ACTUACIÓN COMO NATURALISTA EN LA ETAPA DE PARANÁ

En la ciudad de Paraná inició Scalabrini la formación de un Museo Escolar Argentino, redactando unas bases que después servirían a su discípulo y futuro colega J. Alfredo Ferreira para publicar en el diario *La Nación* de Buenos Aires de los días 26, 28 y 29 de febrero y del 1° de marzo de 1892, sus “*Bases para un plan de estudios de educación primaria*”. En esos artículos, J. Alfredo Ferreira hace una reseña de ellas, y al respecto de las Ciencias Naturales, transcribe las bases formuladas por Scalabrini, las que tienen por objeto “...transformar la enseñanza de la historia natural, generalmente abstracta y cosmopolita, en concreta y nacional...”. En ella refiere y extracta ideas de Pestalozzi, y además cita como ejemplo del cultivo práctico de esas ideas a Eduardo L. Holmberg<sup>72</sup>, destacando Ferreira que “...por estudio directo, los productos regionales, científicos e industriales del país, las escuelas de las diferentes regiones de la República pueden hacer colecciones botánicas, zoológicas, paleontológicas, etcétera, bajo el modelo de la que hace actualmente D. Pedro Scalabrini, y canjearse a fin de que los alumnos de todo el país puedan empezar a conocer” (Bassi, 1943:26).

La presencia en las barrancas del Paraná de la costa oriental del río, de un yacimiento fosilífero activo y fácilmente accesible, en la ciudad de Paraná, atrajo en seguida su vocación de naturalista y, además motivó fuertemente sus clases de biología. Realizaba constantes excursiones solo o acompañado por sus discípulos y alumnos, llegando a formar excelentes colecciones. Debido a ello pronto estuvo en relación con las más caracterizadas figuras de la ciencia argentina, en especial con Florentino Ameghino (1854-1911), con quien sostuvo una activa aunque muy espaciada correspondencia, que aparece incluida en dos de los tomos de las *Obras Completas* del paleontólogo lujanense.

<sup>72</sup> Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937). Médico, naturalista y escritor argentino. Fue profesor de Historia Natural en la Escuela Normal de Profesores. El 1878 fundó “*El Naturalista Argentino*” junto a los hermanos Lynch Arribálzaga. Director del Jardín Zoológico de Buenos Aires en 1888. Suegro de Juan Bautista Ambrosetti.

Se trata de un extenso yacimiento fosilífero que aflora en la costa entrerriana del río Paraná, presente entre las ciudades de La Paz y Paraná. Corresponde a una edad neocenozoica y los fósiles hallados fueron asignados a una unidad bioestratigráfica: el Mesopotamiense. La interpretación actual, a partir de Reig (1956) es que se trata realmente de un acúmulo complejo de elementos faunísticos, es decir, que los arrastres fluviales de areniscas han transportado y redepositado fósiles de, al menos, tres edades geológicas distintas, terciarias y cuaternarias, que aparecen entremezclados en el afloramiento. Los fósiles descubiertos por Pedro Scalabrini y, en su mayoría, estudiados por Florentino Ameghino, se hallan actualmente y en su mayor parte, depositados en el Museo de la Escuela Normal de Profesores de Paraná y algunos en el Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas Antonio Serrano.

Personalmente, Pedro Scalabrini llevaba consigo una relativamente buena formación básica de naturalista, recibida en su educación primera europea, e incrementada con sus lecturas constantes. Prueba de ello es su asidua mención de autoridades como Linneo, Cuvier<sup>73</sup>, Jussieu<sup>74</sup>, a quienes conocía tan bien como a Pestalozzi, a Volta, a Spencer y a Darwin, aunque de las concepciones de este último tal vez tuviera una idea tan poco clara como la de Ameghino, quien no diferenciaba con justeza los conceptos básicos del sabio inglés de los del transformista Lamarck<sup>75</sup>, como lo señalan Cabrera (1944) y Márquez Miranda (1951), y como se desprende también de la atenta lectura de sus obras, especialmente aquellas conceptuales, desde la

<sup>73</sup> Georges Leopold Chétien Frédéric Dagobert Cuvier (1769-1832). Fue un naturalista, zoólogo y anatomista francés. Nació en Montbéliard y se educó en la Academia Carolina de Stuttgart, Alemania. A partir de 1785 se incorporó al Muséum National d'Histoire Naturelle de París, donde llevó a cabo una carrera brillante que lo dio a conocer como el biólogo más destacado de su tiempo. Fue uno de los creadores y mayores propulsores de la anatomía comparada y es considerado el "padre" de esa disciplina. En su amplia dedicación temática, estudió animales fósiles, invertebrados y vertebrados, fue el autor de la llamada regla de correlación de las partes, que permitió caracterizar las grandes especializaciones animales. Se opuso al transformismo y a la idea básica de evolución. Falleció en París, víctima del cólera.

<sup>74</sup> Seguramente Scalabrini aludía en sus referencias, entre los destacados botánicos de la familia de Jussieu –una verdadera dinastía– a Antonio Lorenzo de Jussieu (1748-1836). Botánico, sobrino de Bernard de Jussieu.

<sup>75</sup> Jean Baptiste Antoine Pierre de Monet, caballero de Lamarck (1744-1829). Naturalista francés que participó de la gran activación de la biología de la época napoleónica en Francia. Fue el primero en exponer orgánicamente una teoría evolucionista, y lo hizo incluyendo a todas las formas de vida en "una cadena del ser" como lo establecen Millar *et al.* (1994:346). Fue inicialmente botánico, y se presentó ante el medio científico con una *Flore Française* (1778), que le valió la celebridad y el ingreso a la Academia de Ciencias. En dicha obra, usaba claves dicotómicas para la identificación de especímenes. Colaboró en la redacción de la célebre *Encyclopédie méthodique*. Lamarck fue el introductor mayor del concepto de Biología, enunciado por Treviranus (1800) y formuló la noción de Invertebrados (1801). Su obra decisiva fue *Philosophie zoologique* (1809), en la que sienta las bases del llamado transformismo de las especies. Falleció en París, ciego y en medio de gran pobreza material. La postulación lamarckiana se funda en la adquisición de los caracteres adquiridos, en el plano somático y no en el plasma germinal (=genomio), según los conceptos de Weismann (1982). Modernamente y en el plano molecular y subcelular se han enunciado pautas puntuales de tipo lamarckiano, cuyo mecanismo está aún lejos de haberse esclarecido.

temprana *Filogenia*, de 1884<sup>76</sup>, hasta las conferencias editadas bajo el título de *Mi Credo*.

Scalabrini nunca realizó investigación biológica alguna, pues su dedicación principal fue hacia la enseñanza, la colecta científica y la organización museológica. Lo más notable de su tarea naturalista son sus excursiones de observación y de enseñanza, y para la formación de colecciones, poniendo éstas a disposición de los especialistas, con los que supo vincularse con mucha eficiencia. Tuvo igual devoción hacia la ciencia en general e incluso hacia el derecho. Fue un apasionado del progreso de la ciencia como parte de su búsqueda del progreso humano, la sintió como propia y supo transmitir sus contenidos a sus discípulos en sus clases y exhibir sus testimonios en los museos que organizó.

Como naturalista Scalabrini era evolucionista, como ya lo recalcamos varias veces, lo era en forma ecléctica, en alguna medida, asumiendo esa posición más como parte de un credo progresista que como una conclusión razonada o experimental. Por eso –y en forma subjetiva– rechazaba Scalabrini de la obra de Darwin, las nociones de competencia y de selección natural. Se rehusaba a transportar a la sociedad humana el concepto de “lucha darwiniana” (por los recursos del medio, que daba substrato a la selección natural), al que antepone la noción comtiana de *altruismo*, fuerza que supuestamente lograría la unión convergente de la humanidad. Scalabrini prefería hablar de trabajo por la existencia más que de lucha (Montserrat, 1985:221). Todo esto habla en él de un idealista voluntarioso y sensible y de un evolucionista heterodoxo, más intuitivo que racional menos aún experimental).

Su actitud tiene vigencia actual en muchos practicantes de las ciencias sociales, que expresan el mismo tipo de rechazos, algo que sólo podría justificarse por postulaciones experimentales. Es evidente que en la historia evolutiva hay selección, lucha por la supervivencia, extinciones y aparentes “éxitos” que son más fruto de un juego dialéctico en devenir del campo selectivo y, en el que la oportunidades evolutivas confieren a las especies biocrones<sup>77</sup> más o menos extensos.

<sup>76</sup> Filogenia: dice Márquez Miranda (1951: 82) al respecto de Filogenia, que si bien la edición príncipe de la obra es de 1884, se sabe que Florentino Ameghino “... trabajó [en ella] quizá desde 1879; seguramente desde 1881...”.

<sup>77</sup> Biocrón: se trata de un concepto vida de un taxón/tiempo. Es la duración de una especie o un taxón de cualquier nivel (género, familia, orden, filum, etc.) a través del tiempo zoológico. La palabra competencia desagrada y, más aún, la supervivencia de los más aptos.



## SU CONTRIBUCIÓN FILOSÓFICA

Pedro Scalabrini en la historia de las ideas filosóficas argentinas, no fue precisamente un pensador profundo, ni se caracterizó por una actitud mental de indagación filosófica, ni de reflexión profunda. Menos aún creó un sistema propio. Su mente era más práctica que teórica y sólo necesitaba un fundamento doctrinario con el cual justificar –ante sí mismo y ante los demás– su entrega a la actividad práctica, a la acción, que exigía su temperamento más activo que reflexivo. En ese sentido, todavía en el Piamonte, adoptó progresivamente las concepciones idealistas y eclécticas que enmarcaron su formación europea; posteriormente siguió el ideario krausista y, pocos años después, el positivismo comtiano, pero nunca se separó de un resabio idealista de aquellas primeras doctrinas.

Una evaluación global de su pensamiento y la significación del mismo en la historia de las ideas en la Argentina, como muy bien señala Caturelli (2001:427) lleva establecer que *“...la importancia de la acción desplegada por Scalabrini no reside en un pensamiento teórico propio inexistente, sino en el influjo personal y la introducción más sistemática de la obra de Comte”*, influjo que sería docente y que se propagaría entusiastamente en sus discípulos de Paraná. A esa conclusión de Caturelli, debe añadirse el papel previo de Scalabrini en la introducción y propagación del pensamiento krausista en la Argentina, que fue anterior a su adhesión al positivismo (Roig, 1969).

A pesar de su compenetración positivista al alcanzar la madurez vital e intelectual, la personalidad particular de Scalabrini rechazaba, tal vez más sensible que racionalmente, los extremos ideológicos y del ritual comtiano en los que cayeron miembros de su generación e incluso, muchos positivistas occidentales.

Nunca en vida de Scalabrini se alcanzaron localmente los extremos rituales de la Religión de la Humanidad del positivismo más doctrinario y ortodoxo, con sus Templos y su Diosa (Thérive, 1961), la veneración de su ideólogo y de su amada muerta, su credo y su catecismo (Galletti, 1985), como se dio, por ejemplo, en Brasil y en Chile, y como sobrevendría en la Argentina tan tardíamente como en 1924, cuando se creara en Buenos Aires, llevando ya más de sesenta años de fallecido Augusto Comte. Positivista bajo la dirección de J. Alfredo Ferreira. Se trataba de un sensible retraso ideológico y doctrinario

pues, por entonces el positivismo se hallaba ya en completa retirada en todo el mundo, y particularmente en la Argentina, después de la visita del joven y ya prestigioso filósofo español José Ortega y Gasset, en 1916, y de la consolidación en los ambientes docentes universitarios porteño y platense, protagonizado por las cátedras de Coriolano Alberini (1886-1960) y de Alejandro Korn (1860-1936), quienes rechazaban radicalmente el positivismo.

Víctor Mercante (1922), también decidido positivista, da cuenta del saber filosófico desplegado por Scalabrini en su actividad personal y docente. Posiblemente idealiza bastante, en su recordación póstuma y de homenaje, acerca de sus lecturas y digresiones teóricas. Los escritos filosóficos de Scalabrini, que son muy pocos, y todos ellos de carácter ocasional, pues fueron publicados en páginas de revistas no especializadas, o simplemente expuestos en conferencias públicas. Son en general simples y muestran una gran influencia comtiana en los aspectos pragmáticos, por ejemplo en la clasificación de las ciencias, en el modelo de organización curricular escolar que propusiera en más de una ocasión, y en su metodología de exposición, que a veces se hace pesadamente enumerativa.

Es interesante tener en cuenta lo que Hugo E. Biagini (1980, 1985) destaca “... ciertos matices indigenistas en autores como Pedro Scalabrini, que se apartan de las propuestas dominantes sobre la inferioridad étnica y el predominio de los más aptos, lo cual sería posible verificar en varios positivistas más”. Este tema reaparecerá con ocasión de su contribución monográfica en la Primera Reunión del Congreso Científico Latinoamericano, en 1898 y forma parte de su concepción romántica e idealista de la humanidad.

## SCALABRINI Y LOS MUSEOS. SUS COLECCIONES PALEONTOLÓGICAS.

Continuó Scalabrini localizado en Paraná, coleccionando fósiles asidua y entusiastamente en las elevadas barrancas de la costa entrerriana del Río Paraná, en la propia capital y muy cerca de ella, especialmente en el tramo comprendido entre los arroyos Antoñico y Espinillo (Mercante, 1922:378).

Cuando el Instituto Geográfico Argentino de Buenos Aires (1879-1930) creó filiales en el interior del país, se abrió una de ellas en Paraná. En una sesión pública de dicha filial, dictó Scalabrini, a fines de 1883, una conferencia en la que proponía la creación de un museo en la capital entrerriana. La iniciativa tuvo pronta respuesta gubernamental positiva, y con el material que había logrado reunir Scalabrini, y sobre la base del Museo de la Confederación<sup>78</sup>, que había establecido Urquiza en 1854, creó el gobernador Emilio Racedo<sup>79</sup>, en 1884, el Museo Provincial de Entre Ríos<sup>80</sup>, en Paraná, cuya dirección ejercería dos años más tarde el propio Scalabrini (Romero, 1983:25).

A partir de 1886, pudo Scalabrini contar con el apoyo y la ayuda de Juan Bautista Ambrosetti, en el Museo de Paraná, cuya dirección ejercería dos años

<sup>78</sup> El denominado Museo de la Confederación tuvo su inicio en 1854, por iniciativa del entonces Presidente de la Confederación Argentina, el General Justo José de Urquiza. Por su decisión fue fundado en Paraná un Museo Nacional, de acuerdo con un decreto promulgado por el Vicepresidente Salvador María del Carril, en junio de ese año (Auza, 1973:182). La dirección estuvo inicialmente a cargo del militar, geógrafo y explorador belga, Alfred Marbais Du Graty (1823-1891), quien al alejarse de Paraná, motivado por una decisión del nuevo Presidente Santiago Derqui, fue sucedido en el año 1857 en la misma función por el geólogo francés Auguste Bravard (ca. 1800-1861), quien sería el primer colector de fósiles en las barrancas entrerrianas del río Paraná después de su descubrimiento, realizado por su compatriota Alcides d'Orbigny (1802-1857), en 1828 (d'Orbigny, 1958: 242). Bravard no se restringió a formar colecciones, sino que realizó estudios sobre las mismas. Sus resultados aparecieron en una publicación: *Monografía de los terrenos terciarios de las cercanías del Paraná* (hay una reedición facsimilar efectuada en 1995), siendo éste el primer trabajo históricamente dedicado a la estratigrafía argentina. Estaba Bravard desempeñando esas funciones, cuando viajó en misión oficial a las zonas mineras de la Confederación, falleciendo en el terremoto que asoló la ciudad de Mendoza en marzo de 1861. Huérfano de su dirección, cayó entonces en el abandono el Museo, y muy poco después, el 30 de abril de ese año, fue clausurado oficialmente (Auza, 1973: 205). Las colecciones fueron en parte enviadas a Buenos Aires y, tal vez, se perdieron parcialmente. No se reiteró la iniciativa hasta 1884, año en que el Museo fue reabierto. Las colecciones de fósiles efectuadas por Bravard fueron compradas, al morir éste, por Domingo Faustino Sarmiento, entonces Ministro del gobierno del presidente Bartolomé Mitre, con destino al Museo de Buenos Aires (Babini, 1986:145).

<sup>79</sup> Emilio Racedo (1843-1918). Militar y político argentino. Desde 1883 a 1886 fue gobernador de la provincia de Entre Ríos. Posteriormente fue ministro de Guerra y Marina de la Nación, durante las presidencias de Miguel Juárez Celman y Roque Sáenz Peña.

<sup>80</sup> El Museo de la Provincia de Entre Ríos reunió colecciones paleontológicas, zoológicas y botánicas y contó con un renombrado personal científico, entre quienes se encontraba Juan Bautista Ambrosetti, nacido en la ciudad de Gualeguay y considerado uno de los padres de la arqueología nacional. Sin embargo, este museo tampoco prosperó y debió cerrar sus puertas en 1899, derivando sus colecciones a la Escuela Normal de Paraná. En octubre de 1924, el Consejo General de Educación de la Provincia (CGE) dispuso la creación del Museo Escolar Central, que a su vez daría paso —en diciembre de 1934— al Museo de la Provincia o Museo de Entre Ríos. Finalmente, este último se desdobló en el Museo Histórico Provincial Martiniano Leguizamón y en el Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas Profesor Antonio Serrano.



más tarde el propio Scalabrini (Romero, 1983:25). Dice al respecto Ricardo Rojas (1957:152-153): *“Volvió del Chaco [Juan Bautista Ambrosetti] en 1866, cuando se detuvo en la capital de la provincia [de Entre Ríos]; visitó el Museo Provincial recién fundado...; prendóse de aquel ensayo; donó su primera colección personal a dicha casa; y aceptó un sueldo de 60 pesos para quedarse a trabajar con el director Scalabrini”*. *“Contagiado por los mismos sentimientos del profesor Scalabrini –dice Ambrosetti– y queriendo contribuir con mi grano de arena al progreso de mi tierra, no vacilé, y al ser incorporado al Museo, doné mis colecciones, en su mayor parte de zoología y etnografía”*. *La suerte estaba echada: he ahí a un joven explorador que vuelve de su primera aventura científica: que encuentra al azar un museo precario y le dona su colección; que se queda en aquel instituto a continuar sus investigaciones.”*

Se vio así el Museo enriquecido con las colecciones arqueológicas que donara Ambrosetti. La institución, en los años sucesivos, *“... tendrá cierto auge como centro de actividad en ... [el estudio de la paleontología]..., limitada a la importante realización de una colección de fósiles del neocenoico de las barrancas del río Paraná, colección que estudiará Ameghino, quien mantuvo estrechas y cordiales relaciones con el educador positivista”* (Reig, 1961:83).

Pero, los antecedentes del yacimiento de Paraná son bastante anteriores a la actividad de Ameghino con esos fósiles, como lo describe sinópticamente Florencio Aceñolaza (2000): *“La primer referencia a estratos de edad terciaria en la Mesopotamia fue realizada por Alcides d’Orbigny (1842), quien en febrero de 1827 «un poco más arriba del riacho de las Conchillas» identificó una columna geológica representada por arenas y arcillas con fósiles que le sugerían una antigüedad de ese período. Un año más tarde tuvo la posibilidad de revisar secciones que exponían la secuencia marina en la ciudad de Paraná que eran sometidas a explotación para su utilización en la fabricación de cal. «Recogí con avidez los fósiles que encontré, porque eran los primeros que descubrí en América», decía al comentar las tareas que le permitieron elaborar la primer columna estratigráfica del Terciario de la Mesopotamia e interpretar que ella tuvo origen en un avance del océano Atlántico sobre el continente”*. *“Unos años más tarde Charles Darwin (1846) revisó los afloramientos en las barrancas de Paraná, coincidiendo con d’Orbigny en las características fundamentales de la columna estratigráfica, destacando su origen marino.”*

*“Con posterioridad Martín de Moussy (1857) hizo una descripción geológica de los alrededores de Paraná, asignando el conjunto sedimentario marino a una edad desde el Jurásico al Terciario. Esta errónea interpretación dio lugar a que, el entonces inspector de Minas de la Confederación Auguste Bravard (1858), efectuara un detallado análisis*

de la columna aflorante en las barrancas sobre los que se asienta la ciudad de Paraná. A estos los llamó «terrenos marinos del Paraná o formación marina del Paraná», nominación que, por razones de prioridad, hoy se acepta para identificar a la secuencia sedimentaria marina aflorante en la ciudad homónima.” “A partir de la sistematización de los estudios geológicos en la República Argentina, producidos con posterioridad a la creación de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba un gran número de investigadores se abocaron a resolver distintos temas que hacen a la interpretación de los sedimentos del Terciario mesopotámico. Entre quienes abordaron la cuestión estratigráfica, planteando diversas alternativas, pueden ser referidos Burmeister (1876), Stelzner (1923), Döering (1882), Borchert (1901), Ameghino (1906), Ihering (1907), Frenguelli (1920, 1947), Kantor (1925), Cordini (1949), Scartascini (1954, 1959), Camacho (1967), Yrigoyen (1969), Herbst (1971), Iriondo (1973), Aceñolaza (1976), Aceñolaza y Aceñolaza (2000) y Herbst y Santa Cruz (1999).”

“Tan abundante bibliografía más que aportar datos que complementen la información original produjeron, como efecto contrario, un oscurecimiento de la interpretación generando debates que en algunos puntos aún se encuentran vigentes.”<sup>81</sup>

Los aportes de fósiles procedentes de Paraná fueron para Ameghino de gran valor y, antes de 1885, ya había publicado el gran paleontólogo argentino dos memorias acerca de los mismos (Márquez Miranda, 1951:66), y más tarde (en 1883), dedicó a Pedro Scalabrini el mamífero fósil *Scalabrinitherium*, un género extinto de la Familia Macraucheniidae, del Orden también extinguido Litopterna. Del estudio de las colecciones efectuadas por Scalabrini, derivó el conocimiento de varios géneros nuevos de mamíferos y de varias docenas de especies también novedosas y aportó a Ameghino en su valoración de la secuencia de mastofaunas fósiles.

En 1884, y tomando como base la donación de su biblioteca personal, fundó Scalabrini la Biblioteca Pública de Paraná. En 1886, y en forma tan abnegada como había actuado en Buenos Aires durante la epidemia de fiebre amarilla

<sup>81</sup> Por su parte Diego Brandoni (2008:11-13), agrega noticias interesantes acerca de la formación fosilífera de Paraná, pero antes queremos destacar que también hubo un aporte de Osvaldo A. Reig (1957) para el conocimiento de la fauna fósil local paranense. Dice Brandoni que: “Los afloramientos de la Formación Ituzaingó (De Alba, 1953) se extienden desde la ciudad homónima (prov. de Corrientes) hasta el norte de la ciudad de Paraná (prov. de Entre Ríos). Los restos fósiles no son muy comunes en dicha formación (Herbst, 2000); en lo que respecta a vertebrados fósiles, éstos proceden de los niveles inferiores, en particular del banco basal informalmente conocido como “Mesopotamiense”, que aflora a lo largo de las barrancas del río Paraná, desde las proximidades de la ciudad de Paraná hasta las cercanías de la de Hernandarias, al norte. El “conglomerado osífero” (Mesopotamiense, sensu Frenguelli, 1920) presenta un espesor variable y está caracterizado por contener niveles de gravillas cuarzosas, clastos de arcilla y numerosos fragmentos de huesos y dientes pertenecientes a vertebrados continentales y marinos. El estado de fosilización es característico. Los restos son pesados y están impregnados por infiltraciones silíceas y ferruginosas, además se encuentran manchados por el óxido de manganeso. De acuerdo con los restos hallados y a sus relaciones estratigráficas (Cione et al., 2000), proponen una correlación del “Mesopotamiense” con la Edad Huayqueriense (América del Sur) y con el Tortoniano (Mioceno Superior) de la escala internacional.”

de 1871, prestó servicios en la lucha contra la epidemia de cólera que afectó ese año a la provincia de Entre Ríos, incluyendo a la ciudad de Paraná. Tanto él como su familia sobrevivieron indemnes al flagelo.

La donación de su biblioteca personal por parte de Scalabrini, en plena madurez intelectual, docente y productiva, resulta interesante para detectar una posible gran desilusión, acaecida pocos años después, que lo llevará a tener que abandonar la provincia y radicarse en la de Corrientes. Si bien sabía luchar y defenderse y era un partícipe activo de su tiempo social, había en él un trasfondo de esperanzas íntimas que manejó a su modo y sobre el que –al menos documentalmente– no dejó rastros escritos ni lo hizo saber a terceros que pudieran haber dejado datos históricos. Ya veremos más adelante cuál pudo haber sido su gran sueño para Buenos Aires una vez dejada la vida provinciana, y cómo se frustró. Lo demás fue sobrevivirse.

En general, cuando un intelectual hace algo así con su biblioteca, es porque cuenta con la posibilidad de un usufructo de por vida de sus libros acordado con el recipiente de la donación, más aún en el caso de no moverse en la holgura económica, como fue lo acontecido con Pedro Scalabrini. Es decir, espera vivir y envejecer cerca de sus libros, los que puestos en manos públicas rinden – como lo debió de esperar el donante– un servicio valioso a los demás que trasciende el uso privado, al que supone posible por estar depositados cerca de su morada. Es posible imaginar que en su caso, Scalabrini cuando tomó tal decisión tuviera la intención de residir para siempre en Paraná, donde habían nacido su esposa y sus hijos. No queda testimonio alguno al respecto, pero es posible que nunca se haya borrado de su mente la amargura por el destino que lo apartó de sus libros, su mayor y más irrecuperable tesoro.

## SCALABRINI Y LA MASONERÍA

Al igual que la mayor parte de las personalidades destacadas de Entre Ríos y durante la época de su permanencia en Paraná, integró Scalabrini la rama local de la masonería, que había tomado un enorme auge en la capital confederada. Fue así que llegaron a fundarse catorce logias provinciales, al menos una por departamento entrerriano, siendo estrecha la relación entre la masonería y el movimiento normalista (Bosch, 1978:260). Ignoramos si tuvo contactos previos en Italia y en Buenos Aires con la logia. Tampoco sabemos quién o quiénes lo presentaron.

Los antecedentes masónicos de Scalabrini, que fueron resumidos por Alcibiades Lappas (1966:357) dan cuenta de que se inició en la sociedad secreta el 7 de febrero de 1872, en la Logia Asilo del Litoral, de Paraná, alcanzando el grado de Venerable Maestro en los años 1878-1879. Después, según resume Lappas, *"... por varios períodos ocupó el cargo de Orador de la Logia. En el período 1892-1893 vuelve a ocupar el cargo de Venerable Maestro en la Logia Unión y Trabajo N° 18. Al fundar ésta un instituto laico de educación popular, Scalabrini, Bavio, Peyret, Soler, Domínguez, y otros se encargan de su organización y dictan las diversas cátedras. Al instalarse en Buenos Aires se afilia, el 26 de junio de 1910 a la Logia Constancia N° 7. Integró durante varios años la Comisión Directiva de la Biblioteca Masónica."*

Para la consideración actual resulta difícil asimilar la pertenencia de individuos cultos o con formación científica y racional a logias o sociedades secretas, más aún con los rituales asociados a ese tipo de membresía que en general revisten para la sensibilidad culta moderna. Sin embargo, en el último tercio del siglo XIX, gran cantidad de figuras argentinas destacadas por su pensamiento y actividad científica, fueron activos masones, entre ellos Domingo Faustino Sarmiento, Florentino Ameghino, Bartolomé Mitre, Francisco Bilbao, Joaquín V. González, Eduardo Ladislao Holmberg, Olegario V. Andrade, Juan Agustín García, Joaquín Castellanos, Nicolás Rojas Acosta, José María Ramos Mejía, Víctor Mercante, Leopoldo Lugones y otros; tal como lo habían sido numerosos próceres de la Independencia medio siglo antes.

Si algo se puede destacar en la generación masónica de los años 1870-1900 es que estaba muy lejos de participar de conspiración alguna. La adhesión tenía mucho más carácter filosófico, social y humanitario, que de búsqueda de poder o para la intriga, menos aún de subversión. Tal vez el anticlericalismo, el laicismo

y el deísmo naturalista, eran los mayores elementos aglutinantes del ideario que profesaron, con una mezcla de connotaciones darwinianas, spencerianas, krausistas, comtianas y –seguramente– con influencias adicionales de Ernest Renán (1823-1892) y de los filósofos franceses de la escuela que Jules Michelet llamara humana y sentimental, encabezados por Jean Marie Guyau (1854-1888); de Alfred Fouillée (1838-1912); y del neopositivista Émile Littré (1801-1881), entre otros.

Es necesario plantear estos reparos debido a que la imagen tradicional de la masonería viene, en general, cargada de elementos fabulosos o esotéricos, de cuya difusión se han encargado tanto algunos de los propios miembros de las logias, como sus enemigos, todos con igual eficiencia para lograr su desprestigio. Dentro de ese marco tradicional resulta casi imposible asimilar la afiliación de personalidades con mentalidad lúcida y a veces esclarecida, como son muchos de los casos con los que el historiador de la ciencia y del pensamiento debe a menudo enfrentarse. Por eso, debe hacerse una salvedad importante: por un lado, el concepto de masonería no es universal, uno, único y bien discernible, y han existido numerosas asociaciones o logias incluidas en ella de carácter muy peculiar o diferenciado, las que coexistieron con otras de tono menor, extraviadas en lo esotérico o en el ritual vacío; y por otro, que a través del tiempo ha variado fundamentalmente la forma, la función y las concepciones de la masonería, como lo destacan investigadores recientes tan serios como Jasper Ridley (2000), José Antonio Ferrer Benimeli (2001) y Miguel Martín-Albo (2003).

Dentro de ese concepto debe considerarse el panorama mental y espiritual reinante en la segunda mitad del siglo XIX para ubicar en un contexto adecuado la afiliación masónica de hombres como Pedro Scalabrini. La gran polémica sobre el materialismo, que hacia 1850 embarcó al zoólogo Karl Vogt (1817-1895) y al fisiólogo Rudolf Wagner (1805-1864) en una dura controversia, se sumó al enorme éxito de las obras divulgatorias del médico alemán Ludwig Büchner (1824-1899), en especial de la difundida obra ya citada *Fuerza y materia* (1855) –eso, además del ascenso a quasi-religión del positivismo comtiano a partir de 1850– para que la masonería abandonara las posiciones carbonarias, iluministas, antiinquisitoriales y antiimperiales de la primera mitad del siglo XIX, que con la independencia americana, el ascenso del laicismo y el fin de la Santa Alianza y del absolutismo en Europa occidental, perdieron su razón de ser, y adoptara una adscripción filosófica más amable, al par que más profunda, burguesa y apaciguada.

Son muchas las interpretaciones posibles acerca de por qué esos hombres se enrolaron en la masonería. Un argumento posible es que ellos, que eran en su mayoría miembros de la burguesía liberal, del ejército, de la burocracia más alta y de las profesiones más exitosas, hayan sido los que más cabalmente representaron el *individualismo principista* que caracterizó a esos estamentos sociales en la época. Por eso, la explicación que apenas esboza Carl Gustav Jung acerca del atractivo del secreto, resulta interesante: ese individualismo condenaba a la soledad a quienes lo vivían. El secreto participativo de las logias y sociedades secretas constituía un factor de afirmación personal y de ruptura de esa soledad. Al cambiar el signo de los tiempos y, ya dentro de la masificación de la sociedad actual, la masonería perdió la casi totalidad de sus atractivos y se ha transformado en lo que apenas si es un poco más que un club amistoso o solidario. El antiguo secreto compartido carece actualmente de sentido.

Aunque cuesta imaginar cómo se desarrollaría una reunión masónica en Paraná cerca de 1880, es posible suponer que esos cónclaves el carácter social y de confraternidad, así como de intercambio intelectual y de noticias de interés mutuo relacionadas con los entretelones de la política nacional y local, predominarían sobre cualquier aspecto conspirativo o de planificación estratégica para conquista mezquina de espacios de poder. Pedro Scalabrini perteneció desde la edad de 23 años y durante el resto de su vida, a diversas logias de Entre Ríos, Corrientes y Buenos Aires, por lo cual ese fue un signo de que el ambiente interno de las mismas era compatible con su espíritu tolerante y que, al ser masón, en alguna medida daba una vía de expresión a su esencia de librepensador y de hombre solidario y preocupado por todo lo humano.

## EL TRASLADO A CORRIENTES

En 1887 reunió Pedro Scalabrini, todavía en Entre Ríos, una colección de cartas referidas a los hallazgos paleontológicos del Museo, que publicó bajo el título de *Cartas Científicas*. En ellas, no sólo se refleja el entusiasmo del naturalista ante la sucesión de descubrimientos novedosos realizados en las barrancas locales, sino principalmente el interés en informar al gobernante y así, despertar en él, pues van dirigidas al coronel Eduardo Racedo (1843-1918), entonces Gobernador de la provincia, el mayor interés posible por la conservación de esos materiales y por la continuidad de las exploraciones, todo ello mediante el apoyo oficial al Museo Provincial.

Adicionalmente a sus tareas de educador asumió Scalabrini una participación activa en la política local. Llegó de ese modo a ser miembro del Concejo Deliberante de la ciudad de Paraná, y en 1878 siendo vicepresidente del cuerpo le tocó estar a cargo de la Municipalidad capitalina. Actualmente una calle de la ciudad de Paraná lleva su nombre en homenaje a la intensa labor que desempeñó a su servicio en los diversos campos en los que actuó en la antigua capital de la Confederación Argentina.

En 1889 abandonó Pedro Scalabrini la ciudad de Paraná, pues decidió radicarse en la ciudad capital de la provincia de Corrientes. Es muy posible que en esa decisión hayan influido sobre él diversos y, hasta contradictorios factores, entre ellos, y muy especialmente, la situación política de la provincia de Entre Ríos, en la que su protector y amigo, el coronel Racedo dejó el gobierno en 1887, y ante sus intentos de retorno al poder se produjeron enfrentamientos y persecuciones que culminaron en mayo de 1889 con el asesinato del Coronel Nicolás Garmendia, jefe político de Nogoyá.

Además, se había creado Scalabrini enemistades y antagonismos en sectores influyentes de la sociedad de Paraná, debido a lo que Alejandro Korn (1940: 238) atribuye en forma constitutiva a su carácter, dotado de: "*una apasionada clerofobia*". Como no hay constancia escrita de excesos verbales, ni siquiera de vehemencia anticlerical en sus clases o expresiones públicas, debe suponerse que el "anticlericalismo" que ejerció fue el de los hechos y de la conducta, que suele ser el que deja más resquemores: por un lado gozó de su libertad de espíritu sin sujetarse a ningún reparo que pudiera oponer la religión oficial; y

por otro, dio a sus clases un acentuado tono laico y librepensador y, en su vida diaria y familiar, nunca se sujetó a obligación confesional alguna.

Por otra parte en la provincia de Corrientes, desde 1893 se había aquietado el ambiente de casi permanente revuelta política de las décadas precedentes, y gobernaban los hombres más destacados del Partido Liberal, con el que Scalabrini tenía afinidades filosóficas y doctrinarias (Bosch, 1978). En el plano pedagógico estaba todavía presente la tarea del destacado educador Santiago Fitz-Simon en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal. Había, además, una intensa activación cultural finisecular (Castelo, 1984:495 *passim*), aunque –como después lo comprobaría personalmente y con dolor ya instalado– muy minoritaria<sup>82</sup>. Y, además como desencadenante final de su decisión, su más destacado discípulo de Paraná, J. Alfredo Ferreira, que ya se había doctorado en derecho en 1891 en Buenos Aires, estaba próximo a regresar a Corrientes –de donde era nativo– con entusiastas proyectos renovadores para la enseñanza y la organización escolar.

El ingeniero Valentín Virasoro, militante de una rama disidente del Partido Liberal, se hizo cargo de la Gobernación de la provincia de Corrientes el 25 de diciembre de 1893, dando término a una intervención federal dispuesta por el presidente Luis Sáenz Peña. Se iniciaba así un gobierno ilustrado y progresista, aunque políticamente inestable, cuyo mandato incluyó rebeliones armadas y un conato de invasión desde el Chaco el 9 y 10 de junio de 1895, por banderías rivales (Castello, 1984:489). Virasoro nombró a J. Alfredo Ferreira, que era de orientación política mitrista (liberal-porteño) en el panorama de facciones de la compleja fragmentación entre los adherentes al Partido Liberal de entonces, para ocupar la presidencia del Consejo Provincial de Educación. Ferreira logró, durante el desempeño de su cargo, elevar el número de escuelas públicas provinciales de 64 a 144. La gestión de Ferreira duró hasta 1897, cuando al asumir el nuevo gobernador, Juan Esteban Martínez, fue designado ministro y lo reemplazó en el Consejo Provincial de Educación otro destacado educador correntino y de ideario coincidente, Carlos Bassi, también de orientación positivista y normalista.

El ambiente positivista y masónico predominaba entre los hombres públicos

<sup>82</sup> El ambiente cultural de la capital de Corrientes era aún más restringido que el de Paraná, pues ésta última había sido capital del país hasta 1862, se había activado por la residencia de muchos extraños, tenía relación cercana con Santa Fe y estaba mucho menos aislada de Buenos Aires para recibir diarios, correspondencia y libros, a pesar de ser también “insular” por la situación mesopotámica. Resistencia era apenas poco más que una toldería y era incómodo llegar a ella desde Corrientes. Con Asunción había escaso relacionamiento desde la Guerra Grande (1865-1870).



y en la docencia, el periodismo y la cultura de la provincia de Corrientes (Lappas, 1971) y coincidió con una etapa de gran activación intelectual, pero la gestión ministerial de Ferreira duró solamente hasta 1898, cuando debió renunciar por lamentables y mezquinas complicaciones políticas. Sin él Scalabrini quedaba solo como un extraño en un lugar lejano de la capital, además estaba cansado, al menos de la lucha absurda y sin resultados de fondo. Faltaba desarrollo y densidad suficiente de gente desinteresada y que amara el progreso. Los políticos, en general no estaban en eso.

Como actividad adicional, y seguramente llevado por su estrecha colaboración con J. Alfredo Ferreira, en la ciudad Corrientes intervino Scalabrini, junto a este último, en la fundación del Banco Popular, el cual, según se manifestaba en sus propósitos, tenía como finalidad “... la asociación de pequeños capitales, créditos y ahorros, así como los bancos grandes son la asociación de los grandes capitales” (Bassi, 1943:86). Fue una próspera y prestigiosa institución particular de crédito (Chavarría, 1947:447).

## SU DEDICACIÓN PALEONTOLÓGICA Y EL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES DE CORRIENTES

Ya en Corrientes, Scalabrini sostuvo constante su relación colaborativa y epistolar con Florentino Ameghino y, siguiendo también sus propios intereses de naturalista, continuó sus excursiones de búsqueda de nuevos yacimientos o de hallazgos aislados de fósiles. Incluso aprovechó la visita de su hermano Angelo, en 1891, para realizar con él un viaje en bote desde Corrientes a Paraná, en el que, según describe Juan Bautista Ambrosetti (1916:229), ambos hermanos hicieron “...frecuentes bajadas a tierra, donde proseguía el viaje a pie, escudriñándolas [a las costas fluviales], tomando notas y coleccionando cuando la ocasión se presentaba”. Sólo atendían a la costa oriental del Paraná, pues a esa altura el valle fluvial paranense tiene hasta más de 20 kilómetros de ancho y la ribera occidental (chaqueña) es zona baja y barrosa, con amplios esteros y riachos, es decir, nada apta para la conservación de fósiles.

En el Anexo III se transcribe una de las cartas de Ameghino, en la que insta a Scalabrini a seguir sus exploraciones y, en la que también le da cuenta de sus actividades científicas. Estimulado el paleontólogo lujanense por los hallazgos de Entre Ríos, y sabedor del carácter barrancoso de las costas correntinas del Paraná medio, deseaba saber si aparecerían nuevos depósitos, esperanza que se vio frustrada pues la configuración geológica local era distinta a la del tramo costero de Paraná-Hernandarias.

En general la provincia de Corrientes es pobre en manifestaciones fosilíferas y recién sería Juan Wenceslao Gez<sup>83</sup>, el naturalista y educador puntano, quien más de una década después de radicado Scalabrini en Buenos Aires, y fallecido ya Florentino Ameghino (1911), enunciara hallazgos de fauna cuaternaria en la zona centro-este provincial. En la costa paranense o cerca de ella los hallazgos paleontológicos se dieron en las terrazas de los cursos bajos de arroyos que

<sup>83</sup> Juan Wenceslao Gez (1865-1932). Fue director de la Escuela Normal de Corrientes. Había nacido en la provincia de San Luis, fue educador, naturalista, historiador, publicista y geógrafo. Realizó investigaciones paleontológicas en la provincia de Corrientes, en la que culminó su carrera docente, y se ocupó con gran interés, entre otros múltiples temas de ciencias naturales, del problema del perro indígena americano y de la aparición de restos de grandes mamíferos pleistocenos en yacimientos correntinos. Dejó entre sus obras una monumental *Geografía de la Provincia de San Luis*, varias monografías históricas, numerosos artículos sobre ciencias naturales y una biografía de Juan Crisóstomo Lafinur.

desembocaban en el Paraná, con el mejor ejemplo en el arroyo Toropí (Herbst y Álvarez, 1972; Álvarez, 1974).

En Corrientes intervino Pedro Scalabrini en la refundación del Museo de Historia Natural, llamado por entonces Museo Provincial, y formado en base a una colección inicial de 5.725 objetos, “*algunos de excepcional importancia y valor científico y pecuniario que él mismo donó*” (Bassi, 1943:62). Formó Scalabrini en el Museo amplias colecciones de material zoológico, botánico, histórico, numismático y filatélico, rindiendo detallados informes en las *Nuevas cartas científicas*, aparecidas todas entre 1896 y 1899, en la revista *La Escuela Positiva*, y dirigidas a su discípulo, amigo y compañero en la prédica positivista, J. Alfredo Ferreira. Dichas cartas, a veces, sin numerar o variando ligeramente el título de la serie, describen secciones del Museo, dan cuenta de piezas particulares de las colecciones, y cada una de ellas encierra algún encendido párrafo acerca de la necesidad patriótica, pedagógica y cultural de mantener ese patrimonio cultural y científico.

Incluso Florentino Ameghino, que ya había donado valiosas piezas de colección paleontológica al Museo de Paraná durante la gestión de Scalabrini, envió varias veces remesas de material fosilífero al Museo de la provincia de Corrientes, como consta en la correspondencia publicada en las *Obras Completas* del paleontólogo lujanense. Esos materiales deben sumarse al inventario del material perdido por el museo en las gestiones y lapsos de abandono ulteriores a las de Scalabrini y de su sucesor inmediato, el maestro correntino Nicolás Rojas Acosta.

Sobre algunas de esas ricas colecciones escribiría pocos años después Juan W. Gez, un émulo más tardío pero igualmente esclarecido y entusiasta del positivismo y del normalismo, una serie de raros trabajos paleontológicos, quien a su vez colectó nuevos ejemplares fósiles. Lamentablemente la desaparición local de Ferreira –trasladado por el Ministerio de Educación a la provincia de Buenos Aires– se produjo la de Scalabrini –también alejado a partir de 1903 –y la ulterior partida de Juan W. Gez, quien terminaría radicándose nuevamente en su provincia natal, en San Luis, dejaron al ambiente cultural correntino empobrecido, situación expresada también por lo que fuera prácticamente la pérdida casi completa de las colecciones tan entusiastamente formadas, donadas y sostenidas por Scalabrini.

El sucesor de Pedro Scalabrini en el Museo de Ciencias Naturales fue, como ya indicamos, Nicolás Rojas Acosta, quien no pudo hacer nada para mejorar

la suerte del Museo debido al absoluto abandono de la idea misma de museo por la administración política. Esa actitud mental pesó considerablemente más que la pobreza provincial crónica, en la suerte de la institución, la que llegó a quedar sellada definitivamente con el alejamiento de Corrientes de las figuras más esclarecidas de su cultura, al intensificarse las crisis internas y las luchas caudillescas estériles en el panorama político local.

El museo actual de la capital correntina, no es sino indirectamente el fundado por Virasoro y dirigido por Scalabrini, pues con el abandono de Corrientes por parte de éste último, a comienzos del siglo XX, la institución decayó, pasando a ser meramente de pasiva mostración escolar y, prácticamente, se extinguió con pérdida significativa –casi total– de sus colecciones<sup>84</sup>, hasta que después de “...una larga clausura volvió a abrir sus puertas bajo la dirección del profesor Valentín Aguilar” (Gómez, 1944:114). Recién en 1928, se fundó el actual Museo Histórico, por obra del gobernador Benjamín S. González, separándose entonces las colecciones históricas de las naturalistas.

Actualmente el estado del Museo de Ciencias Naturales, el segundo por antigüedad en la República, y que fue fruto de una acción fundadora independiente y más antigua que el de Scalabrini, se denominó con el nombre ilustre de Amado Bonpland, su primer director por designación del gobernador Juan Pujol, en 1854, y que dista de cumplir con los cánones modernos de organización y administración museológica. En ese sentido no basta la buena voluntad de algunos técnicos y empleados, que evidentemente hay casos personales valiosos si no hay voluntad política o, aunque más no sea un somero conocimiento del sentido y de la tarea de un Museo. Tampoco sirvieron algunas “inyecciones” de modernidad, subsidios externos o intentos modestos y esporádicos de modernización.

Debe recordarse para el período inicial del siglo XX la obra casi desesperada, aislada y crudamente autodidáctica, del enciclopédico y solitario naturalista correntino Nicolás Rojas Acosta<sup>85</sup>, iniciada bajo el impulso de los educadores

<sup>84</sup>La desidia administrativa redundó primariamente en descuido práctico (limpieza, desinfección, preservación de calores y humedades excesivas) para los libros, manuscritos, documentos y los frágiles materiales biológicos. Esto –además de los roedores y las polillas y hongos– y los robos, prácticamente demolieron todo y, por eso, la historia del Museo es de una serie alternativa de recuperaciones (algunas notables, cuando se hizo cargo alguien capacitado) y recaídas.

<sup>85</sup>Nicolás Rojas Acosta (1873-1947). Maestro Normal y naturalista vocacional, nacido en la capital de Corrientes. Como se indicó en el texto, fue el sucesor de Pedro Scalabrini como Director del Museo de Historia Natural de Corrientes. Inició su carrera científica a edad muy temprana con investigaciones y escritos acerca de temas de botánica. “Se consumió en una trágica lucha contra la pobreza y el aislamiento, a pesar de lo cual trabajaba febrilmente. Fue autor de numerosas contribuciones científicas, muchas de ellas desmesuradas, y casi todas editadas por su propia cuenta, hoy lamentablemente olvidadas, aun en lo que sería rescatable de ellas...” (Contreras, 2003: 100).

positivistas –particularmente de Scalabrini, Fitz-Simon y J. A. Ferreira– y también con el influjo del malogrado y solitario Enrique Lynch Arribálzaga<sup>86</sup>, radicado –y, en cierta forma náufrago– en el interior del entonces Territorio Nacional del Chaco, y finalmente recalado en Resistencia, justo frente a la capital correntina, en la margen derecha del Paraná. La dura lucha, la pobreza y la soledad de Rojas Acosta, quien estuviera durante un corto período a cargo del Museo local, brinda también testimonio de la decadencia cultural correntina al instaurarse el siglo XX. Por entonces se apagaban por la muerte o el exilio, autoimpuesto o forzado, los ecos de la acción local progresista y esclarecida de figuras como Juan Pujol, Ramón B. Contreras, Santiago H. Fitz-Simon, Valentín Virasoro, J. Alfredo Ferreira, Manuel Florencio Mantilla, Lisandro Segovia, Ángel Acuña, y el propio Pedro Scalabrini, entre otros, cuya diáspora se inició hacia los comienzos del siglo XX.

<sup>86</sup> Enrique Lynch Arribálzaga (1856-1935). Fue uno de los primeros naturalistas argentinos, que se desempeñó inicialmente en Buenos Aires, junto a su hermano Félix, prematuramente fallecido (1854-1894), a Eduardo L. Holmberg y a otros precursores de la zoología argentina moderna, radicándose a partir de 1903 en la ciudad de Resistencia en una especie de exilio voluntario, en el que falleció, en medio de gran pobreza en 1935. De dedicó primero a la entomología y después hacia la ornitología.

## SU CONTRIBUCIÓN PEDAGÓGICA EN CORRIENTES

También en Corrientes fue Scalabrini un asiduo colaborador de la revista *La Escuela Positiva*, fundada y dirigida por su discípulo J. Alfredo Ferreira, que fuera el más caracterizado órgano difusor nacional del positivismo pedagógico. Ferreira fue su principal redactor, tarea en la que fue estrechamente acompañando por Pedro Scalabrini. La publicación de la revista se inició en 1895, continuando durante tres años, hasta 1897. Después de una pausa en los primeros meses de 1898, reapareció, iniciando la que se anuncia como la segunda época de la revista, que continuó activa hasta 1899. Dijo de ella Luis Farré (1958:57): que, “no era una revista de teorías, sino que las ideas se prolongaban en intenciones pragmáticas”: suministraba especialmente datos geográficos, climáticos, novedades bibliográficas, informaciones útiles para los profesores, comentarios sobre legislación de interés para los educadores o para el ciudadano, y también, artículos doctrinarios positivistas.

A partir de 1899, ejerció Scalabrini la dirección de la Escuela de Esquina, en el sudoeste de la provincia de Corrientes, en la que propagó el mismo tipo de organización y de ideales que en las demás escuelas que irradian del foco inicial de Paraná.

La Escuela de Esquina había sido fundada el 7 de mayo de 1888, y, como lo indica Bassi (1905: 34) constituyó junto con su similar de Goya, también en la provincia de Corrientes, “el primer par de escuelas populares que han nacido a la vida en esta provincia y quizás en Sud América”. Además, la de Esquina en particular, fue la primera escuela de experimentación pedagógica de la Argentina cuyos resultados trascendieron al resto de la República, como lo prueba, por ejemplo, la necesaria reedición de la obra acerca de ella de Ángel Bassi en 1905, publicada originalmente en 1898. En este establecimiento pudo Scalabrini dar expansión a sus teorías particulares sobre la enseñanza y en los cuatro años que ocupó el cargo se dedicó con intensidad a su tarea.

Tuvo así Scalabrini ocasión de desarrollar plenamente su capacidad pedagógica y proyectarla al resto del país gracias a la intensidad del movimiento normalista. Desde una perspectiva lejana tanto el ideario como la praxis educativa positivistas, en la forma particular que adoptaron en la Argentina

por obra de Pedro Scalabrini y sus discípulos, suelen ser juzgadas con cierta dureza injusta, debido a ciertos extremos que el movimiento adoptó en sus postrimerías, cuando ya “*el signo de los tiempos*” orteguiano había agotado su impulso prístino finisecular y novecentista. Posiblemente el mayor éxito del normalismo se concentró en los niveles primario y secundario de la educación argentina, no así en la universidad, en la que su influencia sólo fue marginal.

El propio Alejandro Korn (1940: 239), a pesar de la dureza de sus juicios descalificatorios hacia el normalismo reconoce que “...*los normalistas, al esparcirse en desempeño de su magisterio por toda la República, llevaron con una dedicación ejemplar, rayana a veces en el sacrificio, los conceptos del orden, de la disciplina y del método...*” y, debe señalarse que, fundamentalmente, la metodología cuyos extremos rechaza y, en algunos de sus comentarios, ridiculiza Korn, no correspondió en ninguna forma con la metodología pedagógica practicada por Scalabrini y sus discípulos inmediatos. Todavía estaba lejos la introducción de los “*rituales hiperactuados*” como “*principios firmes de adscripción a una nacionalidad*”, como los llama despectivamente Sarlo (1998:77)<sup>87</sup> y de las tendencias que sucedieran a la escuela normalista de sus iniciadores, que si bien igualmente creyeron que la escuela debía tener un carácter nacional, fincaron esa necesidad en los objetivos del estudio y en el estímulo de la libertad de los educandos, más que en el rito estereotipado del patriotismo sentimental. Esos hombres sintieron el patriotismo y no lo simularon. Igualmente, quienes fueron sus alumnos, también participaron de ese espíritu, que todavía hasta principios de la década de 1940-1950, flotaba como un relicto en un ambiente nacional que se envilecía agoreramente, tal como lo vivió el primer autor de esta monografía en sus años de niño.

<sup>87</sup> Beatriz Sarlo (1942- ). Periodista, escritora y ensayista, nacida en Santa Fe. Se desempeña en el ámbito de la crítica literaria y cultural argentina. Ha sido ganadora de varios premios nacionales por su extensa labor profesional y vocacional. Es autora de varios libros y columnista televisiva ocasional.

## SU CONTRIBUCIÓN ETNOGRÁFICA Y LINGÜÍSTICA

Tal como en Entre Ríos había dedicado Pedro Scalabrini sus energías y sus ocios a la exploración de los yacimientos fosilíferos y a la colecta de especímenes, durante su estadía en Corrientes pasó con frecuencia al vecino Territorio Nacional del Chaco, donde trató a las tribus indígenas más accesibles, coleccionó material etnográfico y realizó compilaciones lingüísticas de las que dice Víctor Mercante (1917:72) “...*que duermen, por ahora, en los estantes de su biblioteca*”.

En este sentido compartió Scalabrini, como algunos de sus coetáneos de la generación del '80 su interés etnográfico y sobre la lingüística, en especial con Samuel A. Lafone Quevedo, Félix F. Outes, Adán Quiroga y Estanislao S. Zeballos. Era también un tema que había ocupado más tempranamente la atención de Bartolomé Mitre y de Vicente Fidel López, entre otros hombres ilustrados de su tiempo. Sin embargo, todavía se trataba de aproximaciones precientíficas, pero era una disciplina que rápidamente se desarrollaba, y uno de los méritos de Lafone Quevedo, fue el haber logrado la aproximación más moderna al tema. Para ese entonces ya se estaba desarrollando en Europa y en los Estados Unidos una lingüística mucho más estricta. Sin embargo, la tarea de los compiladores de campo –aún de los simples aficionados– era valiosísima, debido a que se documentaban en núcleos de subsistencia de algunas de las numerosas etnias ya evanescentes, o en proceso activo de aculturación y de pérdida de su idioma original, haciendo un meritorio trabajo de rescate. Es, a veces, el único material disponible sobre varias lenguas hoy extintas.

En la última década del siglo XIX los estudios lingüísticos se enriquecieron localmente con la actividad de extranjeros radicados en la región e interesados en el tema: el alemán Roberto Lehmann-Nitsche en la Universidad de La Plata, y el malogrado y brillante compatriota de Scalabrini, Guido Boggiani (Contreras Roqué, 2009), en el Paraguay y en el sudoeste de Mato Grosso. Seguramente, debieron Boggiani y Scalabrini de conocerse, e incluso de tratarse personalmente, al menos en ocasión del Congreso Científico Latinoamericano de 1898, pero no hay constancia escrita de testigos de eventuales diálogos o de relaciones amistosas entre ambos compatriotas, que mucho compartían además de la cercanía geográfica de sus cunas piemontesas.



En 1896 publicó Scalabrini en la revista *La Escuela Positiva*, un par de artículos sobre las lenguas indígenas chaqueñas, en los que adelantó algo del que sería su aporte dos años más tarde, en el Congreso Científico Latino Americano de Buenos Aires. De esas contribuciones, una se refiere a la lengua vilela-chinipi y, la otra consiste en un vocabulario español-mataco. Los dos artículos fueron igualmente breves, con sólo dos páginas de extensión cada uno, y el último incluye también algunas voces vilelas.

En el caso de Scalabrini debe destacarse en su interés etnográfico cierto indigenismo emocional, desusado en sus coetáneos más involucrados en el tratamiento científico del tema. Si bien, de los autores antes mencionados, Estanislao S. Zeballos expresó una simpatía literaria por los indígenas, particularmente en sus obras científico-literarias sobre los araucanos y mapuches, y Adán Quiroga lo manifestó líricamente en muchos de sus artículos sobre la región Calchaquí, sin embargo ninguno de ellos incluyó en sus memorias científicas ni ante auditorios especializados, comentarios rehabilitadores o consideraciones sociales para "*estos hermanos menores de la selva impenetrable y de la pampa silenciosa*", junto a alegatos contra lo que llamó "*la política darwinista*" observada para con los indígenas.

## LA ETAPA FINAL EN BUENOS AIRES (1903-1916)

Según dice Juan Bautista Ambrosetti (1916:237), la decisión de Pedro Scalabrini de regresar a Buenos Aires tras una ausencia de casi tres décadas, se debió al hecho de que él mismo consideró terminada una etapa de su vida en la que había realizado lo que deseaba, pero el párrafo de Ambrosetti no es claro y omite lo vivido durante la estadía de Scalabrini en Esquina: *“Cuando Scalabrini, consecuente con su modo de ser, creyó terminada su misión en Corrientes, en lugar de vegetar al frente del Museo provincial, al que ya había dado vida y direcciones, trasladó sus actividades a esta gran capital [Buenos Aires], donde contaba con muchos antiguos discípulos y amigos, y siguió la propaganda de sus museos escolares, y sobre todo tratando de impulsar la orientación práctica, que a su mejor entender, creía que debía darse a la enseñanza de la historia natural en las escuelas donde sostenía, y con razón, que en ellas debía iniciarse y estimularse el amor a las cosas de la naturaleza”*. Como se ve el texto precedente es ambiguo y demasiado general para entender claramente su cambio de localización y de actividades.

Sin embargo, es posible que la motivación de Scalabrini fuera más profunda y diversa. Por un lado cierto cansancio de la vida pueblerina, minúscula y casi sin incentivos, como sería la de Esquina en esos años en que apenas si superaba la condición de aldea. Los diarios de Buenos Aires llegaban con gran retraso o no venían. La correspondencia tardaba infinitamente y se perdía a veces, como se desprende, por ejemplo, de lo que dice en algunas de las cartas cambiadas con Florentino Ameghino, cuando este último se entera de que envíos de sus obras efectuados un año antes no habían llegado a manos de Scalabrini. Librerías casi no las había, muchos menos actualizadas. Los libros debían ser encargados en la capital provincial –de por sí pobre y retrasada en cuanto a las novedades– o en Buenos Aires.

Las posibilidades de alternar social y culturalmente en la pequeña ciudad de Esquina eran extremadamente restringidas. Además, es posible que existiera algún malestar hacia él en el sector más sujeto a la influencia confesional: a pesar de su natural bondadoso y tolerante, seguía siendo anticlerical y masón. Nadie abrigaba dudas acerca de su condición de libre pensador. Después de tres años en esa situación pudo haber comenzado a sentirse asfixiado, por más

que hacía frecuentes salidas fuera de esa población, incluyendo la asistencia a congresos en Buenos Aires y en Montevideo. Por otra parte debía comenzar a pensar en la educación de sus hijos y en su salud y la de su esposa y en su propia cercanía de la vejez, tal vez anticipada por algunos achaques de sus últimos años en Corrientes.

En el año 1902, renunció a su cargo directivo en la Escuela de Esquina y dispuso trasladarse a Buenos Aires con su familia, que por entonces estaba compuesta por su esposa y cuatro hijos, el último de ellos, Pedro, nacido en Corrientes en 1898. En 1903 partió hacia la capital argentina.

En la ciudad de Buenos Aires, se estableció en una modesta casa situada en la calle Andes, hoy llamada José Evaristo Urriburu, al 1200, entre Arenales y Juncal en el barrio Norte de la ciudad, no lejos del local en el que centraría su actividad en los años sucesivos: el Museo Escolar. No mucho después, se trasladaron los Scalabrini a una casa más amplia, en la avenida Pueyrredón 1340, entre Arenales y Berutti, cerca del actual Hospital Alemán.

Cómo encaró su reubicación en la gran ciudad, es algo que sólo puede surgir de especulaciones huérfanas de aval escrito, y además, un siglo más tarde, ya han desaparecido todos los familiares directos o los testigos entre los que pudiera perdurar algún recuerdo directo o transmitido al respecto. Sin embargo, en ese ajuste –o desajuste– anímico suyo personal a la urbe extraña, debe residir la clave de su silencio ulterior.

Es posible que el contacto con Buenos Aires lo haya hecho tomar conciencia del grado de aislamiento en el que se había sumido en el interior argentino. Basta leer la presentación de su contribución para el Congreso de 1898 para ver que su estilo, adjetivado floridamente, enumerativo en un estilo comtiano, resulta ingenuo y con abundantes digresiones colaterales, algo que no era el corriente en las presentaciones de otros participantes con mayor trato social y cultural. Es posible que, enfrentado con la situación personal directa, se haya sentido un poco fuera de los tiempos que corrían y que, a partir de entonces, se haya auto recluido por intimidación o por falta de seguridad.

Pero, es posible que la clave del misterio resida en una razón más profunda: ¿Por qué no frecuentó a Ameghino, al que ahora tenía tan cerca? ¿Por qué no desarrolló su vocación de paleontólogo en forma activa estudiando en los museos los frutos de sus propias colectas?. Para un hombre de su edad todavía se abrían múltiples caminos que él no recorrió, ¿Por qué? ¿Acaso, no quiso o no pudo hacerlo?.

En el caso de su actividad como lingüista, la distancia de calidad de trabajo con dos de sus coetáneos, Samuel A. Lafone Quevedo y Guido Boggiani, por ejemplo, resulta, como ya se comentó, enorme y seguramente fue la propia captación de Scalabrini de esa situación de desventaja la que lo retrajo finalmente de publicar su monografía y lo hizo arrumbar en el anaquel del olvido los resultados de sus estudios entre los indígenas del Chaco, de los que no queda más referencia edita, que los dos cortos artículos ya citados y el resumen de 1898.

Como falta mucho por aclarar, conviene retornar al tema de su salida de Corrientes. Curiosamente la de Esquina fue la última de las tareas docentes que encaró Scalabrini. Es como si en esos dos primeros años del siglo XX, algo lo hubiera conmocionado interiormente y hubiera determinado un cambio decisivo en su vida activa. ¿Sería el cansancio, tras treinta años de docencia, o experimentó, vio o alcanzó con su pensamiento algo que lo desilusionó profundamente?. En este plano no caben sino suposiciones. No hay prácticamente nada que pueda suministrar una pista. Incluso su correspondencia con Ameghino parece haberse interrumpido abruptamente.

Fue así como Pedro Scalabrini inició un período de actividad silenciosa y de la que queda muy poco que esté documentado. Aunque contaba apenas con cincuenta y tres años, parece que consideraba –así lo expresa Ambrosetti en 1916– ya realizada su labor más importante, y así lo sancionó, de hecho, su propia actitud voluntaria. Si bien pudo afectarle desde entonces cierta actitud de desaliento, se sabe muy poco sobre la vida que llevara en la ciudad de Buenos Aires. Entre los escasos testimonios de esos años, persisten como indicios de su continuidad vital algunos recuerdos escritos, muy focales y anecdóticos, como lo son los que su hijo menor dispersó en la década de 1920 y después en la de 1950, en algunas revistas periódicas y diarios porteños, escritos a los que citó Norberto Galasso (1970) en su *Vida de Scalabrini Ortiz*, obra dedicada al mencionado hijo de don Pedro.

A través de esos recuerdos, sabemos que cerca de 1904 recibió la familia la visita del hermano sacerdote de don Pedro, aquel Giovanni Battista Scalabrini que había quedado en Italia y, que en ese entonces había llegado a ser Obispo de Piacenza, quien quedó con ellos algún tiempo. Su hijo Raúl recuerda que hacia 1910: “... mi padre vivía rodeado de fósiles en un mundo de ideas encantadoramente simples en las que unas se deducían de las otras con el razonamiento incontrovertible de un teorema. Cuando me hartaba de pelearme con los chicos del barrio y de jugar a los vigilantes y ladrones, solía sentarme a su lado, junto a sus cajones repletos de piedras y

---

*de huesos fósiles. Yo era allí el único pedacito de porvenir entre tantos restos del pasado. Se divertía y me divertía resumiendo la historia de la humanidad con anécdotas sencillas. Ilustraba su disertación mostrándome algunas láminas coloreadas que abundaban en los libros de popularización. La lógica positivista daba a las etapas sucesivas de la humanidad una continuidad evolutiva simple, clara e irrefutable. Partíamos del mono más primitivo, el orangután y a través de figuras esquemáticas en que los esqueletos eran cada vez más erectos, veíamos acercarse a la vertical humana, al chimpancé y al gorila. Así, cada vez más verticales y cada vez menos parecidos a Darwin, los monos cumplían su alta y nobilísima función darwiniana de sustituir a Dios en la responsabilidad de habernos creado. Después, el hombre barbudo de los cromos comenzaba a cubrir las diversas etapas de la evolución, cuyo fin se ignoraba entonces. El cavernícola se transformaba en bosquimano. Había épocas borrosas y confusas hasta que comenzaban las edades que han dejado rastros concretos de su existencia. A la época pastoril y rudimentariamente agrícola la siguió la edad de piedra. A ésta la edad de bronce, y ésta, a su vez, cedió ante el progreso de la edad de hierro. La capacidad industrial del hombre era el metro patrón con el que se medía el ascenso de la humanidad en la escala zoológica. Entonces, con esa maravillosa exactitud con que los niños plantean los problemas esenciales, yo le preguntaba a mi padre: "Nosotros, los argentinos, ¿Tenemos fundiciones de hierro?". Con evidente desconcierto mi padre movía negativamente la cabeza. Yo insistía: "¿Tenemos fundiciones de cobre?". Mi padre repetía su gesto negativo. "Entonces -concluía yo- nosotros vivimos todavía en la edad de piedra?".*

En Buenos Aires fundó en 1903 el Museo Escolar Sarmiento. Fue el iniciador de la Asociación de Maestros, de la que fue presidente. También creó el Gabinete de Numismática, en el que según Mercante (1917:73): "...trabajó sobre sus colecciones hasta días antes de fallecer...".

Más adelante prosigue Ambrosetti (1916:237-238) en el artículo de homenaje antes citado: "... su acción entre los maestros, y su participación en la reorganización del Museo Escolar Sarmiento, son muy conocidas; últimamente se ocupaba en este último de la sección museos escolares, sirviendo ad honorem, habiéndose desprendido a favor del mismo, de un gran material que últimamente había reunido. Contribuyó a fundar la Asociación de Cultura Popular, anexa al Museo, y dio varias conferencias interesantes; fue durante años presidente de un Consejo Escolar; fundador de la Asociación Nacional del Profesorado, a la que llevó muchas iniciativas, y siempre trabajando y actuando activamente, vivió entre nosotros, hasta que la muerte lo sorprendió, puede decirse en la brecha".

Participó en los tres mayores congresos científicos realizados en Buenos

Aires y en Montevideo en los años finales del siglo XIX y el inicio del XX: de la *Primera Reunión del Congreso Científico Latinoamericano*, celebrada en Buenos Aires del 10 al 20 de abril de 1898, por iniciativa de la Sociedad Científica Argentina y –como reza la portada de las Actas– “bajo el patronato del Excmo. Sr. Presidente de la República Argentina, Dr. D. José Evaristo Uriburu”. El *Segundo Congreso* de la serie fue celebrado en Montevideo, iniciándose la reunión el 20 de marzo de 1901, continuando las sesiones hasta el 31 de ese mismo mes. Al mismo asistieron 79 delegados latinoamericanos (Besio Moreno) y en la delegación oficial argentina figuran, además de Pedro Scalabrini: Adán Quiroga, Pedro N. Arata, Luis A. Huergo, Telémaco Susini, Gregorio Aráoz Alfaro, Estanislao S. Zeballos, Francisco Latzina, Florentino Ameghino, Leopoldo Lugones, Carlos Berg, además de otras destacadas personalidades de la cultura y la ciencia nacional. La tercera participación de Scalabrini en una reunión científica significativa fue en el *XVII Congreso Internacional de Americanistas*, realizado en Buenos Aires entre el 17 y el 23 de mayo de 1910, en ocasión del primer centenario de la Argentina, que fuera presidido por José Nicolás Matienzo.

Tan sólo en la primera de estas reuniones, la de 1898, presentó alguna comunicación Pedro Scalabrini. En las demás se contentó con el papel de delegado y asistente a las sesiones. Este hecho refuerza la creencia de que algo pudo pasar con aquella comunicación, ya analizada precedentemente, que lo disuadió para siempre de tomar un protagonismo más participativo. Se puede suponer que en 1910 tenía algo que decir en una reunión en la que podría haber volcado sus observaciones y resultados de varios años de silenciosa actividad. ¿Por qué no lo hizo?.

Falleció en Buenos Aires el 24 de abril de 1916. Norberto Galasso (1970: 34), describe así las tristes circunstancias: “...don Pedro Scalabrini sufre un infarto que lo tumba gravemente. Pocos días después empeora. Su corazón late débilmente y lo va invadiendo el sopor. En la casa cunde el silencio. Todo se aquieta y la impotencia ante lo irreparable apresa a la familia. Ernestina Ortiz comprende que ya no hay esperanza alguna y acerca un sacerdote a la cama del enfermo. El viejo Scalabrini abre apenas los ojos cuando ese hombre de negro comienza a musitar palabras ante su lecho. Entonces, el joven mazziniano de la Italia irredenta, el positivista de la Escuela de Paraná, el científico amigo de Ameghino, el único y permanente Pedro Scalabrini, reaparece de pronto en ese hombre postrado, y levantando penosamente su mano rechaza el auxilio espiritual, mientras susurra con esfuerzo palabras ininteligibles de negativa. Horas después, aquel 24 de abril de 1916, su corazón dejó de latir”.

## ANEXO I

De la obra *Sul Rio della Plata*, de Angelo Scalabrini (1904), pp. 195-201.

### Entre Ríos

Chi è stato lontano dalla patria, chi ha vissuto molto una vita esteriore, senza gli intimi affetti della famiglia, solitario in mezzo alla moltitudine, col riso sulle labbra e il silenzio nel cuore, avrà certamente provato quel tedio infinito, quella insensibilità ad ogni piacere, quell'assenza dolorosa di ogni dolore, quella sazietà d'ogni cosa presente, e insieme quel desiderio vago, indistinto di non si sa che, ma di qualcosa di diverso, a cui la mente non sa dar forma e colore perchè fluttua come nebbia al vento; quel complesso di sentimenti, insomma, che gli psicologi chiamano anestesia morale.

Io mi trovavo appunto in quella condizione di animo, in uno de' primi giorni del mio arrivo a Buenos Ayres, e consumava dentro di me quella mia sovraccitazione nervosa in una cameretta d'albergo nuda e fredda, buttato su una scranna, coi gomiti appoggiati al tavolo e la testa nelle mani, pensando a tutto e a nulla, allentando le briglie alla fantasia, anch'essa sonnolenta, come tutto il mio essere.

Fui riscosso da una voce amica.

Era mio fratello Pietro, che dalla soglia della camara mi chiamava a nome e mi sorrideva.

Il sonno, la stanchezza, il tedio sparirono per incanto. Mi gettai tra le sue braccia, e con un bacio ci narrammo un mondo di cose.

Non ci eravamo visti da vent'anni. Ci separammo fanciulli per ritrovarci uomini fatti: lui, coi capelli e la barba in cui l'argento combatteva vittoriosamente con l'ebano, ma fresco e vigoroso; io, più di lui invecchiato.

Egli era partito giovinetto per un capriccio de scolaro, ed era venuto in America, solo, senza raccomandazioni, senza quasi sapere il perchè; ci era venuto probabilmente perchè in qualche parte del mondo bisognaba pur andare. Era arrivato come un bolide dal cielo, senza direzione e senza guida, a Buenos Ayres, e là si era posto, lottatore vigoroso, al lavoro.



Meta dei suoi studi in Italia doveva essere l'insegnamento, e qui non aveva voluto lasciarsi sviare da codesta sua meta, e con volontà tenace, eroica, era restato amico dei libri in un paese dove, allora, i libri erano più rari delle mosche bianche, e della speculazione scientifica dove non si viveva che di calcolo e di affari.

Da venti anni professore di filosofia nella scuola normale del Paraná, la prima che siasi istituita nella Repubblica, aveva contribuito con tutte le forze dell'anima alla educazione scientifica della gioventù argentina. Nelle scuole, nelle amministrazione, nell'esercito, nella politica, in posizioni eminenti, aveva valorosi scolari i quali dicevano e scrivevano che da lui riconoscevano quel poco che era loro restato della scuola.

Né l'insegnamento aveva assorbito tutta la sua attività. Tra una lezione e l'altra, in compagnia de'suoi scolari, aveva fatto escursioni scientifiche e importanti scoperte paleontologiche, di cui alcune portavano il suo nome; aveva preso parte alla amministrazione cittadina e come consigliere e come presidente della municipalità, sempre pugnace sostenitore d'ogni opera di progresso; era stato più volte presidente della Società operaia italiana, aveva fondato la biblioteca popolare, e in ogni occasione teneva alto il nome italiano e vivo il sentimento della patria lontana. E nei momento di pericolo, quando il pensiero del filosofo vale meno della più umile azione, memore d'essere stato un garibaldino ideale –poichè la commissione di leva del 1866 l'aveva rifiutato– lasciati i libri e i fossili in un canto, s'era posto coi più animosi sulla breccia, membro del comitato di salute pubblica nell'1878 a Buenos Ayres quando vi infierì la febbre gialla, e nel 1886 al Paraná durante il colera.

E bellissima, tra tutte queste belle e boune cose, aveva impalmato una leggiadra argentina, amore della sua forte giovinezza, e aveva così cooperato praticamente a quella fusione italo-argentina che era uno de' suoi ideali.

Il poema del cuore, compendiato in un amplesso e in un bacio, aveva bisogno di essere riletto, chiosato, verso per verso, parola per parola; e subito incominciammo a sfilare la matassa dei ricordi. Ed erano mesti e lieti i fantasmi evocati, che ci fecero piangere, ridere e pensare per tutto quel giorno e la notte e il giorno appresso, e poi coso di seguito, rivivendo nel passato finchè restammo laggiù a Buenos Ayres, inconsci del maremagno che si agitava intorno a noi, e lungo il viaggio e nella sua bella casa in seno alla sua famigliuola, seduti a uno stesso tavolo di lavoro, interrompendo spesso un calcolo o una descrizione per far rivivere un'ora della faciullezza. Mi sarebbe parso, senza la bianca visione della signora che veniva a dirci, Ebe leggiadra, che *el almuerzo y la comida*



era pronta, senza gli strilli di Pedrito e Luisito che venivano ad arrampicarsi sulle ginocchia di papà o di *tio Angel*, senza la donzella che ci portava il *mate* tradizionale, mi sarebbe parso, dico, di essere tornato fanciullo: io studente di ginnasio, faticante sulle declinazioni latine, lui un sapientone di liceo che parlava di filosofia e scriveva il suo quarto volume di versi... inediti, vagheggiante nella sua mente la gloria di Omero e le avventure di Byron.

\*\*\*

Paraná, la bella capitale della provincia di Entre-Rios, è un centro indicatissimo di escursioni, essendo posta sulle rive del gran fiume che le dà il nome, congiunta all'Uruguay dalla ferrovia, unita a Santa Fe e quindi alla rete ferroviaria, che allaccia tutte le province della Repubblica, da vaporette che percorrono in un'ora, e due volte al giorno, il braccio di fiume (Riacho) interposto. Da Paraná su può in breve tempo non solo raggiungere i centri più importanti delle due Repubbliche Argentina ed Orientale, ma passar oltre, all'Asunción, capitale del Paraguay, a Mato Grosso e a l'Uruguayana, due città brasiliane di confine.

E appunto da Paraná presi le mosse ed incrociai in vario senso il territorio delle due Repubbliche, terra promessa dell'emigrante europeo, stando nei centri popolosi ove ferve il lavoro delle città rinnovellantisi, nelle colonie che hanno trasformato con un miracolo di attività il deserto in campi ubertosi, e nell'umile casolare (*il rancho*) ove il povero contadino, sentinella perduta del progresso, conduce una vita semiselvaggia, nella solitudine della pampa o fra vergini foreste del Chaco e di Misiones; osservando e interrogando la esperienza di compatrioti che vivevano in quei paesi da trenta o quarant'anni, autori e spettatori di quella febbre di lavoro e di specializzazione che dà a tutti vita e movimento.

Tornavo tratto al Paraná, nella casa ospitale del fratello, a rasserenare lo spirito nella intimità della famiglia e a rassettare le ossa fracassate da venti o trenta giorni di viaggio in ferrovia, a cavallo o in uno di quegli orribili cassoni che chiedono diligenza, e che sembrano e sono veri strumenti di tortura. Riposi conquistati con lunga fatica e resi più soavi dalle accoglienze oneste e liete delle conoscenze del Paraná.

Trassi profitto di quei riposi per vedere la città e i suoi dintorni amenissimi e osservare la parte intima, familiare, di quella vita di cui ne' miei viaggi non vedevo che la esteriore.

## ANEXO II

De la obra *Sul Rio della Plata*, de Angelo Scalabrini (1904) pp. 220-230.

Il lupo perde il pelo, ma non il vizio; ed io, che mi credeva d'aver lasciato in Italia, nascosta sotto la mia cattedra come una mummia nel suo sarcófago, la mia qualità di professore, e d'aver messo di mezzo, tra me e la speculazione scientifica, sette mila miglia di mare, ohimè, un giorno mi svegliai più profeso che mai. La compagnia di mio fratello, il museo di Entre-Rios da lui raccolto, ordinato e Donato al Governo, rechissimo di fossili delle epoche geologiche più remote, tutto contribuiva a far rinascere in me il vecchio uomo, e con quello il Desiderio di leggere proprio nel testo, senza bisogno d'interpreti o di traduttori, qualcuna delle pagine autobiografiche della natura millenaria.

Entre-Rios è celebre fra i geologi e i paleontologi, e i suoi giacimenti fossiliferi furono visitati e studiati da naturalisti eminenti come D'Orbigny, Martin de Moussy, Bravard, Burmeister, e, grande fra tutti, Darwin. In quei paraggi appunto, notando la somiglianza tra certe specie della fauna attuale argentina e certe specie fossili, come il *milodon*, il *gliptodon* ed il *megamis*, a Darwin balenò l'idea della trasformazione della specie, che fu, come tutti sanno, il nocciolo del suo sistema.

La storia della formazione geológica di Entre-Rios è ormai definitiva, e, colle nuove e numerose scoperte paleontologiche di Scalabrini e di Ameghino, si è anche corretto qualche errore che, per osservazioni affrettate e insufficienza di dati, era penetrato nella scienza sotto gli auspici dei solenni maestri che prima l'avevano studiata.

La formazione geológica di quella regione è terziaria eocenica, meocenica, pliocenica e quaternaria. La cappa più antica osservata è quella denominata dal D'Orbigny *guaranitica*, in memoria degli antichi abitatori di quelle terre: corrisponde alla eocenica inferiore, composta di arena silicea mescolata con un'argilla di color rosso sanguigno. In essa non si riscontrano avanzi fossili. Questi sedimenti nei dintorni di Paraná giacciono sotto il livello del fiume; ma più al nord, nelle barranche di Corrientes e di Misiones, si vedono chiaramente ad una certa altezza sul pelo dell'acqua.

I terreni terziari miocenici sono di formazione fluviale, come lo dimostra l'assoluta mancanza di avanzi marini e lo stato frammentario dei fossili,

che rivelano la forza turbolenta che li sospinse a lungo e li ammassò in quei paraggi. Vi sono giacimenti di ossa e di alberi pietrificati, ricchissimi testimoni di una flora e d'una fauna numerosa e gigantesca.

La pliocenica è di formazione marina, e consiste in colossali banchi di conchiglie fossili distintamente stratificati. Se ne fanno ora scavi su grande scala, e forniscono ottima calce alle sorgenti città argentine.

Tutte queste cose io le sapevo più o meno dai libri, ed ebevo ammirati i resti fossili di quegli enorme pachidermi, di quei roditori giganti, di quei terribili rettili nei musei di Buenos-Ayres, della Plata e di Paraná. Ma altro è leggere e osservare, altro è vedere, toccare, frugare nelle viscere della terra e trarre dalla morte il segreto di una vita che fu. E così un giorno per vedere, un altro per provare e un altro per riprovare, per una settimana, per quindici giorni, fuori da mattina a sera con la zappa, col pugnale, col martello, scavando, frugando, rompendo, giù per il rivo di Antonico, su lungo il Paraná, al Bretto, a Villa Urquiza, all'*estancia dell'espino*, a Victoria, al cospetto del cielo immenso, nel sole scottante di febbraio, strisciando fra boschi aspri e selvaggi, arrampicandomi su per le baranche tagliate a picco sul rio, or nude, or verdeggianti, sempre difficili a risalire, lasciando qua un brandello degli abiti, là un lacerto di pelle; riposando sfinito, riprendendo lena non appena apparisse un indizio di giacimenti fossiliferi; tornando alla sera lieto o triste, secondo l'importanza del bottino fatto; covando cogli il fardello dei fossili, palpando quello che mi pareva a un primo esame più promettente: tutta, insomma, la vita del collezionista, piena di sane emozioni che intendere non può chi non le prova.

E poi non erano sempre fachinerie le nostre gite, e qualche volta e spesso si mesceva l'utile e il dolce. Erano belle scampagnate, proprio di quelle che fanno buon sangue. Una gentile compagnia, una buona colazione al rezzo di un ombù, un bagno di sole fra il verde dei campi, un sigaro fumato sdraiati sull'erba folta, una sfida a caballo, uno *steeple-chase* rusticano fatto così a bisdosso di quei buoni ronzini pascolanti nei dintorni, una nottata fra i campi, al sereno, sotto la tenda, o nell'*estancia* ospitale –fossili a parte– sono piaceri che non si possono avere tutti i giorni.

E soprattutto una di quelle gite mi ha lasciato nell'anima la impressione soave, come di un caro sogno si vorrebbe rifare.

Era una bella mattinata. Il sole in un vortice di fuoco saliva sull'orizzonte terso, in un cielo si un turchino cinereo non macolato da nessuna nebbia,



e, lieto augurio di buon tempo, spirava dal sud una arrietta fresca, fine, ristoratrice, che investiva dolcemente e corroborava la persona, come un buon bagno dopo una marcia lunga e faticosa. O deliziose e profumate aurette del mio Lario, o frizzante aria alpina, respirata a larghi polmoni dopo aver conquistato un'erta vetta o il dosso di un giacciaio, io non vi invidiavo quella mattina là, nei campi di Entre-Rios, percorrendo al trotto di quattro buoni cavalli la strada in dolce pendio, per una lunga distesa di prati e di campi, ove ferveva l'opera dell'uomo in una operosità silenziosa!

Era il tempo della mietitura. Il frumento piegava le sue spighe dorate e turgenti, e, ondeggiando lievemente, pareva mandasse il suo ultimo saluto al sole, mentre la falciatrice meccanica strisciava al suo piede e tagliava in un movimento euritmico e faceva attimo abbicati in mezzo al campo, in attesa della trebbiatura.

Attracersammo così il fertile territorio delle colonie Municipale, Brugo, San Benito, molte leghe di terreni che si stendono al sud di Paranà, dissodati e coltivati in pochi anni da coloni italiani, russi, alemanni, francesi, che in principio, nell'età dell'oro dell'emigrazione, li ebbero per nulla o quasi, e che ora ne sono gli agiati possessori.

Sostammo dopo molte ore di viaggio su un collicello che, in mezzo a quelle immense ondulazioni concentriche del terreno, pareva la cresta di onde cozzanti e rifragentisi.

In poco d'ora fummo tutti all'opera, noi alla ricerca di fossili, le signorine a folleggiare nei campi, e la massaia della brigata a sorvegliare i preparativi della colazione.

La nostra raccolta di fossili fu abbondante e facile, avendo le recenti piogge messo allo scoperto nuovi strati di terreno. Trovammo a fior di terra, tra l'altro, un dente di *megamis*, una mandibola di *scalabriniterium*, placche di *apoplofori*, cose preziose che acuirono il buon umore e l'appetito, e ci fecero parere anche più saporito del vero il succolento *asado con cuero*, preparato e divorato all'ombra dell'ombú secolare.

E lì, tra una chiacchiera e l'altra, alle signore che non dividevano il nostro entusiasmo paleontologico, e forse nell'intimo loro erano persuase che quelle quattro ossa non valevano la fatica di raccogliarle e il fango che ci inzaccherava, un filosofo pazzo della compagnia improvvisò una lezione:

“La gran madre natura al suo figlio prediletto diede a conforto e guida due deità, la Ragione e la Fantasia.

Ebbero adoratori molti e altari fra gli uomini le due deità Iggiaadre, e quando dall'alto del loro tripode unite irraggiarono gli intelletti umani, sorgevano nelle menti, come fiori sotto il bacio del sole, effati sapienti in un linguaggio più dolce della musica, la poesia.

Ma un bel giorno le due divinità, per gelosia d'impero, si divisero, e la Fantasia, vedendo di non poter competere con la rivale, si camuffò da Ragione e rapì il consenso e l'adorazione degli uomini, i quali, fuorviati, errarono a lungo per i campi dell'impossibile, dietro i fastismi effigiati da quella maga.

La Ragione, come savia e buona, guardava tristamente e aspettava rimedio dal tempo. E il tempo venne, in cui i filosofi si smagaron dal sorriso della Fantasia, e si accorsero che al paragone delle materie dette da loro, era fior di sapienza la scomposta loquacità del pazzo. Pentiti se ne tornarono alla Ragione, che li accolse, e, conforrandoli, disse: Cercate la verità nella viscere materne.

A quegli uomini, che, per lungo abuso, avevano perduto il retto senso delle parole, parve il detto della Ragione un enigma indecifrabile; ma vi furono i fortunati Edipi che lo sciolsero e cercarono nelle viscere della gran madre, la terra, e trovarono la soluzione di quei problema intorno a cui s'era affaticato invano il pensiero umano.

Queste ossa, mie gentili signore, sono le medaglie della creazione, i documenti su cui si redige la storia della terra....e..."

E chi sa dove sarebbe andato a cascare quel pazzo, se non gli si fosse tolta la parola per consenso di tutti!

Passammo la notte in una *estancia*, ove provammo la gentile ospitalità argentina.

Sognatore incorreggibile, amico della solitudine, mi sarebbe parso un peccato se, dopo la lunga chiacchierata nel *patio*, non fossi uscito soletto, *per amica silentia lunae*, a passeggiare ed a fantasticare.

- Cuidado, señor- mi disse il padrón di casa- *no ande muy léjos. Ud., hay pumas allà.*
- *No tenga miedo, Ud.* -riprese il capataz, un bel tipo di gaucho, alto, robusto, dall'occhio ardito- *no tenga miedo*: abbiamo insegnato la civiltà anche a quelle bestiacce a colpi di fucile. Stanno laggiù lontano, al di là dell'*arroyo*, nel folto della macchia, e non passano il confine.

Civiltà che si impone anche alle bestie, a colpi di fucile!

Ecco una antinomia, che par fatta apposta per dar ragione al vecchio

Pitagora, che definiva il mondo l'armonia delle dissonanze. Ve la immaginate un'armonia di stonature? Eppure è proprio così. Discordano i sensi e la ragione, l'istinto e il sentimento morale, la legge della vita individuale e quella della vita collettiva: discordia apparente secondo alcuni, reale secondo altri, ma discordia.

E chi sa dove sarei andato a finire con questi pensieri, se non ne avesse interrotto il filo il muggito di un bove disperso, che rintronò in quel silenzio come voce di lamento, e mi richiamò alla realtà delle cose e a pensieri più conformi all'ora del tempo e alla dolce stagione.

E infatti, era un solenne anacronismo pensare alle ardue questioni filosofiche, una specie di quadrature del cerchio, sotto un cielo limpidissimo, così somigliante al mio bel cielo itálico, anche nelle sfumature delle sue tinte, nella calma della notte, al cospetto della santa natura.

Mi sedetti sopra un tronco, e stetti così a lungo in muta contemplazione, guardando il cielo e la terra, riposando l'occhio e lo spirito in quel mare di luce bianca e tranquilla, mentre, fantasma triste e lieti, i miei ricordi mi passavano dinanzi, come foglie mulinate dal vento intorno all'albero che le nutre, in una danza ove uomini e cose si mescevano e dove il morto e il vivo, il trionfatore ed il caduto si davano la mano.

\*\*\*

Ma sul più bello, quando la mia raccolta di fossili andava assumendo proporzioni da far palpitare di invidia un paleontologo, e la mia vita fra tanto affetto rifioriva, mi sentii scosso, come se qualcuno mi avesse toccato sulle spalle, e insieme una voce che mi diceva, in tono di consiglio e di comando:

- Bisogna partire!

Guardai e non vidi nessuno.

- Bisogna partire – ripeteva la voce che mi suonava dentro, non so bene nel cervello o nel cuore- la via da percorrere è lunga e molte le cose da fare.
- E il caldo, e le zanzare, e la febbre gialla del Brasile? – diss'io.
- Tutte cose che si vincono con la prudenza e con la pazienza – rispose.
- Va bene – dissi alla voce misteriosa che mi cantava la sua canzonata; e partii lasciando a Paraná metà dell'anima mia.

## ANEXO III

La Plata, junio 25 de 1895.

Señor Dn. Pedro Scalabrini,

Mi muy estimado amigo:

Hace tiempo deseaba escribirle, pero continuamente ocupado en tareas que no quería abandonar y en quehaceres urgentes que me absorbían todo el tiempo, nunca encontraba un momento disponible. No estoy por eso ahora más desocupado, pero convencido de que sólo podré descansar cuando ya no pueda trabajar, hago un paréntesis a mis tareas para escribirle estas pocas líneas, aprovechando al mismo tiempo esta oportunidad para enviarle un ejemplar de mis últimos trabajos paleontológicos.

Ante todo, ¿Cómo le va a Ud. en Corrientes? ¿Adelanta el Museo y ha encontrado algunas novedades en cuestión de fósiles o de yacimientos fosilíferos?

Tengo en preparación un trabajo conjunto sobre los mamíferos del Paraná, que desgraciadamente aún no he podido concluir, pues la polémica a que se me provoca, sin que yo vea en ella gran provecho para la ciencia, me absorbe una parte considerable del tiempo que debería invertir en investigaciones originales, por manera que probablemente no podré concluir ese trabajo hasta fines del presente año. Para entonces le devolveré los objetos suyos que aún conservo, acompañados de algunos otros destinados al Museo de ésa.

Ahora estoy ocupado redactando la crítica de la obra de Lydekker sobre los Desdentados, que contiene todavía muchos más errores que la que escribí sobre los ungulados. Le recomiendo muy especialmente la crítica que hice de esta última y que le envió por correo.

Ahora me permitirá Ud. que me ocupe del pedido de un amigo, que hace ya más de seis meses me encargó le escribiera (¡y recién lo hago ahora!). Pero, en fin, vale más tarde que nunca. No es que no tuviera deseos de satisfacer ese pedido, sino que abrumado por mis ocupaciones, dejándolo para mañana, ha ido pasando el tiempo.

Se trata de mi amigo, el señor Santiago Pozzi, primer preparador del Museo

de La Plata, persona trabajadora y de bellas prendas morales. Este señor está fatigado de su permanencia en el Museo de La Plata por el trato que le da su Director, y desearía abandonar ese puesto siempre que pudiera encontrar una colocación análoga.

El señor Pozzi es el primer preparador de paleontología que hay en el país; es embalsamador y preparador de anatomía. ¡Sabe moldear en yeso! Y es un excelente fotógrafo y dibujante.

En tales condiciones, si Ud. pudiera obtener su incorporación al Museo que Ud. dirige, no dudo que sería su mano derecha y le ayudaría eficazmente a levantar bien alto ese establecimiento.

Él iría a establecerse allí definitivamente con toda su familia siempre que obtuviera un empleo cuya asignación no bajara de doscientos pesos nacionales mensuales.

Por mi parte se lo recomiendo muy especialmente, asegurándole que si Ud. consigue su incorporación a ese Museo, haría una gran adquisición.

Pero de cualquier modo, si Ud. da pasos en ese sentido, le recomiendo reserve el nombre de la persona, pues se trata de un padre de familia, que por ahora necesita el empleo que ocupa, y en caso de que no pudiera Ud. conseguir que fuera a esa y [Francisco Pascasio] Moreno llegara a saber que [Santiago Pozzi] ha dado pasos en ese sentido, probablemente tendría que abandonar el Museo de La Plata.

Deseándole que ésta lo encuentre en perfecta salud, así como a su distinguida familia, le saluda con el aprecio de siempre su affmo. Servidor y amigo.

**Florentino Ameghino**

La respuesta de Scalabrini fue escrita el 3 de julio siguiente, y vale la pena transcribirla debido al aporte que hacen ambas misivas acerca de las actividades e intereses de los protagonistas, así como de la situación de la ciencia y de las personas que trabajaban para ella en esos años. Aquí, en cierta forma escapa la carta de Scalabrini a la calificación de Víctor Mercante (1917:74) pues, aunque sin abundar, suministra detalles de sus actividades y acerca de su situación en Corrientes.



Corrientes, 3 de julio de 1895.

Señor Dr. Don Florentino Ameghino

Mi distinguido amigo:

Con su carta del 25 de junio he recibido sus tres últimos trabajos sobre paleontología argentina, que he de leer, como siempre, con interés y provecho. Le agradezco tan importante envío.

El Museo de Corrientes adelanta de día en día y cuenta ya en sus Secciones con valiosos objetos.

He encontrado en la Punta de San Sebastián<sup>88</sup>, cerca del puerto una tosca con moldes de moluscos fósiles, semejantes a las citerinas y ceritas del Paraná.

Espero encontrar yacimientos fosilíferos en el interior de la provincia, que visitaré en breve.

Tengo reunidas varias noticias relativas a fósiles. Si resultan afirmativas, se las comunicaré, pero hasta ahora nada sé con seguridad.

Con gran satisfacción habría atendido lo relativo a su recomendación del señor Santiago Pozzi, porque creo, como Ud., que sería una verdadera adquisición para esta naciente institución, pero por el momento no es posible aumentar el presupuesto no obstante la buena voluntad de la superioridad.

En nombre de todos los míos presento a su señora mis respetuosos saludos; y como siempre, le deseo salud y felicidad.

Su afmo.

Pedro Scalabrini

<sup>88</sup> La Punta de San Sebastián, es una de las siete puntas históricas de terreno emergido que avanzan sobre el cauce del río Paraná y que fueron las que motivaron el nombre original de la ciudad en 1588, año en el que la fundara el Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón: *San Juan de Vera de las Siete Corrientes*, reducido después a *Corrientes* a secas. Lo de las *corrientes*, alude a las turbulencias y corrientes divergentes que provoca en el curso fluvial la presencia de esas siete salientes.

## ANEXO IV

[De los *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Tomo XXVIII, pp. 227-239, 1916]

### PROF. PEDRO SCALABRINI (1849-1916)

#### **Fundador y director de los museos provinciales de Entre Ríos y Corrientes**

Los títulos que corren debajo del nombre de este gran servidor del país, justifican con exceso la hospitalidad que en las páginas de estos *Anales* ha brindado el doctor Ángel Gallardo, director del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires.

Su nombre no es el de un desconocido entre los naturalistas, y sobre todo, entre los cultores de la Paleontología argentina, que lo han visto mencionado centenares de veces desde el año 1883.

Scalabrini escribió poco, pero en cambio, enseñó mucho y trabajó por la ciencia argentina, con un amor y una perseverancia dignos del respeto y reconocimiento de las nuevas generaciones.

He sido testigo presencial de la obra de Scalabrini. Con él me tocó actuar en la mejor época de su vida, durante tres años consecutivos, y nuestra amistad se conservó desde entonces por espacio de treinta, y sólo terminó cuando la muerte penetró en su hogar.

No hace mucho, al escribir en estas mismas páginas la biografía de otro gran muerto, el doctor Florentino Ameghino, hacía notar que gracias a los pacientes trabajos del profesor Scalabrini, su colaborador sincero y desinteresado, Ameghino había podido estudiar la fauna fósil del Paraná y comprender la importancia de ese horizonte paleontológico, habiendo dado a conocer en tres años, hasta en 1866, la cantidad de ochenta y dos especies nuevas.

El mismo doctor Ameghino, al final de su cuarta memoria sobre esa fauna, dedica este párrafo que es toda una consagración:

*“Al concluir esta memoria, me será permitido agradecer una vez más al profesor Scalabrini que con su infatigable perseverancia me ha proporcionado la casi totalidad del material, felicitándolo al mismo tiempo por el éxito brillante con que ha sabido poner a la luz del día las interesantes piezas que he descripto en mis trabajos sobre los fósiles de esa localidad. A él es a quien corresponde con verdadera justicia el título de descubridor de la antigua y maravillosa fauna mamalógica del Paraná”.*

Y efectivamente así fue, porque los trabajos anteriores, incluso los del mismo Bravard, no pudieron llegar a acumular ni los datos ni el material que acumuló Scalabrini durante una larga serie de años de una tarea ruda y perseverante.

Recuerdo muchas de nuestras excursiones en procura de fósiles oligocenos<sup>89</sup> en los estratos profundos de las venerables barrancas del Paraná.

Todo un día de labor ímproba, circunscripta forzosamente a un espacio reducido, con el constante peligro de quedar sepultados entre los frecuentes derrumbes que se producían al excavar, nos daban apenas una docena de piezas, en su mayor parte restos indeterminables de peces; y si alguna vez que otra aparecía un fragmento de mandíbula de mamífero, de real valor paleontológico, nuestra satisfacción no tenía límites: habíamos efectuado un hallazgo y eso era mucho. Júzguese con estos antecedentes la obra de Scalabrini, que alcanzó a coleccionar miles de piezas interesantes, entre las cuales pudo seleccionar Ameghino su material de estudio, y se podrá medir todo el entusiasmo y la tenacidad que durante años tuvo que derrochar para llevar adelante su obra altruística<sup>90</sup>.

Y efectivamente, Scalabrini fue un gran altruista y ese fue el rasgo fundamental de su personalidad. El espíritu de lucro era ajeno a él, pues habiendo podido muchas veces realizar ventajosamente [la venta de] sus colecciones, prefirió donarlas para fundar museos: el del Paraná primero, el de Corrientes después. Y en cuanto al aprovechamiento de su material científico por él mismo, jamás quiso hacerlo, y no porque no fuera capaz de ello, y no tuviera pleno conocimiento de la importancia y novedad de las piezas que recogía, sino porque conservó una misma actitud de consecuencia para con Ameghino, a quien no quiso cruzársele en el camino, sino que lo alentaba continuamente con los nuevos hallazgos en la prosecución de sus trabajos.

Recuerdo un día que revisábamos los nuevos materiales que debía incorporar

<sup>89</sup> Hoy sabemos que esos fósiles son miocenos.

<sup>90</sup> Scalabrini era un enamorado de las barrancas del Paraná. Posteriormente y acompañado por su hermano Ángel, hizo un viaje desde Corrientes al Paraná, en bote, con frecuentes bajadas a tierra, donde proseguía el viaje a pie escudrinándolas, tomando notas y coleccionando cuando la ocasión se presentaba.

Ameghino a su cuarta memoria sobre la fauna fósil del Paraná. Scalabrini me pasaba los ejemplares haciéndome notar sus características, diciéndome a cada paso “...esto es un género o una especie nueva”, y cuando terminó el examen, con su sonrisa bondadosa habitual, agregó: “cuántos se tentarían y correrían a tomar pluma y papel para ganar prioridad, que no tendría más resultado que el halago momentáneo de satisfacer una vanidad infantil que quizá causara más prejuicios que beneficios”.

*“Cuánto mejor es en cambio poder estimular a un luchador que tiene ya su orientación definida, y que al aportarle estos nuevos materiales, no sólo lo premiamos con la prioridad científica, sino que también le ampliamos la idea de conjunto que se ha formado”.*

*“Nunca debemos olvidar que la única manera de progresar es respetar la gran ley de la división del trabajo, ocupando cada uno su puesto si queremos realizar la obra común; porque la ciencia es obra de todos, de ella depende el progreso humano, pero para que ella dé sus frutos no hay que estorbarse”.*

*“Hay tanto que hacer y es tan vasto el campo que se abre a los investigadores que hay lugar para todos, trabajando con elevación de miras”.*

*“Créame, joven naturalista, me repetía con tono jovial, que nuestra tarea de vizcachas inteligentes, al pie de las barrancas, tiene tanta o más importancia que la descripción sistemática de las piezas”.*

*“Tomemos a pecho nuestra misión y tratemos de hacer todo lo posible antes que se pierda el yacimiento por cualquier causa, dada la movilidad del río o lo inseguro de las barrancas”.*

Y con estas ideas fundamentales, durante una larga temporada, se trabajó con ahínco, sin otra mira que el de aumentar las colecciones.

## El Museo del Paraná

La idea del Museo del Paraná fue lanzada por el profesor Scalabrini en su conferencia sobre la geología de las barrancas del Paraná, el 6 de diciembre de 1883 en la sección Entre Ríos del Instituto Geográfico Argentino. Recordando al final de ella que Urquiza había fundado un Museo en el Paraná que ya no existía, y que debía crearse uno nuevo, [para ello] ponía a disposición de la empresa, las colecciones que tenía formadas<sup>91</sup>.

En una rectificación hecha a la publicación de esa conferencia en hoja suelta,

<sup>91</sup> Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo V, página 19.

que fue transcripta por el Instituto Geográfico, el profesor Scalabrini hizo notar que directamente había ofrecido sus colecciones al gobierno de Entre Ríos, pues supo por intermedio del doctor Zeballos, que el general Racedo había manifestado su opinión favorable sobre la oportunidad y conveniencia de fundar un museo y abrir así una nueva era para la vida científica de la provincia.

Un hecho singular apresuró este acontecimiento. El doctor Desiderio Crespo había descubierto unos restos fósiles de Toxodonte en el arroyo Antoñico, próximo a la ciudad del Paraná. Comunicado el hallazgo al gobernador Racedo, éste dispuso presenciar su extracción, e invitando al profesor Scalabrini, se trasladó con su ministro, doctor Miguel Laurencena y una comitiva de personas, al lugar mencionado.

La excursión dio motivo para que Scalabrini publicara en *El Constitucional* del 7 de febrero de 1884, un bello artículo relatando el hecho, en que después de recordar la acción de estímulo que ejerció en los Estados Unidos el presidente Jefferson (buscador de fósiles) en los naturalistas norteamericanos, decía: *“Creo sinceramente que nuestra juventud como la norteamericana, ha de imitar también a su gobernador, que estimulando con su ejemplo y su palabra a los amigos de la naturaleza, prepara el terreno a los futuros naturalistas entrerrianos”*.

*“Es oportuna la publicación de estas líneas para que conozca más tarde el punto de partida del estudio serio de las ciencias naturales en nuestra provincia”*.

Días después, el 14 de febrero, el gobernador Racedo y su ministro Laurencena, firmaban el decreto fundando el museo.

El museo fue organizado de una manera definitiva en 1886, habiéndose incorporado a su personal el señor Toribio E. Ortiz y el que esto escribe, como jefes respectivamente de las secciones de paleontología y zoología.

En esa fecha, las colecciones sumaban 10.854 objetos, y el general Racedo aprovechó esta oportunidad para dedicar a esta institución, en su mensaje del 1° de mayo, las bellas frases que transcribo, y quedarán siempre como testimonio de uno de los mejores actos de gobierno.

Decía el mensaje:

*“Desde el principio de nuestra vida como nación soberana e independiente, las ciencias naturales han sido apreciadas en su justo valor teórico y práctico, despertándose mayor interés por su estudio, a medida que se han operado nuestros progresos”<sup>92</sup>*.

*“Laudable y provechoso es a la vez dicho celo, porque es una verdad admitida por*

<sup>92</sup> Seguramente recordaría al decir esto las figuras iniciadoras de Dámaso Antonio de Larrañaga, Aimé Bonpland y Francisco Javier Muñiz.

*los estadistas, porque el progreso de la agricultura, del comercio y de la educación, está íntimamente ligado con el progreso de las ciencias, no siendo posible el perfeccionamiento de un dado orden de cosas sin el conocimiento de las leyes que constituyen su modo de ser, su individualidad”.*

*“Profesando estos principios desde los primeros días de mi gobierno, pensé que había llegado la oportunidad de establecer un museo público, destinado a reunir y conservar los recuerdos de las tribus indígenas, las reliquias de nuestros grandes hombres, la fauna y la flora como los minerales del territorio argentino y sobre todo los fósiles que constituyen la prueba más acabada de las épocas geológicas por que ha pasado el suelo que nos pertenece, desde los Andes al océano, desde el Chaco al estrecho de Magallanes. Trataba de llevar a la práctica estas ideas cuando el señor Scalabrini con una generosidad digna de encomio, donó a la provincia su notable colección paleontológica, para que sirviera de base al Museo que se trataba de formar”.*

*“Con tan importante concurso quedó establecido el Museo por decreto de fecha 14 de enero de 1884, designándose como director al señor don Pedro Scalabrini, cuya eximia competencia es bien reconocida”.*

*“Debo hacer también mención como un acto de merecida justicia, del desprendimiento con que el joven y distinguido naturalista entrerriano Juan Bautista Ambrosetti regaló a la provincia para ser anexada al Museo, una importante colección zoológica de cuya sección fue nombrado jefe.”*

*“En la memoria del ministerio, en los informes del director como el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, pueden notarse los adelantos que este establecimiento público ha realizado en un período tan breve, pudiendo asegurar que ha prestado servicios de consideración a la ciencia de los seres extinguidos, llamando la atención de los sabios por su preciosa colección de fósiles terciarios de la provincia.”*

*“Por el siguiente cuadro del número de objetos que el Museo posee repartidos en sus diferentes secciones, podréis apreciar su actual importancia:*



SECCIONES	OBJETOS
mineralógica	1.500
botánica fósil	200
zoófitos fósiles y vivientes	150
insectos vivientes	4.000
crustáceos fósiles y vivientes	140
moluscos	1.500
peces	1.300
reptiles	508
aves vivientes	16
mamíferos fósiles y vivientes	1.100
antropología	300
numismática	130
teratología	10
<b>Total de objetos</b>	<b>10.854</b>

Con estas palabras el Museo estaba consagrado; pero aprovechando la oportunidad de una donación hecha por el general Racedo de un grupo de objetos, Scalabrini escribió una serie de artículos en los diarios de la localidad, bajo el título de *Cartas Científicas* que publicó desde marzo de 1886 hasta abril 1887<sup>93</sup>, manteniendo así el interés público hacia la nueva institución que necesitaba del favor de todos para prosperar.

Estas *Cartas Científicas* muy interesantes por cierto, tenían un fin didáctico; en ellas Scalabrini aprovechaba de la menor oportunidad para acumular datos y noticias sobre libros importantes, sobre publicaciones hechas en el país, generalmente poco conocidas, para describir piezas importantes, y aún para manifestar sus ideas filosóficas francamente positivistas, que profesó y enseñó toda su vida, sembrándolas profusamente por toda la República, por intermedio de sus muchos discípulos de la Escuela Normal del Paraná, donde enseñó por tantos años desde 1872<sup>94</sup>.

En el año 1888, el Museo que hasta entonces ocupaba algunas habitaciones de la casa particular de Scalabrini, generosamente cedidas al efecto, fue trasladado a un local propio, habiendo aumentado sus colecciones a 14.577

<sup>93</sup> Véase: *Cartas científicas al general don Eduardo Racedo*, páginas 12 y 13. Paraná, 1887.

<sup>94</sup> Terminadas de publicar, Scalabrini hizo una recopilación de todas ellas, anotándolas profusamente, resultando un libro de 207 páginas lleno de informaciones interesantísimas, hoy casi agotado, cuyo título completo es: *Museo de la provincia de Entre Ríos. Cartas científicas al general Eduardo Racedo por Pedro Scalabrini (director)*. Paraná. Tipografía y encuadernación La Velocidad 9, Corrientes, 9, 1887.

objetos como consta la última memoria que presentó con fecha 31 de diciembre del año anterior<sup>95</sup>.

Durante el año 1888 escribió un trabajo de 70 páginas, de carácter filosófico, titulado *Materialismo, Darwinismo, Positivismo, Diferencias y Semejanzas*.

En el primer párrafo, da la razón de este estudio: “*Me propongo (dice) escribir una serie de artículos sobre el tema que encabeza estas líneas con el triple objeto de apreciar su respectiva doctrina, así como sus diferencias y semejanzas, estableciendo posiciones para evitar confusiones tan frecuentes y tan perjudiciales, como lo pone de manifiesto la historia del pensamiento científico y filosófico.*”

En ese trabajo, Scalabrini condensa sus ideas sobre el positivismo, y expone sus teorías altruísticas con el calor y entusiasmo que le eran propios en las cátedras, y que tanto influyeron en las generaciones de alumnos que formó; pero hay que hacerlo constar, en honor suyo, jamás fue un dogmático ni un fanático. Por el contrario, fue un gran tolerante, y sabía remotarse bien alto para abarcar el conjunto de las cosas sin caer en las pequeñeces del sectarismo.

Leyendo esas páginas, se recibe la impresión de la superioridad de su autor, llena de elevación moral y suprema tolerancia, que unida a un gran altruismo, parecen haber sido característica de familia, pues se hallaban también en la obra de su hermano, el famoso obispo de Piacenza, monseñor Scalabrini, que tan honda huella ha dejado en el catolicismo moderno.

Con este trabajo, y con la instalación del Museo en casa propia, Scalabrini creyó terminada su obra, y renunció a la dirección.

“*Mi misión es otra, me repetía continuamente, soy un simple sembrador de ideas, ellas deben fructificar a su debido tiempo.*”<sup>96</sup>

A Scalabrini preocupaban muy seriamente los problemas educacionales, como antiguo profesor que había tomado siempre con entusiasmo su misión y no se concretaba simplemente al desempeño de su cátedra, sino que estudiaba a fondo todo el sistema de enseñanza, lo discutía, y exponía sus ideas con gran lucidez e íntimo convencimiento.

Fruto de sus meditaciones, fue su trabajo sobre el plan de estudios para las escuelas normales, que publicó en 1887, y reimprimió el año 1895, en *La Escuela Positiva* de Corrientes, bajo el título de *Observaciones didácticas*, en el que

<sup>95</sup> Para mejores datos sobre el Museo, véase el trabajo *El Museo de Entre Ríos, datos sobre su fundación y desarrollo*, en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XIV, página 131 y siguientes. 1893.

<sup>96</sup> El Museo ha llevado más tarde una vida anémica, pero sus colecciones se han salvado. Hoy parece que la provincia vuelve sobre sus pasos, y gracias a la buena voluntad de un grupo de antiguos discípulos de Scalabrini, renacerá por tercera vez a la vida autónoma. Deseamos vivamente que sea la definitiva, y que en sus salas, las nuevas generaciones puedan contemplar con veneración el semblante bondadoso de su entusiasta fundador.



asignaba a la enseñanza un carácter nacional<sup>97</sup> y dedicaba un día al estudio práctico y de las observaciones para las ciencias naturales afines<sup>98</sup>.

En cuarto año agregaba el estudio de la instrucción cívica que *“es de una importancia excepcional, porque su objeto, como su nombre lo indica, es formar ciudadanos que sepan respetar las leyes, que es menester conocer, y por tanto será muy útil enseñar las disposiciones principales de la Constitución Nacional, de las constituciones provinciales, del código civil, de comercio, de minería, y de las leyes más importantes que deben saber todos los que deseen merecer el nombre de buenos ciudadanos”*.

Scalabrini al expresar estas ideas demostraba que no sólo se había incorporado a nuestra nacionalidad, formando un respetable hogar argentino, sino que también había erigido en su corazón de hombre superior, un altar a la tierra que lo hospedaba y en lo cual ofrendaba con sinceridad las más bellas flores de su inteligencia.

Además Scalabrini, hacía tiempo que acariciaba un plan de enseñanza objetiva de la historia natural, por medio de los museos escolares, preparados especialmente, y en lo posible, con materiales argentinos.

Muchas veces me hizo confidente de sus ideas, y lo que hubo madurado su plan, y antes de llevarlo a la práctica creyó, en la incompatibilidad de su puesto de director del Museo, con la preparación de estos mostruarios, para los cuales no sólo eran necesarias colecciones, sino también libertad de acción y tiempo.

Este fue el secreto de su renuncia, que podríamos sintetizar en una extrema delicadeza personal, unida a un gran deseo de llevar a la práctica nuevas ideas, cuyo fin era el estimular el conocimiento y el estudio de la naturaleza, de la que siempre fue un gran apasionado.

Scalabrini, ya libre, se lanzó con ardor al trabajo, preparó algunas series y empezó su obra de propaganda, imprimiendo folletos y dando conferencias. Los siguientes párrafos darán cuenta de cómo encaraba su nueva enseñanza:

*“Transformar la enseñanza de la historia natural, generalmente abstracta y cosmopolita,*

<sup>97</sup> En el primer año suprimía el francés, porque, decía que *“antes de estudiar idiomas extranjeros (el alumno) debía estar en posesión del propio”*, y en otro párrafo continuaba: *“la enseñanza desde el principio debe ser nacional, y es por esto que se debe estudiar la geografía, la historia y el idioma nacional”*. En el cuarto año preconizaba el estudio de la literatura argentina, *“cuya importancia es bien visible, y su utilidad grande, si su estudio se hace bien, es decir, con criterio estético y crítico a la vez, con el objeto de apreciar el pasado literario, perfeccionar el presente y dar direcciones para lo futuro en armonía con las necesidades de la república”*. Como se ve, Scalabrini se adelantaba en veinte años a la actual obra de la Facultad de Filosofía y Letras, que ha incorporado en su plan de estudios la cátedra de literatura argentina, tan brillantemente desempeñada por Ricardo Rojas, en aquel entonces.

<sup>98</sup> En el plan de Scalabrini quedaba el jueves disponible *“en el que los alumnos de cada curso, dirigidos por el cuerpo docente, observaran la mineralogía, la botánica, la zoología, la meteorología, la agricultura, la industria del lugar en que esté situada la escuela”*. Más de una vez, y desde el año 1880, siempre que le fue posible, puso en práctica estas ideas, llevando a los alumnos a excursionar por los alrededores del Paraná, estimulándolos así en el estudio de la naturaleza.



*en concreta y nacional, perfeccionar el espíritu de observación por el examen de los objetos, y de meditación por composición escrita, estimular la afición por las exploraciones del territorio, a fin de descubrir nuevas riquezas naturales, aplicar el trabajo manual a la restauración, dibujo y molde de objetos interesantes o raros, vivificando el naciente espíritu artístico, científico o industrial de los jóvenes son, entre otros, los objetivos que he tenido en vista al formar este Museo”.*

*“El maestro, agregaba, no debe olvidar que su misión es dirigir y nunca reemplazar la observación, meditación y expresión oral y escrita de los alumnos, cuyo perfeccionamiento depende siempre de su propio trabajo manual, artístico, científico y aun filosófico”.*

*“Finalmente, en la enseñanza de la historia natural, base esencial y fundamental de la educación contemporánea, no se perderá la oportunidad de despertar en los alumnos sentimientos de admiración, respeto y sumisión hacia la naturaleza eterna en el tiempo, inmensa en el espacio, omnipotente por sus múltiples creaciones que relevan bondad, inteligencia, actividad, orden, progreso, unidad de plan y de ejecución, armonía y estabilidad en todo”.*

## **El Museo de Corrientes**

La progresista gobernación del ingeniero Valentín Visaroso llevó a Corrientes al distinguido educacionista doctor J. Alfredo Ferreira para ponerlo al frente del Consejo Superior de Educación.

Ferreira, entusiasta por las ciencias naturales, recordó a Scalabrini, a quien lo ligaba vieja y cordial amistad, y éste con su acostumbrado desprendimiento, donó sus nuevas colecciones a la provincia, y se trasladó a Corrientes con su familia, donde fundó un nuevo Museo que inauguró el 25 de diciembre de 1894. Poco después lo visitaba en 1895, y nunca olvidaré los gratos días que allí pasé con el viejo amigo.

Por entonces, en Corrientes se desarrollaba una gran obra de progreso de cuestiones de educación; por todas las partes se abrían escuelas con la cooperación de los vecindarios que rivalizaban entre sí en sostener instituciones, algunas de ellas de gran importancia, como las de Goya, Esquina, Loreto, Bella Vista, Curuzú-Cuatí y Mercedes.

En la capital se fundaba una escuela de artes y oficios, la revista *La escuela positiva*, se daban continuamente conferencias didácticas por los maestros, generalmente sobre materiales de historia natural o industria extractivas de la

provincia, y la prensa local llenaba a diario sus columnas con artículos, noticias y datos sobre ese inusitado movimiento educacional, que hacía ganar con creces el tiempo perdido de las luctuosas épocas pasadas; fundándose ese año veintidós nuevas escuelas rurales.

El alma de todo esto eran Ferreira y Scalabrini. Ambos se complementaban, los dos positivistas poseían el fuego sagrado del entusiasmo por el progreso y la educación, y cada cual dentro de su esfera de acción, alimentaba la hornalla estimulándose mutuamente.

El Museo que había sido fundado con los 5.725 objetos que donara Scalabrini, seis meses después contaba 8.859.

En su primer informe Scalabrini se expresaba así:

*“La organización actual del establecimiento responde a su triple objeto de escuela popular, exposición permanente y auxiliar didáctico”.*

*“En el día ya no se discute la utilidad teórica y práctica de esta institución, considerada indispensable, como lo es la iglesia, el hospital, la escuela, la biblioteca y el banco”.*

Las donaciones no se hicieron esperar, y en ese breve lapso de tiempo llegaron al Museo 2.474 objetos, remitidos por particulares, cuyos nombres aparecieron en los periódicos, estimulando así el interés por la nueva institución.

Establecido en un edificio bastante amplio, Scalabrini lo llenó de objetos de toda clase; a cada cosa le asignaba un puesto, pues todo tenía un valor educativo, y de acuerdo con su organización, se hizo contribuir a todas las escuelas de la provincia que enviaron más de mil objetos elaborados por los discípulos de los mismos<sup>99</sup>.

En esta iniciativa, el Museo de Corrientes se había adelantado también, por lo menos diez años, al Museo Escolar Sarmiento de nuestra capital.

Al año siguiente, el Museo había aumentado más de cuatro mil objetos, arrojando su inventario la cifra de 13.011 piezas, de las cuales 970 procedían de donaciones particulares.

Con su actividad característica, Scalabrini comenzó una nueva serie de cartas científicas, dirigidas al presidente del Consejo de Educación, doctor J. Alfredo Ferreira, que se publicaron en *La escuela positiva*, en cuyas páginas, además, hacía propaganda a favor de la cría de gusanos de seda, de la exportación del tabaco correntino, no descuidando tampoco la recopilación de vocabularios

<sup>99</sup> El doctor Ferreira, al clausurar el curso de conferencias al finalizar el año 1895, decía: *“La sección didáctica del Museo de la provincia dirigido por el naturalista don Pedro Scalabrini, está formada de centenares de objetos interesantes, de toda clase de material prima, construidos por centenares de alumnos de la provincia. Las escuelas todas, urbanas y rurales, y los vecindarios que los rodean, son a la hora de esta, un semillero de iniciativas, que engendran un gran movimiento”.* (La escuela positiva, pág. 481, t. I, en nota).



de los indios del Chaco, Vilelas, Chunupis y Matacos, que el que escribe la encargara para el doctor Lafone Quevedo, quien por entonces se ocupaba preferentemente del estudio de estos grupos lingüísticos.

Cuando Scalabrini, consecuente con su modo de ser, creyó terminada su misión en Corrientes, en vez de vegetar al frente del Museo provincial, al que ya había dado vida y direcciones, trasladó sus actividades en esta gran capital, donde contaba con muchos discípulos y amigos, y siguió la propaganda de sus museos escolares, y sobre todo de la orientación práctica que debía darse a la enseñanza de la historia natural en las escuelas en donde creía, y con razón, que en ellas debía iniciarse y estimularse el amor a las cosas de la naturaleza.

Su acción entre los maestros, y su participación en la reorganización del Museo Escolar Sarmiento, son muy conocidas; últimamente se ocupaba en éste último de la sección museos escolares<sup>100</sup>, sirviendo *ad horem*, desprendido a favor del mismo, de un gran material que últimamente había reunido.

Contribuyó a fundar la Asociación de Cultura Popular, anexa al Museo, y dio varias conferencias interesantes; fue durante años presidente de un consejo escolar, fundador de la Asociación Natural del Profesorado, a la que llevó varias iniciativas, y siempre trabajando y actuando activamente, vivió entre nosotros, hasta que la muerte lo sorprendió puede decirse en la brecha.

¿Qué queda de la actividad de este hombre tan singular?

No por cierto una voluminosa obra científica, que sus pensadas tareas docentes, sus excursiones y su obra de propaganda, le impidieron hacer, sin contar con los medios donde actuó desprovisto de elementos bibliográficos.

Quedan dos museos, grandes colecciones científicas<sup>101</sup>, y queda sobre todo una inmensa tarea educacional, que desde la Escuela Normal del Paraná irradió a toda la República. Tarea que tuvo por objeto formar pensadores, porque la características de su enseñanza fue principalmente la de enseñar a pensar y pensar bien; las discusiones que suscitaba en sus clases y la invariable respuesta que repetía a sus discípulos, cada vez que era interpelado sobre alguna cuestión, y que repetía a modo de estribillo: *piense, medite, forme su juicio y después vuelva a verme*, tendía a formar hombres de criterio propio independiente que pudieran aportar a la obra común acción y pensamiento útiles.

<sup>100</sup> Era el año de 1916, don Pedro acababa de fallecer estando ya en Buenos Aires y eso sucedió mientras desempeñaba activamente su función museológica.

<sup>101</sup> En ese entonces, quedaba en poder de la familia entre otras cosas una colección de más de 700 moluscos fósiles de las barrancas del Paraná, clasificados y catalogados por el profesor Scalabrini.

Positivista convencido jamás quiso imponer sus convicciones a nadie. De una gran tolerancia y de un altruísmo sereno, practicó con el ejemplo las ideas que sembraba.

De carácter bondadoso, jamás le oí una protesta ni una recriminación, de vida ejemplar, vivió siempre para su familia y para los demás, siempre pronto para prestar su ayuda desinteresada y entusiasta en cualquier obra noble, llegando a tener actos, en el haber de su vida, de la más alta abnegación, como cuando prestó sus servicios en esta capital en la epidemia de la fiebre amarilla en 1871, y en la del cólera de 1886, en el Paraná, en la que estábamos cerca de él lo acompañamos, imitando su ejemplo.

Sus discípulos de todo el país no lo olvidarán. En el corazón de cada uno de ellos quedará mientras vivan, grabado el recuerdo simpático de *don Pedro*, como cariñosamente le llamaban.

Los hombres de ciencia deben ver en él a uno de los más eficaces trabajadores de la primera obra, fundador de museos, propagandista de las ciencias naturales y eficaz colaborador de Ameghino, quien lo consagró como descubridor de la fauna de mamíferos terciarios del Paraná.

**Juan B. Ambrosetti**

Mayo de 1916

## BIBLIOGRAFÍA DE PEDRO SCALABRINI

- Scalabrini, P. 1875.** Concordancia del derecho público argentino con el derecho público norteamericano y recopilación de las constituciones provinciales vigentes en la República Argentina. Imprenta El Litoral, Paraná.
- Scalabrini, P. 1884.** Sobre algunos restos fósiles de las barrancas paranenses. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 5: 15-19.
- Scalabrini, P. 1886.** Museo Provincial de Entre Ríos (Cartas del Profesor Scalabrini). *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, 22 (2): 173-179. (Cartas escritas el 31 de agosto y el 12 de septiembre de 1886, al Gobernador de Entre Ríos, General E. Racedo).
- Scalabrini, P. 1886.** Museo Provincial del Paraná. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 22 (4): 224-230. (Carta al Gobernador de Entre Ríos, General Eduardo Racedo, la que previamente había sido publicada en *El Constitucional*, de Paraná).
- Scalabrini, P. 1887.** Cartas Científicas al General Eduardo Racedo. Imprenta la Velocidad, Paraná, pp. 1-207.
- Scalabrini, P. 1889.** Materialismo, darwinismo, positivismo. Diferencias y semejanzas. Museo de Entre Ríos, Tipografía y Encuadernación La Velocidad, Paraná.
- Scalabrini, P. 1890.** Apuntes de la cátedra de filosofía positiva. (Obra mencionada por Carlos Bassi (1936: 148)).
- Scalabrini, P. 1890.** Cartas científicas- sin datos de edición, disponible en el Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Antonio Serrano", Paraná, Entre Ríos.
- Scalabrini, P. 1894.** Museo escolar argentino. *El Monitor de la Educación Común*, 13 (243).
- Scalabrini, P. 1895.** Colecciones numismáticas. *La Escuela Positiva*, 1 (2): 80-81. Febrero de 1895. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1895.** Programa de filosofía positiva. II. *La Escuela Positiva*, 1 (8): 388-391. Septiembre de 1895. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1895.** Programa de filosofía positiva. III. *La Escuela Positiva*, 1 (9): 440-442. Octubre de 1895. Corrientes.

- Scalabrini, P. 1896a.** Vocabulario español-mataco. La Escuela Positiva, 2 (15): 765-767. Abril de 1896. Corrientes. (Se trata de una carta de abril de 1896, dirigida al director de la Sección Filología del Museo de La Plata, don Samuel Lafone Quevedo).
- Scalabrini, P. 1896b.** Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 2 (16): 816-818. Mayo de 1896. Corrientes. (Segundo informe anual desde marzo de 1895).
- Scalabrini, P. 1896c.** Conciliación relativa. La Escuela Positiva, 2 (17): 848-852. Junio de 1896. Corrientes. (Trata acerca de la conciliación entre teología, metafísica y positivismo).
- Scalabrini, P. 1896d.** Calendario positivista. Algunas observaciones. (Continuación). La Escuela Positiva, 2 (19): 952-955. Agosto de 1896. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1896e.** Nuevas cartas científicas. El Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 2 (19): 955-957. Agosto de 1866. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre las colecciones mineralógicas del Museo).
- Scalabrini, P. 1896f.** Nuevas cartas científicas. Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 2 (20): 999-1002. Septiembre de 1896. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, describe la sección geológica del Museo).
- Scalabrini, P. 1896g.** Nuevas cartas científicas. Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 2 (21): 1041-1044. Octubre de 1896. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre la sección paleontología del Museo).
- Scalabrini, P. 1896h.** Calendario positivista. Algunas observaciones. (Continuación). La Escuela Positiva, 2 (21): 1064-1066. Octubre de 1896. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1896i.** Nuevas cartas científicas. Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 2 (22): 1110-1112. Noviembre de 1896. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre las colecciones de botánica y zoología del Museo).
- Scalabrini, P. 1896j.** Calendario positivista. Algunas observaciones. (Continuación). La Escuela Positiva, 2 (23): 1152-1155. Diciembre de 1896. Corrientes. (Trata acerca de la religión)
- Scalabrini, P. 1897a.** Nuevas cartas científicas. X. El Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 2 (24): 1196-1198. Enero de 1897. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, alude a colecciones paleontológicas).
- Scalabrini, P. 1897b.** Nuevas cartas científicas. VII. Museo de Corrientes. La

- Escuela Positiva, 3 (25): 1254-1275. Febrero de 1987. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre mamíferos fósiles del Museo).
- Scalabrini, P. 1897c.** Calendario positivista. Algunas observaciones. La Escuela Positiva, 3 (25): 1284-1287. Febrero de 1987. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1897d.** Nuevas cartas científicas. VIII. Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 3 (26): 1313-1316. Marzo de 1987. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, se ocupa de fósiles de la colección del Museo).
- Scalabrini, P. 1897e.** Nuevas cartas científicas. Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 3 (27): 1363-1366. Abril de 1987. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre colecciones invertebrados fósiles).
- Scalabrini, P. 1897f.** Nuevas cartas científicas. X. El Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 3 (28): 1431-1434. Mayo de 1987. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre crustáceos fósiles).
- Scalabrini, P. 1897g.** Nuevas cartas científicas. XI. El Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 3 (29): 1466-1469. Junio de 1987. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre fósiles y zoófitos, la 3° sección del Museo).
- Scalabrini, P. 1897h.** Nuevas cartas científicas. El Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 3 (30): 1511-1514. Julio de 1897. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre la sección numismática del Museo).
- Scalabrini, P. 1897i.** Calendario positivista. Algunas observaciones. (Conclusión). La Escuela Positiva, 3 (30): 1517-1520. Julio de 1897. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1897j.** Nuevas cartas científicas. XIII. Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 3 (31): 1569-1572. Agosto de 1897. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre la colección filatélica del Museo).
- Scalabrini, P. 1897k.** Dominio científico. Materialismo, darwinismo y positivismo. La Escuela Positiva, 3 (33): 1687-1691. Octubre de 1897. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1897l.** Filosofía infantil. La Escuela Positiva, 3 (33): 1698. Octubre de 1897. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1897m.** Los cuatro pensadores más eminentes de la especie humana. La Escuela Positiva, 3 (33): 1700. Octubre de 1897. Corrientes. (Resumen de una conferencia didáctica dictada el 30 de septiembre de 1897).
- Scalabrini, P. 1897n.** Osteología comparada. XIV. El Museo de Corrientes. La Escuela Positiva, 3 (34): 1734-1737. Noviembre de 1897. Corrientes.



- (Carta a J. Alfredo Ferreira en la que trata acerca de las colecciones osteológicas del Museo. Nótese que la carta lleva una numeración que corresponde a la serie: Nuevas cartas científicas).
- Scalabrini, P. 1870.** Nuevas cartas científicas. XV. Museo de Corrientes. *La Escuela Positiva*, 3 (35): 1775-1778. Diciembre de 1897. Corrientes. (Dirigida a J. A. Ferreira, sobre el Museo Histórico).
- Scalabrini, P. 1899.** El primer opúsculo de Augusto Comte. *La Escuela Positiva*, 4 (10): 479-482. Febrero de 1899. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1899.** Materialismo, Darwinismo, Positivismo. Diferencias y semejanzas, Museo de Entre Ríos, tipografiado y encuadernado por «La velocidad», reeditado en 1967 en el Anuario de Historia del Pensamiento Argentino de Cuyo, T. iii, preparada y anotada por Arturo Andrés Roig.
- Scalabrini, P. (traductor). 1899.** Augusto Comte, conservador, por León Kuhn. *La Escuela Positiva*, 5 (2): 74-77. Junio de 1899. Corrientes. (León Kuhn, autor del artículo traducido, es uno de los ejecutores testamentarios de Augusto Comte).
- Scalabrini, P. 1899.** El progreso social. *La Escuela Positiva*, 5 (6): 268-269. Octubre de 1899. Corrientes.
- Scalabrini, P. 1900.** Demostración filológica de los conocimientos de los indios (Resumen). En: Lafone Quevedo, S. y F.F. Outes. Primera Reunión del Congreso Científico Latino Americano, vol. V: 13-16. Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Scalabrini, P. 1909.** Los fósiles (Recuerdos íntimos). *Ciencia e Industrias*, 25. Buenos Aires.
- Scalabrini, P. 1910.** Museo Escolar Argentino. Cuarenta y dos años de trabajo (1868-1910). Talleres Gráficos de Rodríguez Giles, Buenos Aires.
- Scalabrini, P. 1977.** Materialismo, darwinismo, positivismo, diferencias y semejanzas. (2° edición). Cuyo, III, Mendoza, pp. 171-236. Reedición preparada y anotada por Arturo A. Roig).

## BIBLIOGRAFÍA

- Abad de santillán, D. 1961.** Gran enciclopedia argentina. Todo lo argentino ordenado alfabéticamente...Tomo VII (R-S), Ediciones Ediar, Buenos Aires, pp. 1-637. (Ver p. 496).
- Abagnano, N. 1996.** Diccionario de filosofía. Decimotercera reimpresión. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-1206.
- Aceñolaza, F.G. 1976.** Consideraciones bioestratigráficas sobre el terciario marino de Paraná y alrededores. Acta Geológica Lilloana, San Miguel de Tucumán, 13 (2): 91-107.
- Aceñolaza, F. 1976.** Prólogo. Pp. v-xii, en Augusto Bravard: Monografía de los terrenos marnos terciarios de las cercanías del Paraná. Edición facsimilar de la de la Imprenta del Registro Oficial de Paraná, de 1858. Buenos Aires, pp. 1-107.
- Aceñolaza, F. 2000.** La formación Paraná. INSUGEO, Serie Correlación Geológica, 14. San Miguel de Tucumán.
- Aceñolaza, F. (Coord.). 2008.** Temas de la biodiversidad del Litoral Fluvial Argentino. III. INSUGEO, CONICET, e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, pp. 1-264.
- Ambroggi, A. (Ed.). 1999.** Filosofía de la Ciencia: El giro naturalista. Universitat de les Illes Balears, Palma, pp. 1-376.
- Ambrosetti, J.B. 1890.** Observaciones sobre los Reptiles fósiles Oligocenos de los terrenos Terciarios antiguos del Paraná. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, 10: 409, passim (En separatum, pp. 1-20).
- Ambrosetti, J.B. 1893.** El Museo de Entre Ríos; datos sobre su funcionamiento y desarrollo. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, 14: 242-265, ilustrado, lámina IV.
- Ambrosetti, J.B. 1916.** Prof. Pedro Scalabrini (1849-1916): fundador y director de los museos provinciales de Entre Ríos y Corrientes. Anales del Museo Nacional de Historia Natural, 28: 227-240.
- Ameghino, F. 1935.** Obras completas. Tomo XX [pp. 251-253, 256-257, 263-264, 267, 276-277, 299-300, 307, 324].
- Ameghino, F. 1883.** Sobre una colección de mamíferos fósiles del piso mesopotámico de la formación patagónica, recogidos en las barrancas

- del Paraná, por el profesor Pedro Scalabrini. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, 5.
- Ameghino, F. 1883.** Sobre una nueva colección de mamíferos fósiles recogidos por el profesor Scalabrini en las barrancas del Paraná. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, 5.
- Ameghino, F. 1884.** Filogenia. Buenos Aires.
- Ameghino, F. 1885.** Nuevos restos de mamíferos fósiles oligocenos recogidos por el profesor Pedro Scalabrini y pertenecientes al Museo Provincial de la Ciudad de Paraná. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba, 8. Buenos Aires.
- Ameghino, F. 1906.** Mi credo. Talleres Gráficos L.J. Rosso, Buenos Aires.
- Ameghino, F.** [correspondencia, el volumen con las cartas de y a R. Scalabrini], pp. 543-545, 599, 600, 602.
- Ameghino, F. 1921.** Antecedentes históricos sobre el estudio de las barrancas de Paraná. Homenaje de la Asociación Estudiantil Museo Popular a la Escuela Normal de Paraná en su Cincuentenario, 1871-16 de agosto-1921, Museo Popular, Paraná, pp. 1-16.
- Anónimo. 1887.** Cartas Científicas por Pedro Scalabrini. Figaro, Buenos Aires, 27 de diciembre de 1887.
- Anónimo. 1916.** Prof. Pedro Scalabrini. Physis, Buenos Aires, 2 (11): 304-306.
- Antonietta de Gabardini, M. 1995.** La escuela positiva. Corrientes 1895-1899. Introducción e índices. Ediciones Culturales y Educativas del Chaco, Resistencia.
- Antonietta de Gabardini, M. 1995.** Introducción e índices. Revista "La Escuela Positiva" (Corrientes, 1895-1899). Secretaría General de Ciencia y Técnica, UNNE, Ediciones Gómez Lestani, Resistencia, pp. 1-161.
- Arce, F.A. y F.M. Ibáñez. 1966.** El centenario de Juan B. Ambrosetti. Editorial Nueva Impresora, Paraná, pp. 1-40.
- Auza, N.T. 1973.** El Museo Nacional de la Confederación. Investigaciones y Ensayos, 15: 181-206. Buenos Aires.
- Babini, J. 1986.** Historia de la ciencia en la Argentina. Con estudio preliminar de Marcelo Montserrat. Ediciones Solar, Buenos Aires, pp. 1-273.
- Badano, V.M. 1947.** Museo de Entre Ríos. Su origen y desarrollo (1917-1947). Memorias del Museo de Entre Ríos, (27): 1-95.
- Banchs, E. 1916.** Don Pedro Scalabrini. El Monitor de Educación Común, Buenos Aires, junio de 1916.

- Bassi, A.C. 1905.** La escuela experimental de Esquina. Observaciones pedagógicas. Primera parte. Segunda edición aumentada. Talleres Gráficos Sessé y Larrañaga, La Plata, pp. 1-527. [pp. 35, 149, 217, 286, 381].
- Bassi, A.C. 1936.** Ciencia histórica y filosofía de la historia. Espíritu y método de su enseñanza. Talleres Gráficos L. J. Rosso, Buenos Aires, pp. 1-615.
- Bassi, A.C. 1943.** J. A. Ferreira. El pensamiento y la acción del gran educador y el filósofo. Editorial Claridad, Buenos Aires, pp. 1-336.
- Bassi, A.C. 1946.** Religión de la Humanidad. Temas Elegidos, 6, Tomo 11, 4: 241-245. Buenos Aires.
- Besio Moreno, N. 1940.** Los congresos científicos americanos y el cincuentenario de la Unión Panamericana. Anales de la Sociedad Científica Argentina, 130 (2). Buenos Aires.
- Biagini, H.E. 1980.** Cómo fue la generación del 80. Colección Esquemas Históricas, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-191.
- Biagini, H.E. 1985.** Acerca del carácter nacional. Pp. 21-37, en: BIAGINI, H.E. (coordinador): El movimiento positivista argentino. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, pp. 1-590.
- Bordas, A.F. y N.V. Cattoi. 1946.** Archivos del suelo argentino. Tipografía ISA, Buenos Aires, pp. 1-171.
- Bosch, B. 1955.** La Escuela Normal de Paraná y los orígenes de una Pedagogía Argentina. Cursos y Conferencias, Año XXIV, volumen XLVII, N° 270, pp. 330-343. Buenos Aires.
- Bosch, B. 1978.** Historia de Entre Ríos, 1520-1969. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-334.
- Bowler, P. 2003.** Evolution: The history of an Idea. University of California Press, Berkeley.
- Brandoni, D. 2008.** Nuevos materiales de Ortotheriinae (Xenarthra, Tardigrada, Megalonychidae) procedentes del Mesopotamiense (Mioceno Tardío) de Entre Ríos. Pp. 11-20, en: ACEÑOLAZA, F. (Coord.): Temas de la biodiversidad del Litoral Fluvial Argentino. III. INSUGEO, CONICET, e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, pp. 1-264.
- Bravard, A. 1995.** Monografía de los terrenos marinos terciarios de las cercanías del Paraná. Edición facsimilar de la de la Imprenta del Registro Oficial de Paraná, de 1858. Con prólogo de Florencio Aceñolaza, Buenos Aires, 107 págs.

- Bucich Escobar, I. 1932.** Infortunios del pasado. Talleres Gráficos Ferrari Hermanos, Buenos Aires, pp. 1-229.
- Bunge, C.O. 1927.** Estudios pedagógicos. Espasa Calpe S. A., Madrid, pp. 1-349.
- Cabrera, A. 1944.** El pensamiento vivo de Ameghino. Editorial Losada, Buenos Aires, pp. 1-193.
- Cáceres Freyre, J. 1961.** Juan B. Ambrosetti. Contribución a su biobibliografía. Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Buenos Aires, 2: 9-29.
- Camacho, H.H. 1971.** Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires. Estudio Histórico. Colección Temas de Eudeba, Eudeba, Buenos Aires, pp. 1-50.
- Cárdenas, E.J. y C.M. Payá. 1997.** La Argentina de los hermanos Bunge. Un retrato íntimo de la elite porteña del 1900. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-382.
- Carli, S. 1993.** Modernidad, diversidad cultural y democracia en la historia educativa entrerriana (1883-1930). Pp. 185-237, en Adriana Puiggrós (directora): La educación en las provincias y territorios nacionales (1885-1945). Editorial Galerna, Buenos Aires.
- Carli, S. 2002.** Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Castellanos, A. 1960.** Entre Ríos en la paleontología argentina. Museo de Entre Ríos: Ciencias Naturales y Antropología, Paraná, pp. 1-31.
- Castello, A.E. 1984.** Historia de Corrientes. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-639.
- Chavarría, J.M. 1947.** La Escuela Normal y la cultura argentina. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires, pp. 1-560.
- Codino, H.C. 1959.** La Argentina de fines de siglo vista por un viajero italiano. Revista de la Universidad de la Plata, (8): 144-147.
- Coleman, L.V. 1929.** Directory of Museums of South America. The American Association of Museums, Washington.
- Comas, J. 1978.** La Antropología italiana a través del Istituto Italiano di Antropología (Società Romana di Antropologia). Síntesis histórica y bibliográfica analítica. Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 1-137.

- Contreras, J.R. 2003.** En el centenario de una obra valiosa en la historia de la ciencia paraguaya: Arnaldo de Winkelried Bertoni y su "Aves nuevas del Paraguay" (1901). *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay*, 8 (14): 79-103.
- Contreras Roqué, J.R. 2009.** Guido Boggiani [1861-1901]. Entre la memoria y el olvido. Colección AZARA N° 1, Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Paraguay-Fundación de Historia Natural Félix de Azara, pp. 1-410.
- Cordiviola de Yuan, E. y C. Pignalberi. 1981.** Fish populations in the Paraná River. 2. Santa Fe and Corrientes areas. *Hydrobiología*, The Hague, 77: 261-272.
- Cosmelli Ibáñez, J.L. 1975.** Historia cultural de los argentinos. Tomo II. Desde 1852 hasta la actualidad. Arte-Letras-Ciencias. Editorial Troquel, Buenos Aires, pp. 1-706.
- Cutolo, V.O. 1968.** Nuevo diccionario biográfico argentino. Editorial Elche, 7 SC-Z.
- Cuvillier, A. 1939.** Prudhon. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-380.
- De Alba, E. 1953.** Geología del Alto Paraná, en relación con los trabajos de derrocamiento entre Ituzaingó y Posadas. *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, 7 (3): 129-161.
- Deniri, J.E., C.E. Fernández y J.A. Romero. 2004.** La escuela en Corrientes. Historia Institucional de los orígenes de nuestra educación, 1588-1913. Moglia Ediciones, Corrientes, pp. 1-146.
- D'Orbigny, A. 1958.** Viaje a la América Meridional. Pp. 19-920, en: *Viajes por América del Sur*. Edición con estudio y notas de los textos de d'Orbigny, Wiener y La Condamine. Bibliotheca Indiana, Aguilar, Madrid.
- Espadas Burgos, M. 2001.** Viva V. E. R. D. I. La Aventura de la Historia, 3 (34), agosto 2001, pp. 48-62. Madrid.
- Farré, L. 1958.** Cincuenta años de filosofía argentina. Ediciones Peuser, Buenos Aires, pp. 1-366.
- Fernández, A.M. 2000.** La filosofía de Alfredo Ferreira. La superación del positivismo. *Anales de la Junta de Historia de la Provincia de Corrientes*, 2: 163-172. Corrientes.
- Fernández Robert, A. 2003.** La educación en ciencias naturales en Corrientes durante las décadas de 1900 a 1930. Uso de fuentes a partir de testimonios procedentes de la ex Escuela Normal de Maestras Dr. Juan Pujol. Tercer Congreso de Historia de la Provincia de Corrientes. La Educación en

- Corrientes “Cuatro siglos de Historia”, Moglia Ediciones, Corrientes, pp. 109-118.
- Ferreira, J.A. 1916.** Una ética química. *El Monitor de la Educación Común*, 34 (57) 522: 280-284.
- Ferrer Benimeli, J.A. 2000.** La masonería. Colección Historia y Geografía, MT042, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-253.
- Figueroa, S. 1934.** Escuela Normal de Paraná, 1871, 1895. Redas Impresiones, Paraná.
- Floria, C. 1980.** El clima ideológico de la querrela escolar. Pp. 851-869, en: FERRARI, G. y E. GALLO (Comps.): *La Argentina del ochenta al centenario*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Forgione, J.D. 1949.** Antología pedagógica argentina. Noticias biobibliográficas y páginas escogidas de maestros y educadores de nuestro país. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires, pp. 1-548.
- Frenguelli, J. 1920.** Contribución al conocimiento de la geología de Entre Ríos. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba*, 24: 55-256.
- Gabardini, M.A. de. 1987.** Noticias sobre temas y autores de historia y geografía en la revista *La Escuela Positiva*. Actas del Octavo Encuentro de Geohistoria Regional, Resistencia, pp. 23-39.
- Gabardini, M.A. de. 1995.** Revista “La Escuela Positiva” (Corrientes, 1895-1899). Introducción e Índices. Ediciones Culturales y Educativas del Chaco, Resistencia, pp. 1-161.
- Galasso, N. 1970.** Vida de Scalabrini Ortiz. Editorial Mar Dulce, Buenos Aires, pp. 1-574.
- Galasso, N. 1982.** Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa. Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, pp. 1-124.
- Galasso, N. 2008.** Vida de Scalabrini Ortiz. Editorial Colihue. Buenos Aires.
- Galletti, A. 1985.** Ideas políticas y sociales. Pp. 100-118, en: Hugo Biagini (coordinador): *El movimiento positivista argentino*. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, pp. 1-590.
- García, S.V. 2007.** Museos escolares, colecciones y la enseñanza elemental de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, Rio de Janeiro, v.14, n.1, p.173-196.
- Gianello, L., F.L. Romay y R.J. Piccirilli. 1954.** Diccionario biográfico argentino. Ediciones Históricas Argentinas, Buenos Aires [pp. 436-439].

- Giménez, J. 1906.** Paraná, capital de la Confederación. Paraná. Rafael y salvador Florenza.
- Godoy, M.E. 2010.** Mister Hayward: el inglés de las mariposas. Pp. 155-165, en: Actas del Iº Congreso sobre la Historia de Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 18 y 19 de marzo de 2010.
- Gómez, H.F. 1931.** Los últimos setenta años de democracia y gobierno en la provincia de Corrientes, 1870-1930. Talleres Gráficos de L. J. Rosso, Buenos Aires, pp. 1-357.
- Gómez, H.F. 1944.** La ciudad de Corrientes. Turismo. Economía. Información. Historia. Geografía. Editorial Corrientes, Buenos Aires, pp. 1-206.
- Gould, B. 1884.** Anales de la Oficina Meteorológica Argentina. Volumen 4.
- Halperín Donghi, T. 2013.** Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX. Ediciones Emecé, Grupo Editorial Planeta, Buenos Aires, pp. 1-581.
- Hayward, K. 1940.** Enumeración sistemática de los Lepidoptera de Entre Ríos. Memorias del Museo de Entre Ríos, Zoología, Paraná.
- Heard, G. 1945.** Dolor, sexo y tiempo (Nuevo aspecto de la evolución y futuro del hombre). Precedido por Dolor sexo y tiempo, visto por Aldous Huxley. Editorial Santiago Rueda, Buenos Aires, pp. 1-349.
- Heer, F. 1980.** Europa, madre de revoluciones. Alianza Universidad, AU263 y 64, Alianza Editorial, Madrid, vol. 1, pp. 1-575; vol. 2, pp. 576-598.
- Henig, R.M. 2001.** El monje y el huerto. La vida y el genio. Editorial Debate.
- Herbst, R. 2000.** La Formación Ituzaingó (Plioceno). Estratigrafía y distribución. INSUGEO, Serie Correlación Geológica, San Miguel de Tucumán, Vol. 14, pp. 181-190.
- Hicken, C.M. 1923.** Evolución de la ciencia en la República Argentina, VII. Los estudios botánicos. Cincuentenario de la Sociedad Científica Argentina, Imprenta y Casa Editora Coni, Buenos Aires, pp. 1-167. [pág. 142].
- Holmberg, E.L. 1887.** Viaje a Misiones. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, 10: 377-517, Buenos Aires.
- Klimovsky, G. 1966.** La ciencia en la Argentina. Davar, (111): 59-68. Buenos Aires.
- Korn, A. 1940.** Influencias filosóficas en la evolución nacional. Pp. 11-293, en: Alejandro Korn: Obras completas. Volumen Tercero. Universidad Nacional de La Plata, Publicaciones oficiales, La Plata, pp. 1-375.
- Korn, A. 1963.** Estudios de filosofía contemporánea. Con semblanza del autor por Francisco Romero. Editorial Claridad, Buenos Aires, pp. 1-223.



- Lappas, A. 1966.** La masonería argentina a través de sus hombres. Segunda edición. Edición del Autor en Talleres Gráficos Belgrano, Buenos Aires, pp. 1-408.
- Lappas, A. 1971.** La logia Constante Unión de la ciudad de Corrientes. Revista de la Junta de Historia de Corrientes, 5-6: 47-98. Corrientes.
- Leiva, A.D. 1980.** El Profesor Scalabrini y la "Concordancia del Derecho Público y Privado". Revista del Instituto de Historia del Derecho, 8: 155-163. Buenos Aires.
- Leocata, F. 1992.** Las ideas filosóficas en Argentina. Desde los orígenes hasta 1910. Etapas históricas I. Centro Salesiano de Estudios. Buenos Aires.
- Leocata, F. 2004.** Los caminos de la filosofía en la Argentina. Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Lértora Mendoza, C.A. 1983.** El positivismo pedagógico y la legislación escolar argentina. Cuyo, Anuario de Historia del Pensamiento Argentino, 18: 107-118.
- Manganiello, E. 1981.** Historia de la educación argentina. Periodización generacional. Librería del Colegio, Buenos Aires, pp. 1-223.
- Marañón, G.** El Conde-duque de Olivares.
- Márquez Miranda, F. 1951.** Ameghino. Una vida heroica. Colección Los Hombres Representativos. Editorial Nova, Buenos Aires, pp. 1-327.
- Martín-Albo, M. 2003.** La masonería. Una hermandad de carácter secreto. Editorial Libsa, Madrid, pp. 1-440.
- Martín Buezas, F.** La teología de Sanz del Río y del Krausismo español. Biblioteca Hispánica de Filosofía, 90, Editorial Gredos, Madrid, pp. 1-378.
- Mercante, V. 1917.** El educacionista Pedro Scalabrini. Revista de Filosofía, 3 (1): 72-87. Buenos Aires.
- Mercante, V. 1922.** Scalabrini y el comtismo. Revista de Filosofía, 8 (6): 378-382. Buenos Aires.
- Mercante, V. 1927.** Maestros y educadores. Tomo 2: 73-104. Buenos Aires.
- Mercante, V.<sup>102</sup>. 1961.** Los estudiantes. Colección El Pasado Argentino, Editorial Hachette, Buenos Aires, pp. 1-215.
- Monner Sans, J.M. 1970.** El problema de las generaciones. Colección Grandes Ensayistas, Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-263.
- Molfino, J.F. 1955.** El botánico Carlos Spegazzini. Importancia científica de

102 Publicado originalmente con el seudónimo de F. Scanavacchia.

- su obra filosófica. *Revista Farmacéutica*, XCVIII, Tomo 97, N° 11-12, pp. 202-211.
- Montoya, C.O.de. 1940.** El siglo XIX y la pedagogía positivista. *Revista del Círculo de Profesores Diplomados de Enseñanza Secundaria*, 2, mayo de 1940. Paraná.
- Montserrat, M. 1972.** La recepción del darwinismo en la Argentina. La etapa positivista. *Criterio*, Buenos Aires, 85 (1656): 562-566.
- Montserrat, M. 1980.** La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso. Pp. 785-818, en: FERRARI, G. y E. GALLO (Comps.): *La Argentina del ochenta al centenario*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Montserrat, M. 1983.** La influencia italiana en la actividad científica argentina del siglo XIX, en: *Los italianos en la Argentina* [Pp. 118-119].
- Montserrat, M. 1985.** La presencia del evolucionismo. Pp. 210-222, en: BIAGINI, H. (coord.): *El movimiento positivista argentino*. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, pp. 1-590.
- Montserrat, M. 1986.** La presencia evolucionista en el positivismo argentino. *Quipu*, México, 3 (1): 91-101. Enero-abril de 1983.
- Montserrat, M. 1993.** Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX. *Los fundamentos de la ciencia del hombre*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 1-136. (Ver pp. 77-79).
- Neumann de Rey, M. 1987.** Recorriendo Museos. El legado que nos dejó Bonpland. *Época Dominical*, Corrientes, 15 de noviembre de 1987.
- Northcutt, W. 2003.** Más premios Darwin, Las mejores muestras de la inagotable estupidez humana. Ediciones RBA, Barcelona, pp. 1-234.
- Northcutt, W. 2002.** Los premios Darwin. Ediciones RBA, Barcelona, pp. 1-271.
- Ortiz de Montoya, CO. De. 1940.** El siglo XIX y la pedagogía positivista. *Revista del Círculo de Profesores Diplomados en Enseñanza Secundaria*, 2, mayo de 1940. Paraná.
- Ortiz de Montoya, C. 1952.** José María Torres y la edad de oro de la Escuela Normal. Universidad, Santa Fe.
- Ortiz de Montoya, C. 1965.** Leopoldo Herrera, maestro ejemplar. Universidad, Santa Fe, Tomo 63, pp. 9-31.
- Palcos, A. 1940.** Esteban Echeverría: Dogma socialista. Edición crítica y documentada. Prólogo de... Biblioteca de Autores Nacionales y Extranjeros referente a la República Argentina. Volumen II. Universidad Nacional de la Plata, La Plata, pp. 1-596.

- Perelstein, B. 1953.** Positivismo y antipositivismo en la Argentina. Ediciones Procyon, Buenos Aires, pp. 1-181.
- Petriella, D. y S.S. Miatello. 1976.** Diccionario Biográfico Italo-Argentino. Asociación Dante Alighieri de Buenos Aires.
- Piccirilli, R., F.L. Romay y L. Gianello (dir.). 1954.** Diccionario histórico argentino. Tomo 6. Ediciones Históricas Argentinas. Buenos Aires.
- Picotti C. y V. Dina. 1985.** La cuestión religiosa. Pp. 223-240, en: BIAGINI, H. (coordinador): El movimiento positivista argentino. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, pp. 1-590.
- Pinder, W. 1946.** El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa. Biblioteca Sociológica, Editorial Losada, Buenos Aires, pp. 1-257.
- Puiggrós, A. 1990.** Historia de la educación en la Argentina. Sujetos, disciplina y currículum en los orígenes del sistema educativo argentino. Editorial Galerna, Buenos Aires, pp. 1-372.
- Reale, G. y D. Antiseri. 1995.** Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo III. Del romanticismo hasta hoy. Editorial Herder, Barcelona, pp. 1-1015.
- Reig, O.A. 1956.** Sobre la posición sistemática de *Zygolestes paranensis* Amegh. y de *Zygolestes entrerrianus* Ameghino, con una reconsideración de la edad y correlación del "Mesopotamiense". *Holmbergia*, 5 (12-13): 209-226.
- Reig, O.A. 1957.** Sobre la posición sistemática de *Zygolestes paranensis* Amegh. y de *Zygolestes entrerrianus* Amegh., con una reconsideración sobre la edad y la correlación del Mesopotamiense. *Holmbergia*, 5: 209-226.
- Reig, O.A. 1961.** La paleontología de vertebrados en la Argentina. Retrospección y prospectiva. *Holmbergia*, 6 (17): 67-127.
- Ridley, J. 2002.** Los masones, la sociedad secreta más poderosa de la tierra. Javier Vergara Editor, Buenos Aires, pp. 1-397.
- Rodríguez Bustamante, N. 1957.** Las ideas pedagógicas de la generación del 80. *Revista de Historia*, 1. Buenos Aires.
- Roig, A.A. 1959.** Los krausistas argentinos. México: Cajica.
- Roig, A.A. 1966.** Pedro Scalabrini, un inspirador del postivismo en nuestro país. *Los Andes*, Mendoza, 10 de julio de 1966.
- Roig, A.A. 1967.** Pedro Scalabrini: Materialismo, darwinismo, positivismo, diferencias y semejanzas. *Cuyo*, Anuario de Historias del Pensamiento Argentino, 3: 171-236. Mendoza.

- Roig, A.A. 1968.** La filosofía de las luces en la ciudad agrícola, Mendoza [pág. 155].
- Roig, A.A. 1969.** Pedro Scalabrini, introductor de la filosofía de Comte en la Argentina. *Inter-American Review of Bibliography*, Washington, 19 (5): 3-20. Enero-marzo de 1969. Idem, en *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, 1969, 19 (1): 3-15, marzo de 1969.
- Roig, A.A. 1985.** Los krausistas argentinos. Colección Biblioteca Universal, Editorial José María Cajica, Puebla, México, pp. 1-510 (Ver. Pp. 247-256; 377-387).
- Rojas, R. 1957.** Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Tomo VII. Los modernos. I. Editorial Guillermo Kraft Ltda., Buenos Aires, pp. 1-174.
- Román, M.S., L. Petrucci, M. Bechara, M.L. de Biaggi, S.M. Beghetto, M. de los A. Rodríguez y R. Mayorá. 2016.** Discursos de viajeros europeos y cultura escrita en la Argentina (1810-1910). *Revista Ciencia, Docencia y Tecnología*, 27 (53).
- Romero, F. 1949.** El positivismo y su influencia. *Cursos y Conferencias*, 18 (35), 205-206-207: 31-35.
- Romero, F. 1953.** Sobre la filosofía en América. Problemas de la cultura en América. Editorial Raigal, Buenos Aires, pp. 1-135.
- Romero, J.L. 1983.** El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX. Ediciones Solar, Buenos Aires, pp. 1-231.
- Romero, J.L. 1998.** El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XIX. A-Z Editora, Buenos Aires, pp. 1-249. [p.28].
- Ruiz Moreno, L. 1949.** Fiebre amarilla en Corrientes y en Buenos Aires (1870-1871), Buenos Aires, pp. 1- 402 [Pp. 301-302].
- Salvadores, A. 1966.** Historia de la instrucción pública en Entre Ríos: antecedentes: la instrucción primaria hasta la creación del Consejo General de Educación, orígenes de la enseñanza superior, nacional y normal. Museo Histórico de Entre Ríos Martiniano Leguizamón [p. 164].
- Santomauro, H.N. 1981.** Los positivistas argentinos. *Todo es Historia*, 31 (173): 8-18.
- Sarlo, B. 1998.** La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas. Ariel, Grupo Editorial Planeta, Buenos Aires, pp. 1-295.
- Scalabrini, A. 1894.** Sul Río della Plata. Impressioni e noti di viaggio. Tipografía Editrice F. Ostinelli di C. A., Como, Italia, pp. 1-467.

- Scanavacchia, F. [seudónimo de V. Mercante]. 1962.** Los estudiantes. Estudio preliminar de Amaro Villanueva. Colección El Pasado Argentino, Hachette, Buenos Aires.
- Scenna, M.A. 1974.** Cuando murió Buenos Aires. 1871. Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, pp. 1-503.
- Sergi, J.F. 1940.** Historia de los Italianos en la Argentina. Editorial Ítalo Argentina, Buenos Aires, pp. 1-536. [Pág. 309].
- Serrano, A. 1970.** Paraná, centro científico. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, Córdoba, 48, pp. 57-59.
- Solari, M.H. 1978.** Historia de la educación argentina. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Solari, M.H. 1991.** Historia de la educación argentina. Colección Paidós Educador, Editorial Paidós, Buenos Aires, pp. 1-243.
- Sors, O. 1981.** Paraná, dos siglos y cuarto de su evolución urbana, 1730-1855. Paraná, pp. 214.
- Spina Gómez, M.C. 1983.** El positivismo en la pedagogía de la Escuela Normal de Paraná. Actas, Segundas Jornadas de Historia del Pensamiento Científico Argentino, Ediciones FEPAL, Buenos Aires, pp. 248-260.
- Steiner, G. 2008.** Los libros que nunca he escrito. Tezontle, Fondo de Cultura Económica-Siruella, Buenos Aires, pp. 1-237.
- Tagore, R. S/d. Sâdhanâ.** El sentido de la vida. Palabras iniciales por Sady Concha. Sociedad Americana de Ediciones, Buenos Aires, pp. 1-236.
- Thérive, A. 1961.** Clotilde de Vaux, la diosa muerta. Editorial Renacimiento, México, pp. 1-297.
- Torchia Estrada, J.C. 1961.** La filosofía en la Argentina. Unión Panamericana, Washington, pp. 1-305.
- Ureña, E. 1998.** Las traducciones españolas del krausismo. Hieronymus, en Complutensis, El Mundo de la Traducción, 6 (7): 89-99.
- Uzín, C.A. 1979.** La Escuela Normal de Paraná. Antes y después de la reación de la Facultad de Ciencias Educativas. Santa fe: Imprenta de la Universidad Nacional de Paraná.
- Vázquez, A. 1950.** Dos siglos de vida entrerriana. 1730-1930. Ministerio de Entre Ríos, Paraná.
- Vergara, C.N. 1916.** Filosofía de la Educación Argentina. Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, pp. [Capítulo: Método de Scalabrni, pp. 510-514].

- Victoria, M. 1974.** Una lección de Pedro Scalabrini. La Nación, Buenos Aires, 25 de agosto de 1974.
- Victoria, M. 1985.** Pedro Scalabrini (1848-1916). Pp. 377-387, en: BIAGINI, H.E. (Compilador): El movimiento positivista Argentino. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, pp. 1-590.
- Victoria, M.S. 1915.** El positivismo en la educación argentina. Revista de Filosofía, 1 (2) N° 4: 84-93 [Reimpresión: pp. 145-152, en: rossi, L.A. (Prologuista y selector), 1999. Revista de Filosofía. Cultura-Ciencias-Educación, 1915-1929. José Ingenieros y Aníbal Ponce, Directores. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, pp. 1-660.]
- Villanueva, A. 1961.** Prólogo, en: Mercante, V.: Los estudiantes. Colección El Pasado Argentino, Editorial Hachette, Buenos Aires, pp. 1-215.
- Virgili, C. 2003.** El fin de los mitos geológicos. Lyell. Científicos para la Historia, 13, Nivola-Libros, Ediciones, Madrid, pp. 1-318.
- Wright, I.S. y L. Nekom. 1990.** Diccionario histórico argentino. Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-895. (Ver p. 741: biografía breve, poco original y plagada de inexactitudes).

## EPÍLOGO

Hablar de Pedro Scalabrini y hacer un recorte de su multifacética historia es un desafío ingrato a la vasta trayectoria personal, pero como intento de comprender su momento histórico, con las limitaciones en la difusión de sus hallazgos propias de la época, y en su afán por transmitir la importancia de los Museos en la vida de su comunidad, están las cartas que dirigió al “Señor General Eduardo Racedo desde Marzo de 1886 hasta Abril de 1887 sobre la colección de objetos de Historia Natural que regaló al Museo”.

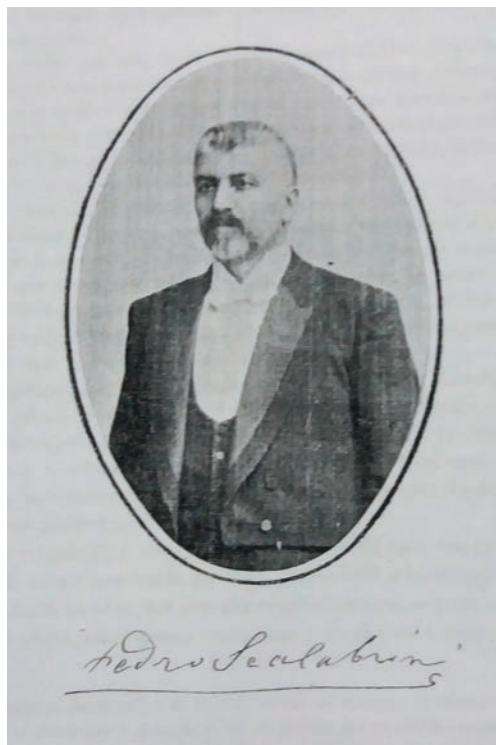
Las cartas son el medio que utilizó para poder difundir los avances del Museo, lograr su visibilización y el interés de las autoridades para que se apoye la actividad científica en la provincia de Entre Ríos.

Seguramente, Scalabrini con sus cartas, tenía la esperanza de lograr el apoyo económico que le permitiera la investigación, la difusión sistemática

y continua de las ciencias naturales; a raíz de que el General Racedo manifestara antes de ser nombrado Gobernador de la Provincia de Entre Ríos “*la opinión favorable sobre la oportunidad y conveniencia de fundar un Museo*”; ésto quedó plasmado en una carta dirigida al director de “Periodismo” sobre un resumen publicado de una conferencia pública; sobre la geología de los alrededores del Paraná.

Scalabrini no solo describía en sus cartas científicas los ejemplares de V.E, que era el trato con el cual se dirigía a Racedo, sino que también dejaba expresada su posición filosófica positivista y su admiración por Augusto Comte.

Las cartas que Pedro Scalabrini le enviara al Gobernador Racedo fue-



Pedro Scalabrini



ron publicadas en *“El Constitucional”* y en *“La Opinión de Entre Ríos”*, transcritas posteriormente, en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*.

No solamente Pedro Scalabrini, detalla sus hallazgos y vivencias en la conformación de esa casa Museo, sino que otros también escribieron, como es el caso de su ex alumno y Maestro de la Escuela Normal de Paraná, A. Terzaga.

Terzaga describe, como veía cruzar las calles de Paraná, en las primeras horas de la tarde, a un grupo de adolescentes bulliciosos que con picos, palas, canastos y bolsas en mano, se dirigían a *“exhumar”* el esqueleto de un gran fósil, que el señor Scalabrini había descubierto luego de largas exploraciones en los alrededores de la ciudad.

Teoría y Práctica de este ilustre profesor quedaban sellados cuando, por la mañana en la clase de geología, mostraba a sus alumnos un hueso fósil y por la tarde se disponían a desenterrar por completo el ejemplar en cuestión, en las barrancas de uno de los arroyos del sudoeste de la ciudad, conocido como *“Arroyo Antoñico”* a solo un par de cuadras del centro de la ciudad.

Concluida la ardua tarea, se dirigían a la casa del *“Sr. Scalabrini quien la colocó en su pequeño cuanto importante Museo paleontológico”* como relata textualmente A. Terzaga en *“El Demócrata”*.

Quizás una de las cartas más significativas, no solo para Pedro Scalabrini, sino para las generaciones futuras, quienes eran en definitiva los destinatarios de las publicaciones es la de *“El Constitucional”* publicada en febrero de 1884 y que sería el punto de partida del estudio serio de las Ciencias Naturales de la Provincia. En la misma, describe que el Gobernador Racedo lo invita a presenciar la extracción de un ejemplar en las barrancas del Paraná, específicamente en el Arroyo Antoñico, y que los fragmentos hallados fueron reconocidos en su género, el mismo que fuera descubierto por Darwin en la Banda Oriental cerca del arroyo Sarandí afluente del Río Negro, estudiado y clasificado por Owen.

Scalabrini relata este hecho como *“el de la mayor importancia para la naciente vida científica en Entre Ríos”*. En la misma carta compara los primeros años de la vida nacional de Estados Unidos, y a su Presidente Thomas Jefferson con el Gobernador General Eduardo Racedo cuando él mismo, buscaba los restos fósiles.

A través de su publicación, él insta a que la juventud debe imitar a su Gobernador, que estimulando con su ejemplo prepare el terreno a futuros naturalistas como otros norteamericanos que imitaron a su Presidente; sostiene que *“las mismas causas producen siempre los mismos efectos”*. Aquellos exploradores







La Fundación Azara, creada el 13 de noviembre del año 2000, es una institución no gubernamental y sin fines de lucro dedicada a las ciencias naturales y antropológicas. Tiene por misión contribuir al estudio y la conservación del patrimonio natural y cultural del país, y también desarrolla actividades en otros países como Paraguay, Bolivia, Chile, Brasil, Colombia, Cuba y España.

Desde el ámbito de la Fundación Azara un grupo de investigadores y naturalistas sigue aún hoy en el siglo XXI descubriendo especies –tanto fósiles como vivientes– nuevas para la ciencia, y en otros casos especies cuya existencia se desconocía para nuestro país.

Desde su creación la Fundación Azara contribuyó con más de cien proyectos de investigación y conservación; participó como editora o auspiciante en más de doscientos libros sobre ciencia y naturaleza; produjo ciclos documentales; promovió la creación de reservas naturales y la implementación de otras; trabajó en el rescate y manejo de la vida silvestre; promovió la investigación y la divulgación de la ciencia en el marco de las universidades argentinas de gestión privada; asesoró en la confección de distintas normativas ambientales; organizó congresos, cursos y casi un centenar de conferencias.

En el año 2004 creó los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realizan cada dos años. Desde el año 2005 comaneja el Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, vecino al Parque Nacional Iguazú, en la provincia de Misiones. En sus colecciones científicas –abiertas a la consulta de investigadores nacionales y extranjeros que lo deseen– se atesoran más de 200.000 piezas. Actualmente tiene actividad en varias provincias argentinas: Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Chaco, Catamarca, San Juan, La Pampa, Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y Santa Cruz. La importante producción científica de la institución es el reflejo del trabajo de más de setenta científicos y naturalistas de campo nucleados en ella, algunos de los cuales son referentes de su especialidad.

La Fundación recibió apoyo y distinciones de instituciones tales como: Field Museum de Chicago, National Geographic Society, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, Fundación Atapuerca, Museo de la Evolución de Burgos, The Rufford Foundation, entre muchas otras.

**[www.fundacionazara.org.ar](http://www.fundacionazara.org.ar)**  
**[www.facebook.com/fundacionazara](https://www.facebook.com/fundacionazara)**  
**[www.instagram.com/fundacionazara](https://www.instagram.com/fundacionazara)**



“Este libro aborda la figura de Pedro Scalabrini (1848-1916) con el fin de recuperar su memoria y visibilizar sus aportes a la educación en la Argentina.

El ensayo que se realiza de Pedro Scalabrini, además de detallar sus contribuciones, presenta el contexto intelectual, político y social en el que se desarrolló tanto en Italia, antes de arribar a la Argentina y luego en nuestro país.

Pedro Scalabrini fue un innovador y promotor de diferentes causas. Se preocupó por formar maestros capacitados, sin inquietudes metafísicas pero sí con el deseo de una práctica instrucción pública, dando lugar al movimiento normalista, bajo ideas de orden, disciplina y método. A su vez se interesó por los yacimientos fosilíferos, lo que favoreció las clases de biología y le permitió contactos con Florentino Ameghino. Con sus colecciones de fósiles en 1884 fundó el Museo Provincial de Entre Ríos. Intervino en la refundación del Museo de Historia Natural en Corrientes. También estimuló la creación de museos escolares en Buenos Aires y fundó la Biblioteca Pública de Paraná. Otra de sus actividades fue su colaboración con la fundación del Banco Popular. En el Chaco se interesó por las tribus indígenas y realizó una colección de material etnográfico y compilaciones lingüísticas. Fue director de varios establecimientos educativos y se dedicó especialmente a la enseñanza de la historia natural.”

**Dra. Beatriz Balián**  
Miembro de la Academia  
Nacional de Educación